

San Alfonso M^a de Liguorio
Doctor de la Iglesia

**EL AMOR DE DIOS
MANIFESTADO EN
LA ENCARNACIÓN
DEL VERBO**

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-504-6

Depósito legal: M. 22.392-2000

Printed in Spain

Impreso en España por:

Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles

GETAFE (Madrid)

PRÓLOGO

Este libro fue compuesto por San Alfonso M^a de Ligorio para ser predicado en la novena de Navidad y como preparación al nacimiento de Cristo en la temporada de adviento. Pero todo él es un libro excelentísimo para ser leído y meditado en cualquier época del año, y especialmente en adviento. Todo el libro está compuesto con el fin de excitar nuestros afectos y nuestros corazones al amor a Dios que nos manifestó un amor infinito en la encarnación del Hijo hecho hombre por amor a los hombres.

El amor a Dios es lo primero, lo principal y lo único que nos interesa de verdad. Hoy se habla y se predica mucho del amor al prójimo y de compartir lo que tenemos con los demás; pero se habla muy poco del infinito amor que debemos a Dios, el único que se entregó totalmente por nosotros y nos manifestó un amor sin límites, total y verdadero, haciéndonos deudores del más grande amor de nuestro corazón. El amor al prójimo es necesario, pero es indispensable que nazca del amor a Dios, pues si solamente amamos a los demás por compasión o por simpatía, nuestro amor tiene muy poco valor.

Quien lea este libro y lo medite con detenimiento, si su corazón no es de piedra ni de acero, se verá encendido en un fuego divino que produce el verdadero amor y que lo hará suspirar deseando corresponder con verdad y con ternura al grandísimo amor de Dios,

que vino a traer fuego a la tierra y quisiera que toda estuviera ardiendo. Y si te enamoras de Dios, si lo amas de verdad, sólo desearás lo que El quiere, y podrás hacer lo que quieras, porque solamente querrás complacer a Dios. Por eso decía San Agustín: “Ama a Dios y haz lo que quieras”. ¿Cómo? ¿El que ama a Dios puede hacer todo lo que quiera? Sí, porque si lo ama de verdad no querrá otra cosa que lo que Él quiere: salvar a todos los hombres y llevarlos al cielo, que sólo para eso vino Él a este mundo, para enseñarnos a todos el camino del cielo.

Andrés Codesal

1. DEL AMOR QUE DIOS NOS MANIFESTÓ EN LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Y el Verbo se hizo carne.

I. Dios nos creó para amarlo en esta vida y disfrutar después de El en la otra; pero nosotros, ingratos, nos rebelamos con el pecado y le negamos la obediencia, por lo que fuimos privados de la divina gracia, arrojados del paraíso y además condenados a las penas eternas del infierno. Henos, pues, ya todos perdidos. Pero este Dios, movido a compasión de nosotros, resolvió enviar a la tierra un Redentor que reparase tanta ruina.

II. Y ¿quién será este Redentor? ¿Un ángel o un serafín? No; que para patentizarnos Dios su inmenso amor, nos envió a su mismo Hijo: *Dios (envió) a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado* (Rm. 8, 3). Envío a su Unigénito a revestirse de la misma carne que teníamos los pecadores, excepción hecha del pecado, y dispuso que El, con sus penas y muerte, satisficiera a la divina justicia por nuestros delitos, librándonos así de la muerte eterna y haciéndonos dignos de la gloria perdurable.

Gracias, Dios mío, en nombre de todos los hombres, pues si no hubierais pensado en mi salvación, todos los hombres nos hubiéramos perdido para siempre.

III. Considera aquí el amor infinito que Dios nos mostró en esta gran obra de la encarnación del Verbo, disponiendo que su Hijo sacrificase la vida a manos de verdugos en la cruz, en medio de un mar de dolores e ignominias, para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. ¡Oh bondad infinita! ¡Oh misericordia

infinita! ¡Oh amor infinito! ¡Un Dios hacerse hombre y venir a morir por nosotros, gusanillos!

¡Ah, Salvador mío!, dadme a conocer cuánto me habéis amado, para que a vista de vuestro amor reconozca mi ingratitud. Vos con vuestra muerte me librasteis de la perdición, y yo, ingrato, os he vuelto las espaldas para perderme de nuevo. Me arrepiento sinceramente de haberos hecho tamaña injuria. Perdonadme, Salvador mío, y preservadme en lo futuro del pecado; no permitáis que vuelva a perder vuestra gracia. Os amo, querido Jesús mío, pues sois mi esperanza y mi amor.—¡Oh María, Madre de este excelso Hijo, encomendadle mi alma!

2. BONDAD DE DIOS PADRE Y DE DIOS HIJO EN LA OBRA DE LA REDENCIÓN

Y se encarnó por virtud del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre.

I. Dios creó a Adán y lo enriqueció de dones; pero el hombre, ingrato, lo ultrajó con el pecado, privándose a sí y a su descendencia de la divina gracia y del paraíso. Ved, pues, al género humano perdido y sin remedio. El hombre había ofendido a Dios, por lo que era incapaz de ofrendarle digna satisfacción: era preciso que una persona divina satisficiera por él. ¿Qué hizo el Padre Eterno para remediar tal pérdida? Mandó a su propio Hijo que se hiciera hombre y se revistiera de la misma carne pecadora, para que con la muerte pagase a la divina justicia las deudas y facilitase el retorno a la divina gracia.

Dios mío, si vuestra bondad infinita no hubiese encontrado este remedio, ¿quién se hubiera jamás atrevido a pedirlo y ni aun a imaginarlo?

II. ¡Qué extrañeza debió causar a los ángeles el gran amor que Dios mostró al hombre rebelde! ¡Qué dirían al ver al Verbo eterno hecho hombre y revestido de la misma carne que tenían los pecadores, apareciendo así ante el mundo el Verbo encarnado como uno de tantos pecadores!

¡Cuán obligados estamos, Jesús mío, a patentizaros nuestro amor, y yo más que los demás, por haberos ofendido más que todos! Si no hubierais venido a salvarme, ¿qué hubiera sido de mí por toda la eternidad? ¿Quién podría librarme de las penas por mí merecidas? Seáis siempre bendito y alabado por tanta caridad.

III. El Hijo de Dios baja, pues, del cielo a la tierra para hacerse hombre y vivir vida penosa; viene a morir en una cruz por amor a los hombres, y los hombres que esto crean, ¿será posible que amen otra cosa que a un Dios encarnado?

¡Ah, Jesús, Salvador mío!, no quiero amar nada fuera de vos. Puesto que vos tan sólo me habéis amado, a sólo vos quiero amar. Renuncio a todos los bienes creados: sólo vos me bastáis, ¡oh inmenso e infinito bien! Si en lo pasado os disgusté, ahora me arrepiento, y quisiera que este mi dolor me hiciese morir para compensar de alguna manera los disgustos que os he causado. ¡Ah, no permitáis que en lo por venir sea ingrato al amor que me manifestasteis! No, Jesús mío, haced que os ame y tratadme después como os plazca. ¡Oh bondad infinita, oh amor infinito, no quiero vivir sin amaros! ¡Oh María, Madre de misericordia, os pido me alcancéis la gracia de amar siempre a Dios!

3. MOTIVOS DE CONFIANZA EN LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas la cosas? (Rm. 8, 32).

I. Considera, alma mía, cómo el Eterno Padre, dándonos a su querido Hijo por Redentor, no podía facilitarnos motivos más poderosos de confianza en su misericordia ni más fuertes para amar su infinita bondad, ya que no podía patentizarnos prueba más evidente del deseo que tiene de nuestro bien y del amor inmenso que nos tiene, pues dándonos su Hijo, no tiene ya más que darnos.

¡Oh Dios eterno, que todos los hombres alaben vuestra infinita caridad!

II. Habiéndonos Dios dado a su Hijo, a quien ama tanto como a sí mismo, ¿cómo habríamos de temer, dice el Apóstol, que nos rehusara cualquier gracia que le pidiéramos? El Dios que nos dio a su Hijo, no nos negará el perdón de las ofensas que le hubiéremos hecho si las detestamos sinceramente; no nos negará la gracia de resistir a las tentaciones cuando se lo pedimos; no nos negará el santo amor cuando lo deseamos; no nos negará, finalmente, el paraíso, con tal de que no nos hagamos indignos de él por el pecado. Jesús mismo nos lo asegura en estos términos: *Si alguna cosa pediréis al Padre, os la concederá en nombre mío* (Jn. 16, 23).

Apoyado, por tanto, en esta promesa, Dios mío, os pido que por amor de vuestro Hijo Jesús me perdonéis cuanto os injurié. Dadme la santa perseverancia en vuestra gracia hasta la muerte. Dadme vuestro santo amor, que me desprenda de todo para amar sólo a

vuestra infinita bondad. Dadme el paraíso, para que llegue a amaros allí con todas mis fuerzas y para siempre, sin temor de dejaros ya de amar.

III. Asegúranos, por fin, el Apóstol que, poseyendo a Jesucristo, tan ricos somos de todo bien, que no nos falta gracia alguna (1 Cor. 1, 5).

Sí, Jesús mío, vos sois todo bien, vos solo me bastáis y por vos solo suspiro. Si en lo pasado os he alejado de mí por el pecado, me arrepiento ahora de ello con todo mi corazón. Perdonadme y volved a mí, Señor. Y si ya estáis conmigo, como lo espero, no os apartéis más de mí, mejor diré, no permitáis que yo os vuelva a arrojar de mi alma. Jesús mío, Jesús mío, mi tesoro, mi amor, mi todo, os amo, os amo, os amo y quiero amaros siempre.— ¡Oh María, esperanza mía, haced que siempre ame a Jesús!

4. FELICIDAD DE HABER NACIDO DESPUÉS DE LA REDENCIÓN Y EN EL SENO DE LA VERDADERA IGLESIA

Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo... para rescatar a los que estaban sometidos a la sanción de la ley (1 Cor. 1, 15).

I. ¡Cuánto debemos agradecer a Dios el habernos hecho nacer después de verificada la obra excelsa de la redención humana! Esto significa la expresión *plenitudo temporis*, el tiempo feliz por la plenitud de la gracia, que nos obtiene Jesucristo con su venida. ¡Pobres de nosotros si, reos de tanto pecado cometido,

hubiéramos vivido en la tierra antes de la venida de Jesucristo!

II. ¡En qué miserable estado se hallaban los hombres antes de la venida del Mesías! El verdadero Dios apenas si era conocido en la Judea, al paso que en el resto del mundo reinaba la idolatría, de suerte que nuestros antepasados adoraban piedras, leños y demonios. Adoraban multitud de dioses, y el verdadero Dios no era por ellos amado ni conocido. Aun hoy en día, ¡cuántos países hay de escaso número de católicos, entre tanto y tanto infiel y hereje como ciertamente se pierden! ¡Cuán obligados estamos a Dios por habernos hecho nacer no tan sólo después de la venida de Cristo, sino además en países donde reina la verdadera fe!

Gracias, Señor, por tan extraordinario beneficio. ¡Desgraciado de mí si, después de haber cometido tantos pecados, tuviere que vivir entre infieles y herejes! Reconozco, Dios mío, que me queréis salvar, y, a pesar de ello, ¡cuántas veces me quise perder, al perder vuestra gracia! Tened compasión de mi alma, que tanto os costó, Redentor mío.

III. *Envio Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo, para rescatar a los que estaban sometidos a la sanción de la ley.*— Peca, pues, el esclavo y con el pecado cae en poder del demonio, y acude su mismo Señor a rescatarlo con su muerte... ¡Oh amor inmenso, amor infinito de Dios para con el hombre! Por lo tanto, divino Redentor mío, si vos no me hubierais redimido con vuestra muerte, ¿qué habría sido de mí, que tantas veces merecí el infierno con mis pecados? Si vos, Jesús mío, no hubierais muerto por mí, os habría perdido para siempre, sin esperanza de recobrar ya más vuestra gracia ni

esperanza de ver un día en el cielo vuestro hermoso rostro.

Gracias, pues, querido Salvador mío, y un día, en el cielo espero agradecéroslo por toda la eternidad. Me arrepiento sobre todo otro mal de haberos despreciado en lo pasado; en adelante estoy resuelto a sufrir todas las penas y muertes antes que ofenderos; pero, como os traicioné en lo pasado, puedo traicionaros también en lo por venir. ¡Ah, Jesús mío, no permitáis me separe de vos! Os amo, bondad infinita, y quiero amaros siempre en esta vida y por toda la eternidad. ¡Oh Reina y Abogada mía, María, tenedme siempre bajo vuestro amparo y libradme del pecado!

5. JESÚS HIZO CUANTO PUDO Y TODO LO SUFRIÓ POR NOSOTROS

Me amó, y se entregó por mí. (Gal. 2, 20)

I. ¡Oh Jesús mío!, si por mi amor abrazasteis vida penosa y muerte amarga, bien puedo decir que vuestra muerte es mía, que míos son vuestros dolores, míos vuestro méritos, mío vos mismo, ya que por mí os entregasteis a tanta suerte de padecimientos.

¡Ah Jesús mío!, la pena que más me aflige es pensar en el tiempo en que erais mío, habiéndoos yo luego perdido tantas veces voluntariamente. Perdonadme, unidme a vos y no permitáis que os tenga que perder en adelante. Os amo con toda mi alma. Vos deseáis ser todo mío y yo quiero ser todo vuestro.

II. Por ser el Hijo de Dios, Dios verdadero, es infinitamente dichoso, y, con todo, tanto hizo y padeció

por el hombre, que, según Santo Tomás, se diría no podía ser feliz sin el hombre. Si Jesucristo hubiera tenido que conquistarse en la tierra su propia felicidad, ¿qué más hubiera podido hacer que cargar con todas nuestras debilidades, sufrir todas nuestras enfermedades y acabar la vida con muerte tan dura e infame? Pero no: El era inocente, era santo, era feliz por sí mismo, y cuanto hizo y padeció fue para obtenernos la gracia de Dios y el paraíso, que habíamos perdido.

¡Desgraciado quien no os ama, Jesús mío, ni vive enamorado de tan excelsa bondad!

III. Si Jesucristo nos hubiera permitido pedirle las mayores pruebas de su amor, ¿quién jamás hubiera osado pedirle se hiciera hombre como nosotros, abrazase nuestras miserias hasta trocarse en el más pobre, en el más despreciado, en el más maltratado de todos los hombres; hasta morir a puros tormentos en infame leño, maldito y abandonado de todo el mundo, hasta de su Padre Dios? Pero lo que nosotros no hubiéramos ni osado pensar, El lo pensó y ejecutó.

Amado Redentor mío, alcanzadme la gracia que con vuestra muerte me merecisteis. Os amo y me arrepiento de haberos ofendido; tomad mi alma, que no quiero la posea más el demonio, sino vos, que la comprasteis con vuestra sangre. Vos solo me amáis y a vos solo quiero amar. Libradme del castigo de vivir sin vuestro amor y después castigadme como os plazca.—
María, Refugio mío, en la muerte de Jesús y en vuestra intercesión cifro mis esperanzas.

6. LA CONSIDERACIÓN DE NUESTROS PECADOS AFLIGIÓ A JESÚS DESDE EL SENO DE SU MADRE

Mi dolor está siempre ante mí (Sal. 37, 18)

I. Todas las aflicciones e ignominias que padeció Jesucristo en vida y en muerte, todas le estuvieron presentes desde el primer momento de su existencia, y a cada instantes las ofrecía todas en satisfacción de nuestros pecados. Reveló el Señor a un siervo suyo que cada pecado de los hombres le causó en vida tanto dolor, que hubiera bastado a quitársela, si no la hubiese conservado para sufrir aún más.

He aquí, pues, Jesús mío, la hermosa correspondencia que habéis recibido de los hombres, y en especial de mí. Vos empleasteis treinta años de vida en mi salvación, y yo tantas veces busqué, en cuanto de mí dependía, haceros morir de dolor siempre que pecaba.

II. Escribe San Bernardino de Siena que Jesucristo veía en particular cada una de nuestras culpas. Esta consideración de nuestros pecados le continuó afligiendo profundamente desde que era niño. Y Santo Tomás añade que el conocimiento que tenía de la injuria que todo pecado hace a su Padre y el perjuicio que a nosotros nos causa, excedió al dolor de todos los pecadores contritos, incluso al de aquellos que murieron por la violencia de su contrición; y la explicación es que ningún pecador amó tanto a Dios y a la propia alma cuanto Jesucristo amó a su Padre y a nuestras almas.

Pues bien, Jesús mío, ya que nadie me amó más que vos, justo es que os amé más que a todos los de-

más; y hasta puedo decir que tan sólo vos me amasteis y que yo no quiero amar más que a solo vos.

III. La agonía que sufrió Jesús en el huerto de los Olivos a vista de nuestras culpas, que se había encargado de expiar, la padeció desde el seno de su Madre. Por eso, si la vida de Jesucristo fue una aflicción continuada a causa de nuestros pecados, estamos obligados, mientras vivamos, a no afligirnos de otro mal que de las culpas que hayamos cometido.

Amado Redentor mío, quisiera morir de dolor al pensar en las amarguras con que os he acibarado la vida. Amor mío, si me amáis, dadme tal dolor que me cause la muerte, para alcanzar así el perdón y la gracia de amaros con todas mis fuerzas. Os entrego por completo el corazón, y si no sé dároslo enteramente, tomadlo vos e inflamadlo en vuestro santo amor.— ¡Oh Abogada de los miserables, María, a vos me encomiendo!

7. DESEO QUE TUVO JESÚS DE PADECER POR NOSOTROS

Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla! (Lc. 12, 50)

I. Podía Jesús salvarnos sin padecer, pero no lo hizo, sino que quiso abrazarse con vida de dolores y desprecios, privada de todo consuelo terreno y abocada a muerte amarguísima y desolada, sólo para darnos a entender el amor que nos tenía y el deseo que le consumía de que le amáramos. Pasó toda la vida suspirando por la hora de la muerte, que deseaba ofrecer a

Dios para alcanzarnos la salvación eterna. Tal deseo le hizo exclamar: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla!* Deseaba ser bautizado con su misma sangre para lavar, no ya los suyos, sino nuestros pecados.

¡Oh amor infinito, desgraciado quien no os conoce ni os ama!

II. Este deseo le hizo decir después, en la noche anterior a su muerte: *Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros.* Con tales palabras patentizaba no haber tenido más deseo en su vida que ver llegar el tiempo de su pasión y su muerte, para que el hombre conociera el amor inmenso que le tenía.

¡Oh Jesús!, si tanto deseáis nuestro amor que para alcanzarlo no titubeasteis en morir, ¿cómo podría yo negar nada a quien por amor mío entregó sangre y vida?

III. Dice San Buenaventura que es cosa maravillosa ver a un Dios padecer por amor a los hombres, pero que es aún más maravilloso considerar cómo a los hombres que lo ven padecer tanto por su amor, tiritar de frío en la gruta, vivir como pobre artesano en un taller, morir como reo en una cruz, no se sienten abrasados de amor hacia un Dios tan amante, y hasta llegan a despreciar este amor por miserables placeres terrenos. Mas ¿cómo será posible que un Dios esté tan enamorado de los hombres, y que los hombres, tan agradecidos entre sí, sean tan ingratos para con Dios?

¡Ah Jesús mío!, que entre estos ingratos me hallo yo, pobre de mí. Decidme cómo pudisteis padecer tanto por mí, sabiendo las injurias con que os habría de atribular. Pero, ya que me soportasteis hasta el presente y queréis salvarme, infundirme profundo dolor de mis pecados, dolor que iguale a mis ingratitudes.

Odio y detesto profundamente, Señor mío, los disgustos que os he dado. Si en lo pasado desprecié vuestra gracia, ahora la estimo más que todos los reinos de la tierra. Os amo con toda el alma, ¡oh Dios!, digno de infinito amor, y deseo vivir sólo para amaros. Acrecentad estas llamas y dadme más amor. Recordadme siempre el amor que me tuvisteis, para que mi corazón arda siempre en amor por vos, como el vuestro arde en amor por mí.— Corazón ardoroso de María, abrasad mi pobre corazón en el fuego del santo amor.

8. DE TRES FUENTES DE GRACIAS QUE TENEMOS EN JESUCRISTO

Sacaréis aguas con alegría de las fuentes de salvación (Js. 12, 3).

I. Tenemos en Jesucristo tres fuentes de gracia. La primera es de *misericordia*, en la que nos podemos purificar de todas las máculas de nuestros pecados. Con tal fin, nuestro amantísimo Redentor, y para bien nuestro, formó esta dichosa fuente con su misma sangre: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre.*

Amado Salvador mío, ¡cuánto es lo que os debo! Vos hicisteis por mí lo que no hubiera hecho un criado por su señor ni un hijo por su parte. ¡Ah! Ya no puedo vivir sin amaros, pues vos me pusisteis con vuestro amor en la necesidad de corresponderos.

II. La segunda fuente es *de amor*. Quien medita en los sufrimientos e ignominias de Jesucristo por nuestro amor, desde el nacimiento hasta la muerte, es im-

posible que no se sienta abrasado en la feliz hoguera que vino a encender por la tierra en los corazones de todos los hombres. Así es como las aguas de esta fuente lavan e inflaman a la vez nuestra alma.

Haced, pues, Jesús mío, que la sangre que derrameis por mí, no tan sólo me lave de las culpas con que os ofendí, sino que me abraze en santo amor a vos. Haced que todo lo olvide, para atender tan sólo a amaros a vos, Dios mío, digno de infinito amor.

III. La tercera fuente es de *paz*, que esto quieren decir las palabras de Jesucristo: *Quién tiene sed, venga a mí* (Jn. 7. 37). Quien desee la paz del corazón, venga a mí, que soy el Dios de la paz. La paz que da el Señor a la almas que le aman no es la paz prometida por el mundo en los placeres de los sentidos o en los bienes temporales, que no satisfacen al humano corazón; la paz que da Dios a sus siervos es la paz verdadera, plenitud de paz que contenta y supera cuantos goces pueden dar las criaturas: *Quien bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente* (Jn. 4, 13). Quien ama a Dios renuncia a todo, todo lo desprecia y no busca más que a Dios.

Sí, Dios mío, sólo a vos quiero y nada deseo fuera de vos. Tiempo hubo en que andaba tras de los bienes que no eran vos; mas, al pensar en la injusticia con que os traté al posponeros a bienes viles y pasajeros, quisiera morir de dolor. Reconozco el mal hecho y lo retracto de todo corazón. Reconozco también que merecéis todo mi amor, por lo que os vuelvo a repetir, y espero repetíroslo siempre en esta y en la otra vida: Dios mío, Dios mío, sólo a vos quiero y nada más que a vos, sólo a vos quiero y nada más que a vos.— ¡Oh María, vos que sois la primera amante de este Dios, comunicadme vuestro amor!

9. BONDAD DE DIOS EN LA OBRA DE LA REDENCIÓN

Se encarnó por virtud del Espíritu... y se hizo hombre *Symb. Const.*

Considera cómo, habiendo Dios creado al primer hombre para que le sirviese y amase en esta vida y para hacerlo después reinar eternamente en el cielo, lo enriqueció con luces y gracias a ello conducentes. Pero el hombre, ingrato, se rebeló contra Dios, negándole la obediencia que le debía en justicia y por gratitud, quedando así, con toda su descendencia, por rebelde, privado de la divina gracia y excluido para siempre del cielo. Ya tenemos, después de la ruina del pecado, a todos los hombres perdidos, todos ciegos, entre tinieblas y sombras de muerte. Dominaba a todos el demonio, y el infierno causaba entre ellos innumerables ruinas. Hasta que Dios, viendo a los hombres reducidos a tan miserable estado, movido a compasión, resolvió salvarlos. Mas ¿cómo? No envió a un ángel ni a su serafín, sino que, para manifestar al mundo el inmenso amor que tenía a estos ingratos gusanillos, envió a su Hijo *en semejanza de carne de pecado*. Ordenó que su Hijo se hiciera hombre y se revistiera de la misma carne de los hombres pecadores, para que con sus penalidades y muerte satisficiera a la divina justicia por los delitos ajenos, librara a los hombres de la muerte eterna y reconciliándolos con su divino Padre, les alcanzara la gracia divina y los hiciera dignos de entrar en el reino eterno.

Pondera aquí, de una parte, la ruina inmensa que trae el pecado a las almas, privándolas de la amistad de Dios y del paraíso y condenándolas a una eterni-

dad de penas. Pondera, por otra parte, el infinito amor de que Dios dio pruebas en esta obra de la encarnación del Verbo, haciendo que su Unigénito viniese a sacrificar su vida divina a manos de los verdugos sobre la cruz, en un mar de dolores y vituperios, para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. ¡Cuán cierto es que, al contemplar este misterio y exceso del amor divino, debiéramos exclamar: ¡Oh bondad infinita, oh misericordia infinita, oh amor infinito! ¿Un Dios hacerse hombre para venir a morir por mí?

Afectos y súplicas

¿Cómo se explica, Jesús mío, que hayamos tantas veces renovado voluntariamente, por medio de tantos ultrajes, aquella ruina del pecado que habíais reparado con vuestra muerte? ¡Vos a tanta costa me salvasteis y yo me perdí tan a menudo, perdiendo a mi infinito bien! Pero confío en lo que dijisteis, que, cuando el pecador que os volvió las espaldas se convierte, vos os dignáis tenderle los brazos. *Volveos a mí, dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros* (Zac. 1, 3). Y aun añadisteis: *Si uno* (oyere mi voz) *y abriere la puerta, yo entraré a él* (Ap. 3, 20). He aquí, Señor, a uno de estos rebeldes, ingrato y traidor, que muchas veces os volvió las espaldas y os arrojó de su alma, pero ahora me arrepiento de todo corazón por haberos tan mal tratado y despreciado vuestra gracia. Me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. Ved ya aquí abierta la puerta de mi corazón; entrad, pero entrad para no salir más de él. Ya comprendo que vos no os marcháis si yo no vuelvo a arrojaros; pero esto es lo que temo y ésta la gracia que os pido y espero pedir siempre: hacedme morir antes de usar con vos esta

nueva y mayor ingratitud. Amado Redentor mío, por las ofensas con que os contristé, no merecería amaros más; pero, por vuestros merecimientos, os pido el don de vuestro santo amor. Dadme para ello a conocer cuán gran bien sois, el amor que me habéis tenido y cuánto hicisteis para obligarme a amaros. Dios y Salvador mío, no me dejéis vivir ingrato a tanta bondad. No quiero dejaros más, Jesús mío; basta de ofensas. Razón es que los años que me queden de vida los emplee en amaros y agradaros. Jesús mío, Jesús mío, ayudadme; ayudad a un pecador que os quiere amar.

¡Oh María, Madre mía, vos que todo lo podéis con Jesús, a título de Madre, decidle que me perdone, decidle que me encadene con su santo amor! Sois mi esperanza y en vos confío.

10. GRANDEZA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Y el Verbo se hizo carne (Jn. 1, 14).

Mandó el Señor a San Agustín que grabara en el corazón de Santa María Magdalena de Pazzi estas palabras: *Y el Verbo se hizo carne*. Pidamos también al Señor que nos ilumine y dé a comprender este excelso y prodigio de amor por el que el Verbo eterno, Hijo de Dios, se hizo hombre por nuestro amor. La santa Iglesia se llena de admiración al considerar este gran misterio. Si Dios hubiera creado otros miles de mundos, mayores y más hermosos que los actuales, cierto que esta obra sería infinitamente menor que la encarnación del Verbo. En la ejecución de la obra de la en-

carnación se necesitó la omnipotencia y sabiduría infinita de un Dios para conseguir que la naturaleza humana se uniese a una persona divina y que una persona divina se humillase hasta tomar la naturaleza humana; de modo que Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios, y habiéndose unido la divinidad del Verbo al alma y al cuerpo de Jesucristo, se tornaron divinas todas las acciones de este Hombre-Dios: divinas sus oraciones, divinos sus padecimientos, divinos sus vagidos, divinas las lágrimas, divinos los pasos, divinos los miembros, divina la sangre para hacer de ella baño de salud que lavase nuestros pecados y sacrificio de infinito valor para aplacar la justicia del Padre, justamente indignado con los hombres. Y ¿quiénes son estos hombres? Míseras criaturas, ingratas y rebeldes. Y por ellas ¡hacerse un Dios hombre! ¡Padecer y morir por salvar a estos indignos seres! *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* ¡Oh santa fe!, si no nos aseguraras de esto, ¿quién pudiera nunca creer que un Dios de infinita majestad se hubiese abajado hasta hacerse gusanillo como nosotros, para salvarnos a costa de tantas penas e ignominias y de una muerte tan cruel y vergonzosa?

¡Oh gracia! ¡Oh fuerza del amor!, exclama San Bernardo. ¡Oh gracia que los hombres ni hubiéramos imaginado si el mismo Dios no hubiera pensado en hacérnosla! ¡Oh amor divino, que no podrá jamás comprenderse! ¡Oh misericordia, oh caridad infinita, que no puede nacer más que de una bondad infinita!

Afectos y súplicas

¡Oh alma, oh cuerpo, oh sangre de mi Jesús!, os adoro y os doy gracias; vos sois mi esperanza, sois el pre-

cio pagado por mi rescate de infierno, tantas veces merecido. ¡Oh Dios, y qué vida tan infeliz y desesperada me hubiera aguardado en la eternidad si vos, Redentor mío, no hubieseis pensado en salvarme con vuestras penas y con vuestra muerte! Y ¿cómo las almas, redimidas por vos con tanto amor, sabiendo esto, pueden vivir sin amaros y menospreciando vuestra gracia, que con tantos trabajos les habéis procurado? Y yo ¿ignoraba todo esto? ¿Cómo os ofendí, y os ofendí tan a menudo? Reconozco nuevamente que vuestra sangre es mi esperanza; reconozco el grande agravio que os hice. ¡Ojalá que antes de ello hubiese muerto mil veces! ¡Ojalá os hubiese siempre amado! Os agradezco por darme tiempo de amaros. Espero en la vida que me resta y en toda la eternidad alabar para siempre las misericordias que conmigo usasteis. Después de mis pecados, merecía mayores tinieblas, y me favorecéis con más luces. Merecía vuestro abandono, y con voces más amorosas me seguís llamando. Merecía que mi corazón permaneciese endurecido, y lo habéis enternecido y llenado de compunción. Así que por vuestra gracia experimento vivo dolor de las ofensas que os hice, siento en mí gran deseo de amaros, firme resolución de perderlo todo antes que vuestra amistad, un amor a vos que me torna aborrecible cuanto os desagrada. Y este dolor, este deseo, esta resolución, ¿quién me los da? Me los dais vos con vuestra misericordia. Luego, Jesús mío, señal es de haberme perdonado y de que ahora me amáis y me queréis salvar a toda costa. Vos queréis salvarme, y yo quiero mi salvación, principalmente para agradaros; vos me amáis y yo os amo, pero os amo poco: dadme más amor, que vos merecéis mayor amor de mí por haber recibido gracias más especiales que los demás. ¡Ea, pues!, aumentad en mí tales llamas de amor.

Santísima Virgen María, alcanzadme que el amor de Jesús consuma y destruya en mí los afectos que no sean para Dios. Vos, que escucháis a todos, escuchadme también a mí, y alcanzadme el amor y la perseverancia.

11. AMOR DE DIOS A LOS HOMBRES

Así amo Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito (Jn. 3, 16).

Considera cómo el Eterno Padre, dándonos a su Hijo por redentor, por víctima y por precio de nuestro rescate, no podía facilitarnos motivos más poderosos de esperanza y de amor para inspirarnos confianza y obligarnos a amarlo. Después de habernos dado a su Hijo, dice San Agustín, ni supo ni tuvo qué más darnos. Quiere que aprovechemos de este inmenso don de infinito valor para obtener la eterna salvación y toda gracia que nos sea necesaria para conseguirla, porque en Jesús encontramos cuanto podemos desear: luz, fortaleza, paz, confianza, amor y gloria eterna, pues es cierto que Jesucristo es don en el cual encontramos todos los dones que podemos buscar y desear: *¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* (Rm. 8, 32) Habiéndonos Dios dado a su querido Unigénito, que es fuente y tesoro de todos los bienes, ¿quién puede temer le haya de negar la gracia que le pida? *El cual* (Cristo Jesús) *fue hecho para nosotros sabiduría, como también justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1, 30).

Dios nos lo dio a nosotros, ignorantes y ciegos, como luz y sabiduría para caminar por la senda de la

salvación; a nosotros, dignos del infierno, para que fuera nuestra justicia para aspirar al paraíso; a nosotros, pecadores, para que fuese nuestra santificación y pudiésemos llegar a la santidad; a nosotros, en fin, esclavos del demonio para ser nuestro rescate y poder adquirir la libertad de hijos de Dios. En suma, dice el Apóstol que con Jesucristo hemos sido enriquecidos de todo bien y de toda gracia, si la pedimos por sus méritos.

En todo fuisteis enriquecidos en El..., hasta el punto de no quedaros vosotros atrás en ningún carisma (Ibid).

Y este don que nos hizo Dios de su Hijo es don hecho a cada uno de nosotros, pues El lo dio todo a cada uno, de suerte que todos podemos decir: Jesús es todo mío; mío su cuerpo, mía su sangre, mía su vida, míos su dolores, su muerte, sus merecimientos. De ahí que dijese San Pablo: *Me amó y se entregó por mí*. Lo mismo podemos decir todos: Me amó mi Redentor y por el amor que me tuvo se entregó todo a mí.

Afectos y súplicas

¡Oh Dios eterno!, ¿y quién jamás podría hacer este don de infinito valor sino vos, que sois Dios de infinito amor? ¡Ah Creador mío!, y ¿qué más pudierais hacer para inspirarnos confianza en vuestra misericordia y obligarnos a amaros? Señor, yo os pagué con ingratitud, pero vos dijisteis: *Sabemos que Dios coordina toda su acción al bien de los que le aman* (Rm. 8, 28). No quiero, pues, que el número sin número y la enormidad de mis pecados me lleven a desconfiar de vuestra bondad, sino que me sirvan para mayor humillación cuando me afrenten, que muchas afren-

tas y desprecios merece quien tanto se atrevió a ofender a vuestra infinita Majestad. Quiero que me sirvan para mejor resignarme con las cruces que me enviéis, para ser más diligente en serviros y honraros, a fin de compensaros de las ofensas que os he hecho. Quiero, sí, acordarme siempre, Dios mío, de los disgustos que os causé, para alabar más y más vuestra misericordia, abrasarme siempre en vuestro amor, que me buscó cuando huía de vos y que tantos beneficios me hizo, a pesar de mis innumerables ultrajes. Espero, Señor, que me hayáis perdonado. Me arrepiento, y quiero arrepentirme siempre, de las ofensas que os hice. Quiero seros agradecido, compensando con mi amor la ingratitud pasada; pero vos me habéis de ayudar, y a vos pido la gracia de ejecutar esta resolución. Hacedos amar, ¡oh Dios mío!, por vuestra gloria, de este pecador que tantas veces os ofendió. ¡Dios mío, Dios mío!, y ¿quién podrá de nuevo dejar de amaros y separarse de vuestro amor?

¡Oh María, Reina mía, socorredme, ya que conocéis mi debilidad! Haced que me encomiende a vos siempre que el demonio se esfuerce por separarme de Dios. ¡Madre mía, Esperanza mía, ayudadme!

12. EL VERBO SE HIZO HOMBRE EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Mas, cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo (Gal. 4, 4).

Considera cómo Dios dejó pasar cuatro mil años después del pecado de Adán primero que enviar a su

Hijo a la tierra para que rescatase al mundo. Y, entre tanto, ¡qué de tinieblas y ruinas se apoderaban del orbe! El Dios verdadero ni era conocido ni adorado más que en un rinconcito del mundo. Por doquier reinaba la idolatría y se adoraban como dioses a los demonios, a las fieras, a las piedras. Pero admiremos aquí la divina sabiduría, que difirió la venida del Redentor para hacerla más grata a los hombres. La difirió para que se conociese mejor la malicia del pecado, la necesidad del remedio y la gracia del Salvador. Si hubiera venido el Redentor inmediatamente después del pecado de Adán, habríase estimado en poco la grandeza del beneficio. Agradecemos, pues, a la bondad de Dios el habernos hecho nacer después de llevada a cabo la gran obra de la redención. He aquí ya llegado el afortunado instante que se llamó plenitud de los tiempos. *Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo... para rescatar a los que estaban sometidos a la sanción de la ley.* Dícese plenitud por la plenitud de la gracia que el Hijo de Dios vino a comunicar a los hombres mediante la redención. El ángel embajador es ya enviado a la ciudad de Nazaret para anunciar a la Virgen María la venida del Verbo, que desea encarnarse en su seno. El ángel la saluda, llámala llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. Ella, la elegida por madre del Hijo de Dios, la humilde virgencita, se turba por su gran humildad; mas el ángel infúndele ánimo, diciéndole que ha hallado gracia ante Dios, es decir, la gracia, mensajera de la paz entre Dios y los hombres y la reparación de la ruina ocasionada por el pecado. Indícale luego el nombre del Salvador que ha de imponer a su Hijo: *Le pondrás por nombre Jesús* (Mt. 1, 21). Y este Hijo suyo era el mismo Hijo de

Dios, que había de redimir al mundo, reinando así sobre los corazones de los hombres. Consideremos, finalmente, cómo María acepta ser madre de tal Hijo: *Hágase en mí según tu palabra* (Lc. 1, 38). Y el Verbo eterno tomó carne y se hizo hombre. *Y el Verbo se hizo carne*. Demos gracias a este Hijo y démoselas también a esta Madre, que, aceptando ser madre de tal Hijo, aceptó ser madre de nuestra salvación y juntamente madre de dolores, abrazando desde entonces todo el abismo de dolores que le había de acarrear el ser madre de un Hijo venido al mundo para sufrir y morir por los hombres.

Afectos y súplicas

¡Oh Verbo divino, hecho hombre por mí!, aunque os vea tan humillado y hecho niño en el seno de María, os confieso y reconozco como mi Señor y Rey, pero Rey de amor. Amado Salvador mío, puesto que vinisteis a la tierra a vestiros de nuestra mísera carne para reinar sobre nuestros corazones, venid a establecer también vuestro reino sobre mi corazón, que algún tiempo estuvo dominado por vuestros enemigos, pero que ahora es vuestro, como espero, y quiero que siempre lo sea y que de hoy en adelante vos seáis su único Señor: *Entre tus enemigos ten el mando* (Sal. 109, 2). Los otros reyes reinan con la fuerza de las armas, pero vos venís a reinar con la fuerza del amor, por lo que no venís con pompa regia, ni vestido de púrpura y oro, ni adornado de cetro y corona, ni rodeado de ejércitos de soldados. Venís a nacer en un establo, pobre, abandonado, y a ser colocado en un pesebre, sobre un poco de heno, porque así queréis comenzar a reinar en nuestros corazones. ¡Ah mi Rey

Niño!, y ¿cómo he podido rebelarme tantas veces contra vos y vivir tanto tiempo como enemigo vuestro, privado de vuestra gracia, cuando vos, para obligarme a amaros, depusisteis vuestra divina majestad y os humillasteis hasta el punto de convertirlos en un niño en una gruta, trabajador en un taller o reo en una cruz? ¡Feliz de mí si ahora, que he salido (como espero) de la esclavitud de Lucifer, me dejara dominar siempre por vos y por vuestro amor! ¡Oh Jesús mío, que sois tan amable y tan amante de nuestras almas, tomad posesión de la mía, pues os la entrego. Aceptadla para que os sirva para siempre, pero que os sirva por amor. Vuestra majestad merece ser temida, pero más merece ser amada vuestra bondad. Vos, Rey mío, sois y seréis siempre mi único amor; y mi único temor será disgustaros. Así lo espero. Ayudadme vos con vuestra gracia.

Amadísima Señora mía, vos tenéis que alcanzarme la fidelidad a este amado Rey de mi alma.

13. HUMILLACIÓN DE JESÚS

Tomando forma de esclavo (Fil. 2, 7).

Baja a la tierra el Verbo eterno para salvar al hombre, mas ¿de dónde desciende? *Su salida al borde (tiene) de los cielos*. Desciende del seno de su divino Padre, donde fue engendrado desde toda la eternidad y donde habita entre los esplendores de los santos. Y ¿adónde desciende? Al seno de una virgen, hija de Adán, que, respecto al seno de Dios, no es sino lugar de horror, como canta la Iglesia: «No aborreciste el

seno de la Virgen». Sí, porque el Verbo habitando en el seno del Padre, es Dios como el Padre, inmenso, omnipotente, felicísimo, supremo Señor y en todo igual al Padre. Pero en el seno de María es criatura, pequeñito, débil, afligido, siervo y menor que el Padre: *Tomando forma de esclavo* (Fil. 2, 7). Cuéntase como gran prodigio de humildad aquel de San Alejo, que, siendo hijo de cierto noble caballero romano, quiso vivir como criado en su casa. Pero ¿qué tiene que ver la humildad de tal santo con la humildad de Jesucristo? Entre hijo y criado del padre de San Alejo había alguna diferencia de condición; pero entre Dios y siervo de Dios, habiéndose hecho siervo del Padre, también se hizo, para obedecerlo, siervo de sus criaturas, es decir, de María y de José: *Y vivía sometido a ellos* (Lc. 2, 51). Además, se hizo también esclavo de Pilatos, quien lo condenó a muerte, que El aceptó obediente; obedeció a los verdugos que lo flagelaron, lo coronaron de espinas y lo crucificaron, y El se sometió humildemente a todos, entregándose a sus manos. ¡Oh Dios!, ¿y nosotros rehusaremos después sujetarnos al servicio de este amable Salvador, que para salvarnos se sujetó a tantas, tan penosas e indecorosas servidumbres? Y antes que servir a Señor tan excelso y amante, ¿preferimos hacernos esclavos del demonio, que no tan sólo no ama a quienes le sirven, sino que los odia, trata tiránicamente y los hace infelices y desgraciados en esta y en la otra vida? Y si cometimos tamaña locura, ¿por qué no salimos presto de tan miserable esclavitud?

¡Ea, pues!, ya que hemos salido, por la gracia de Jesucristo, de la esclavitud del infierno, abracemos pronta y estrechemos amorosamente las suaves cadenas que nos harán siervos y amantes de Jesucristo, y

después nos obtendrán la corona del reino eterno entre los bienaventurados del paraíso.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, vos sois Monarca de cielos y tierra, mas por amor mío os hicisteis súbdito hasta de los verdugos que os despedazaron las carnes, os talaron la cabeza y, finalmente, os dejaron muriendo de dolor enclavado en una cruz. Yo os adoro como Dios y Señor mío y me avergüenzo de comparecer ante vos al recordar que tantas veces, por cualquier mísero gustillo, rompí mis sagrados vínculos y os dije en vuestro rostro que no quería serviros. Sí, justamente me reconvenís con estas palabras: *Rompiste tus ataduras y dijiste: «No serviré»* (Jr. 2, 20). Pero me animan a esperar el perdón, ¡oh Salvador mío!, vuestros méritos y vuestra bondad, que no sabe despreciar al corazón contrito y humillado: *Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecias* (Sal. 50, 19). Confieso, Jesús mío, que os disgusté sin razón; confieso que merezco mil infiernos por las ofensas que os hice; castigadme como queráis, mas no me privéis de vuestra gracia y amor. Me arrepiento, sobre todo otro mal, de haberos despreciado. Os amo con toda mi alma. Propongo, de hoy en adelante, no servir ni amar más que a vos. ¡Ah, por vuestros méritos, atadme con las cadenas de vuestro santo amor y no permitáis que vuelva a sacudirlas! Os amo sobre todas las cosas, ¡oh libertador mío!, y estimo más ser vuestro que ser dueño de todo el mundo. Y ¿de qué serviría todo el mundo a quien viviera privado de vuestra gracia? Dulcísimo Jesús, no permitáis que me aparte de vos. Esta gracia os pido y esta gracia os pediré siempre; y

os ruego me concedáis hoy la gracia de repetiros siempre esta oración: ¡Jesús mío, no permitáis que me separe de vuestro amor!

También a vos pido esta gracia, ¡oh Madre mía María! Ayudadme con vuestra intercesión a no separarme de mi Dios.

14. JESÚS ILUMINA AL MUNDO Y GLORIFICA A DIOS

Yahveh ha creado una cosa nueva en la tierra (Jr. 31, 22).

Antes de la venida de Mesías, el mundo estaba sepultado en noche tenebrosa de ignorancia e iniquidad. Apenas si el verdadero Dios era conocido en el mundo más que en un rinconcito de la tierra, en Judea. *Se ha dado a conocer Dios en Judá* (Sal. 75, 2). En cuanto al resto del mundo, adorábanse por dioses a los demonios, a las bestias y hasta a las piedras. Por doquier reinaba la noche del pecado, que ciega a las almas y las llenas de vicios y las priva de ver el miserable estado en que viven, enemigas de Dios y condenadas al infierno. *Echas tú las tinieblas, y es de noche, — en ellas se deslizan todas las alimañas de la selva* (Sal. 33, 20). De estas tinieblas vino Jesús a librar al mundo: *Una luz ha resplandecido sobre — los que habitaban en la tierra de sombras de muerte* (Is. 9, 2). Lo libró de la idolatría, dándole a conocer la luz del verdadero Dios, y lo libró del pecado con la luz de su doctrina y de sus divinos ejemplos: *Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para destruir las obras del*

diablo (1 Jn. 3, 8). Predijo el profeta Jeremías que Dios había de crear un niño nuevo, para que fuese el Redentor de los hombres. *Yahveh ha creado una cosa nueva en la tierra* (Jr. 31, 22). Este niño nuevo fue Jesucristo, que es el Hijo de Dios, que enamora al paraíso y es el amor del Padre, que habla así: *Este es mi Hijo querido, en quien me agradé* (Mt. 17, 5). Y este Hijo es quien se hizo hombre, niño nuevo, porque desde el primer momento de su existencia rindió a Dios más gloria y honor que la que le rindieron o rendirán todos los ángeles y santos juntos por toda la eternidad. De ahí que cantaron los ángeles en la naci-miento de Jesús: *Gloria a Dios en la alturas* (Lc. 2, 14). Jesús niño rindió a Dios más gloria que la que le quitaron todos los pecados de los hombres.

Animémonos, pues, nosotros, pobres pecadores; ofrezcamos al Eterno Padre este Niño, presentémosle las lágrimas, la obediencia, la humildad, la muerte y los merecimientos de Jesucristo, y así repararemos el des-honor que le habíamos causado con nuestras ofensas.

Afectos y súplicas

¡Ah Dios eterno!, yo os deshonré posponiendo tantas veces vuestra voluntad a la mía y vuestra santa gracia a mis viles y miserables satisfacciones. ¿Qué esperanza de perdón habría para mí si no me hubie-rais dado a Jesucristo, precisamente para ser la espe-ranza de nosotros, pobres pecadores? *El es propicia-ción por nuestros pecados* (1 Jn. 2, 2). Sí, porque Je-sucristo, sacrificando la vida en satisfacción de cuan-tas injurias le habíamos hecho, nos honró más que cuanto nosotros le habíamos deshonrado con nuestros pecados. Recibidme, pues, ¡oh Padre mío!, por amor

de Jesucristo. Me arrepiento, infinita bondad, de haberos ultrajado. *Padre, pequé contra el cielo y ante ti; no soy digno de llamarme hijo tuyo* (Lc. 15, 21). Soy indigno de perdón, pero Jesucristo es digno de ser escuchado por vos. El os rogó un día por mí desde la cruz: *Padre, perdónalos*; (Lc. 23, 34); y aun ahora, en el cielo, os está diciendo que me recibáis por hijo: *Abogado tenemos ante el Padre a Jesucristo* (1 Jn. 2, 1). Recibid un hijo ingrato que os dejó primero, mas ahora vuelve resuelto a amaros siempre. Sí, Padre mío, os amo y quiero amaros siempre; ahora que conozco el amor que me tuvisteis y la paciencia con que me soportasteis tantos años, no podría vivir sin amaros. Dadme gran amor, que me haga llorar siempre los disgustos que os di, Padre mío tan bueno, y me abraze siempre en amor hacia un Padre tan amante. Padre mío, os amo, os amo.

Tierna Madre mía, Dios es mi Padre y vos sois mi Madre; ya que todo lo podéis ante Dios, ayudadme y alcanzadme su santo amor y la santa perseverancia.

15. EL HIJO DE DIOS CARGA CON TODAS NUESTRAS INIQUIDADES

Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne (Rm. 8, 3).

Considera el estado de humillación a que quiso abatirse el Hijo de Dios, pues no sólo quiso tomar forma de esclavo, sino también de esclavo pecador *en semejanza de carne de pecado*. De aquí que escribie-

ra San Bernardo: «No sólo se contentó con adoptar la forma de esclavo para sujetarse a otro, sino también la de esclavo delincuente, para ser castigado». No sólo quiso adoptar la condición de esclavo para sujetarse a los demás el que era el Señor de todos, sino que se revistió de esclavo delincuente para ser castigado el que era Santo de los santos. A tal fin quiso vestirse de la misma carne de Adán, inficionada por el pecado. Y, si bien no contrajo la mancha del pecado, con todo, tomó sobre sí todas las miserias que la naturaleza humana había contraído en pena del pecado.

Nuestro Redentor, para alcanzarnos la salvación, se ofreció voluntariamente al Padre para expiar todas nuestras culpas, y el Padre le cargó con todas nuestras iniquidades: *Mientras Yahveh hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros*. He aquí, pues, al Verbo divino, al inocente, purísimo, santo, helo desde niño cargado con todas las blasfemias, iniquidades de todos los sacrilegios y de todos los delitos de los hombres, hecho por nuestro amor objeto de todas las maldiciones divinas a causa de los pecados por lo que se había obligado a pagar a la divina justicia. Así es como Jesucristo tomó sobre sí las maldiciones de tantos cuantos fueron y serán los pecados mortales de todos los hombres. Y tal se presentó al Padre, venido que fue al mundo, desde el principio de su existencia, cual reo y deudor de todas nuestras maldades, siendo por ello condenado por el Padre a morir ajusticiado y maldito sobre una cruz: *Y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne* (Rm. 8, 3).

Si el Eterno Padre hubiese sido capaz de sufrir, ¿qué pena habría experimentado al verse forzado a tratar como reo, y el más malvado reo del mundo a aquel inocente Hijo amadísimo, que era tan digno de su

amor! *Ecce homo* (Jn. 19, 5), decía Pilatos, al mostrarlo al pueblo judío, después de la flagelación, para excitarlo a compadecerse de aquel inocente tan maltratado. *Ecce homo* parece que el Eterno Padre nos dice a nosotros, mostrándonoslo en el estado de Belén: Este niño que veis (dice) colocado en un pesebre de animales, sobre la paja, es mi queridísimo Hijo, venido a cargar sobre sí vuestros pecados y vuestras penas; amadlo, pues, porque es dignísimo de vuestro amor y tanto os ha obligado a amarlo.

Afectos y súplicas

¡Ah Señor mío inocente, inmaculado espejo, amor del Eterno Padre, no se debían a vos los castigos y maldiciones, sino a mí pecador!; pero vos quisisteis demostrar al mundo este exceso de amor, sacrificando vuestra vida para alcanzarnos perdón y salvación, pagando con vuestras penas las merecidas por nosotros. Alaben y bendigan todas las criaturas vuestra misericordia y bondad infinita. Os lo agradezco en nombre de todos los hombres, y en especial en nombre propio, ya que, habiéndoos ofendido más que los otros, las penas por vos sufridas las sufristeis más por mí que por los demás. Maldigo mil veces mis indignos placeres, que tanto dolor os costaron. Mas, ya que habéis pagado el precio de mi rescate, haced que no sea perdida para mí la sangre por mí derramada. Me arrepiento de haberos despreciado, amor mío, pero aun os pido más arrepentimiento. Dadme a conocer el mal que os hice ofendiéndoos, mi Redentor y mi Dios, que tanto padecisteis para obligarme a amaros. Os amo, bondad infinita, y deseo amaros más; quisiera amaros cuanto merecéis. Hacedos amar, Jesús mío, hacedos amar

de mí y de todos, que bien lo merecéis. ¡Ah! Iluminad a los pecadores que no os quieren conocer ni os quieren amar; dadles a conocer cuanto hicisteis por su amor y el deseo que tenéis de su salvación.

Santísima Virgen María, rogad a Jesús por mí y por los pecadores; alcanzadnos luz y gracia para amar a vuestro Hijo, que tanto os amó.

16. DIOS ENVÍA A SU HIJO A LA MUERTE PARA DARNOS LA VIDA

Mas Dios, rico como es en misericordia, por el extremado amor con que nos amó, aun cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos vivificó con la vida de Cristo (Ef. 2, 4).

Considera que la muerte del alma es el pecado, porque este enemigo de Dios nos priva de la divina gracia, que es la vida del alma. Nosotros, pues, miserables pecadores, estábamos, por nuestros pecados, muertos y condenados al infierno. Dios, por su inmenso amor a nuestras almas, quiso devolvernos a la vida. Y ¿qué hizo? Envioó a la tierra a su Hijo unigénito a que muriese, para que con su muerte nos recobrase la vida. Con razón, pues, el Apóstol llama a esta manifestación de caridad *extremado amor*. Sí, porque no hubiera podido jamás esperar el hombre recibir de modo tan amoroso la vida si Dios no hubiese hallado este modo de redimirlo: *Consiguiendo una redención eterna* (Heb. 9, 12). Estaban todos los hombres muertos y sin remedio para ellos, mas el Hijo de Dios, movido por las entrañas de su misericordia, vino del

cielo (Lc. 1, 78) y nos dio la vida. Precisamente por esto llama el Apóstol a Jesucristo nuestra vida: *Cuando Cristo se manifestare, que es vuestra vida* (Col. 3, 4). He aquí a nuestro Redentor, vestido ya de carne y hecho hombre, diciéndonos: *Yo vine para que tengan vida y anden sobrados*. A este fin vino a tomar sobre sí la muerte, para darnos la vida. Razón es, pues, que vivamos solamente para aquel Dios que se dignó morir por nosotros: (Cristo) *por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió* (2 Cor. 5, 15). Razón es que Jesucristo sea el único Señor de nuestro corazón, ya que derramó su sangre y dio la vida para ganárselo: *Pues para esto Cristo murió y retornó a la vida, para que así de los muertos como de los vivos tenga señorío*.

Y ¿quién sería, Dios mío, el ingrato y desgraciado que, creyendo por la fe que un Dios murió para cautivarse su amor, rehuse después amarle y, renunciando a su amistad, quisiera hacerse voluntariamente esclavo del infierno?

Afectos y súplicas

¿Conque, oh Jesús mío, si no hubieseis aceptado y sufrido la muerte por mí, habría yo quedado muerto en mi pecado, sin esperanza de salvación ni de poder amaros ya más? Pero, después de que con vuestra muerte me alcanzasteis la vida, de nuevo la perdí voluntariamente tantas veces por mis recaídas en el pecado; vos moristeis para ganarme el corazón, y yo, rebelándome contra vos, lo hice esclavo del demonio. Todo esto es verdad, pero también lo es que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva,

y para esto moristeis, para darnos la vida. Me arrepiento de haberos ofendido, querido Redentor mío; perdonadme por los méritos de vuestra pasión, dadme vuestra gracia, dadme la vida que con vuestra muerte me comprasteis y dominad en adelante plenamente en mi corazón. No, no quiero que le domine más el demonio, pues ni es mi Dios, ni me ama, ni padeció nada por mí. En lo pasado no ha sido verdadero señor de mi alma, sino ladrón. Vos solo, ¡oh Jesús mío!, sois el verdadero Señor, que me criasteis y redimisteis con vuestra sangre; vos solo me amasteis y me amasteis tanto. Justo es, por ende, que yo os pertenezca solamente en lo que me reste de vida. Decidme qué queréis de mí, que todo lo quiero hacer. Castigadme como os plazca, que todo acepto; pero libradme sólo del castigo de vivir sin vuestro amor; haced que os ame y disponed después de mí como os agradare.

Santísima Virgen María, refugio y consuelo mío, encomendadme a vuestro Hijo: su muerte y vuestra intercesión son mi esperanza.

17. AMOR QUE EL HIJO DE DIOS NOS TESTIMONIÓ EN LA REDENCIÓN

Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Ef. 5, 2).

Considera cómo el Verbo eterno es el Dios infinitamente feliz en sí mismo, de manera que su felicidad no puede ser ya mayor, sin que la salvación de todos los hombres la pueda ya aumentar ni disminuir; y con todo, hizo y padeció tanto por salvarnos a nosotros,

miserables gusanillos, que no hubiera podido hacer ni padecer más si su felicidad, como dice Santo Tomás, hubiera dependido de la del hombre. «Como si no hubiera podido ser feliz sin el hombre». Y, en verdad, si Jesucristo no hubiera podido ser feliz sin redimirnos, ¿cómo habría podido humillarse más de lo que se humilló, hasta el extremo de cargar con nuestras enfermedades, abrazar los abatimientos de la infancia, las miserias de la vida humana y una muerte tan cruel e ignominiosa? Sólo un Dios era capaz de amarnos tan excesivamente, cuando por ser miserables pecadores éramos tan indignos de ser amados.

Si Jesucristo, dice un devoto autor, nos hubiese permitido pedirle las mayores pruebas de su amor, ¿quién jamás se habría atrevido a pedirle que se hiciera niño como nosotros, que se revistiese de todas nuestras miserias y que fuera, además, el más pobre de todos los hombres, el más vilipendiado y el más maltratado, hasta morir a manos de verdugos a fuerza de tormentos sobre un patíbulo infame, maldito y abandonado de todos, aun de su mismo Padre, que desamparó al Hijo para no abandonarnos a nuestra perdición?

Pero el Hijo de Dios pensó e hizo lo que nosotros no nos hubiéramos atrevido ni pensar. El, desde niño, se sacrificó por nosotros a las penalidades, a los oprobios y a la muerte. Nos amó y por nuestro amor se nos entregó a todos, para que, ofreciéndolo como víctima al Padre en satisfacción de nuestros delitos, podamos por sus méritos alcanzar de la divina bondad cuantas gracias deseemos: víctima más cara al Padre que si se le ofrecieran las vidas de todos los hombres y de todos los ángeles. Ofrezcamos, pues, siempre a Dios los méritos de Jesucristo y por ellos busquemos y espere-mos todo bien.

Afectos y súplicas

¡Jesús mío!, sobrada injusticia cometería contra vuestra misericordia y amor si, después de haberme manifestado tantas pruebas de afecto y tanto deseo de mi salvación, desconfiara de vuestra piedad y de vuestro amor. Amado Redentor mío, soy un pobre pecador, pero vos dijisteis haber venido a buscar los pecadores: *No vine a llamar justos, sino pecadores* (Mt. 9, 13). Soy un pobre enfermo, y vos vinisteis a curar las enfermedades: *No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que se hallan mal* (Lc. 5, 31). Me perdí por mis pecados, y vos vinisteis a salvar a tales perdidos: *Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido* (Mt. 18, 11). ¿Qué habré, pues, de temer, si quiero enmendarme y ser vuestro? Tan sólo he de temer de mí y de mi debilidad, pero mi debilidad y pobreza han de aumentarme la confianza en vos, que asegurasteis ser refugio de pecadores: *Y refugio el Señor será del pobre*; (Sal. 9, 10), y prometisteis escuchar sus deseos: *Escuchaste (Señor) el anhelo de los míseros*. (Sal. 9, 17). Esta gracia, pues, os pido, Jesús mío; dadme confianza en vuestros méritos y haced que por ellos me encomiende siempre a Dios. Padre Eterno, salvadme del infierno, y antes del pecado, por amor de Jesucristo; por los méritos de este Hijo dadme luz para seguir vuestra voluntad, dadme fuerza contra las tentaciones, dadme el don de vuestro santo amor. Y, sobre todo, dadme, por favor, la gracia de pedirlos siempre que me ayudéis por amor de Jesucristo, que prometió que vos concederíais cuanto pidiera a quien os lo pidiera en su nombre. Ciertamente me salvaré si de esta manera continúo pidiendo, y de no hacerlo así, ciertamente me perderé.

María Santísima, alcanzadme la gracia extraordinaria de la oración, de perseverar encomendándome siempre a Dios y también a vos, que alcanzáis de El cuanto queréis.

18. JESÚS, HOMBRE DE DOLORES DESDE EL SENO DE SU MADRE

Varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento (Is. 53, 3).

Llama el profeta Isaías a Jesucristo *varón de dolores*, porque fue engendrado expresamente para padecer, y desde niño comenzó a sufrir los mayores dolores que jamás sufrieron los hombres. El primer hombre, Adán, tiempo hubo en que disfrutó en el mundo las delicias del paraíso terrenal; pero el segundo Adán, Jesucristo, no tuvo momento alguno de la vida exento de afanes y de agonías, porque ya desde niño le afligió la funesta vista de todas las penalidades e ignominias que había de padecer en la vida y especialmente en la muerte, sumergido en tempestad de dolores y oprobios, según predijera por David: *He llegado hasta el fondo de las aguas y las olas me anegan* (Sal. 68, 3).

Jesucristo, desde el seno de María, aceptó la obediencia impuesta por el Padre sobre su pasión y muerte: *Hecho obediente hasta la muerte* (Fil. 2, 8), pues desde el seno de María previó los azotes y les ofreció sus carnes; previó las espinas y ofrecióles la cabeza; previó las bofetadas y ofrecióles las mejillas; previó los clavos y ofrecióles manos y pies; previó la cruz y ofrecióle la vida; de suerte que, desde el primer mo-

mento de su infancia, padeció a cada instante de la vida un martirio continuado, ofrecido por nosotros al Eterno Padre.

Mas lo que sobre todo le afligía era la consideración de los pecados que habíamos de cometer, aun después de su tan penosa redención. El conocía sobradamente, con divina claridad, la malicia de cada pecado, y para acabar con ellos venía al mundo; pero, viendo además el número tan grande que se habían de cometer después, causó al corazón de Jesús una pena mayor que todas las padecidas y que han de padecer todos los hombres del mundo.

Afectos y súplicas

Dulce Redentor mío, ¿cuándo empezaré a ser reconocido a vuestra infinita bondad? ¿Cuándo comenzaré a reconocer el amor que me manifestasteis y las penalidades que por mí sufristeis? En lo pasado, en vez de amor y agradecimiento, os pagué con ofensas y desprecios. Y ¿habré de seguir siempre así, Dios mío, que nada perdonasteis para conquistaros mi amor? No, Jesús mío, no será así. Quiero, en los días que me restaren de vida, seros agradecido, y espero para ello vuestra ayuda. Si os ofendí, vuestras penas y vuestra muerte son mi esperanza. Prometisteis perdonar a quien se arrepiente; con toda el alma me arrepiento de haberos despreciado. Cumplid vuestra palabra, amor mío, y perdonadme. Amado Niño mío, os contemplo en ese pesebre clavado en la cruz, que ya tenéis presente y aceptáis por mí. Niño mío crucificado, os diré, gracias os doy por ello y os amo. Vos sobre esa paja, padeciendo ya por mí y aprestándoos a morir por mi amor, me invitáis y mandáis que os ame: *Amarás, pues,*

a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón (Mt. 22, 37), y yo nada quiero sino amaros. Así, pues, ya que vos queréis que os ame, dadme todo aquel amor que de mí pedís. El amor a vos es don vuestro, y el don mayor que podéis hacer a un alma. Aceptad, Jesús mío, por amante vuestro a un pecador que tanto os ofendió. Bajasteis del cielo a buscar a las ovejuelas perdidas: buscadme, pues, que yo no busco más que a vos. Vos amáis a quien os ama: *Yo amo a quienes me aman* (Pv. 8, 17). Yo os amo; amadme también vos; si me amáis, atadme a vuestro amor, y atadme de suerte que no pueda separarme más de vos.

María, Madre mía, ayudadme. Sea también gloria vuestra ver amado a vuestro Hijo por un pecador miserable que tanto os ofendió en lo pasado.

19. JESÚS, CARGADO CON TODOS LOS PECADOS DEL MUNDO

Y sus iniquidades (las de los hombres) cargará sobre sí (Is. 53, 11).

Considera cómo el Verbo divino, haciéndose hombre, no sólo quiso tomar la figura de pecador, sino cargar también con todos los pecados de los hombres y satisfacer por ellos cual si fuesen propios: *Y sus iniquidades* (las de los hombres) *cargará sobre sí*, como si las hubiera cometido, añade el P. Cornelio. Pensemos aquí la opresión y angustias en que se debió hallar el corazón del Niño Jesús, que ya había cargado con todos los pecados del mundo, viendo que la divina justicia reclamaba de El plena satisfacción. Harto

conocía la malicia de cada pecado, pues con la luz de la divinidad, que le acompañaba, se daba cuenta, inmensamente más que todos los hombres y todos los ángeles, de la infinita bondad del Padre y del derecho infinito que le asiste al amor y respecto de todos. Veía, además, a las claras el número sin número de pecados que habían de cometer los hombres, por quienes iba a padecer y morir. Dio a conocer en cierta ocasión el Señor a Santa Catalina de Génova la fealdad de una sola culpa venial, y fue tal el dolor de la Santa, que cayó desmayada por tierra. ¡Cuál sería, pues, la pena de Jesús Niño al verse, al venir a mundo, ante tan innumerables ejército de crímenes de todos los hombres por quienes había de satisfacer!

Entonces conoció en particular todos los pecados de cada uno de nosotros, observa San Bernardino de Siena. Dice el cardenal Hugo que los verdugos atormentaron al Salvador exteriormente, en tanto que nosotros lo atormentamos interiormente, es decir, que cada uno de nuestros pecados hizo sufrir más al alma de Jesucristo que lo afligió a su cuerpo la crucifixión y la muerte. He aquí cómo ha correspondido al amor de este divino Salvador quien se acuerde de haberle ofendido con el pecado mortal.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, yo, que así os ofendí, no soy digno de vuestra gracia; mas por el mérito de las penas que padecisteis y ofrecisteis a Dios en vista de mis pecados, satisfaciendo por ellos a la divina Justicia, hacedme partícipe de la luz con que entonces conocisteis su malicia y la aversión con que los detestasteis. ¿Será, pues, verdad, amable Salvador mío, que

yo fui, desde que erais niño, y en todos los momentos de vuestra vida, el verdugo de vuestro corazón, y verdugo más cruel que cuantos os crucificaron? ¿Y que esta pena la renové y acrecenté cuantas veces torné a ofenderos? Señor, ya habéis muerto para salvarme; pero no basta para esto vuestra muerte, si yo por mi parte no las detesto sobre todo mal y no tengo verdadero dolor de las ofensas que os hice. Pero este dolor también me lo habéis de dar vos, que lo dais a quien lo pide. Os lo pido por los méritos de las penalidades padecidas en esta vida: dadme dolor de todos mis pecados, pero dolor que corresponda a su malicia. Ayudadme, Señor, a hacer el acto de contrición que ahora voy a formular. Dios Eterno, sumo e infinito bien, yo, miserable gusano, tuve el atrevimiento de perderos el respeto y despreciar vuestra gracia. Detesto sobre todo otro mal y aborrezco las injurias que os hice; me arrepiento de ellas con todo el corazón, no tanto por el infierno merecido, cuanto por haber ofendido a vuestra infinita bondad. Por los méritos de Jesucristo, espero me perdonaréis, y espero también con el perdón la gracia de amaros. Os amo, ¡oh Dios!, digno de infinito amor, y quiero repetiros siempre: os amo, os amo, os amo, y, como os decía vuestra amada Santa Catalina de Génova, postrada a las plantas del Crucifijo: «¡Jesús mío, no más pecados, no más pecados!».— No, que vos no merecéis ser ofendido, ¡oh Jesús mío!, sino solamente ser amado. Redentor mío, ayudadme.

Madre mía, socorredme; sólo os pido vivir amando a Dios en lo que me restare de vida.

20. JESÚS PADECE DURANTE TODA SU VIDA

Y mi dolor está siempre ante mí (Sal. 36, 18).

Considera cómo todas las penas e ignominias padecidas por Jesús en vida y en muerte, todas las tuvo presentes desde el primer instante de su vida: *Y mi dolor está siempre ante mí*, y todas desde niño comenzó a ofrecerlas en satisfacción de nuestros pecados, comenzando desde entonces a obrar como Redentor. Reveló El a un siervo suyo que, desde el comienzo de su vida hasta la muerte, siempre padeció, y padeció tanto por nuestros pecados, que, si hubiera tenido tantas vidas cuantos hombres hay, tantas habría perecido de dolor, si Dios no le hubiera conservado la vida para padecer más.

¡Oh, qué martirio para el corazón amante de Jesús ver tantos pecados de los hombres!: «Tuvo particular mirada para cada culpa». Desde el seno de María vio sin cesar, en particular, cada pecado, y cada uno de ellos le afligió inmensamente. Dice Santo Tomás que este dolor de Jesucristo a vista de las injurias hechas a su Padre y el daño que había de causar a las almas, por El amadas tan ardientemente, superó al dolor de todos los pecadores contritos, hasta de aquellos que murieron de puro dolor; sí, porque ningún pecador amó a Dios y a su alma como Jesús amaba al Padre y a nosotros. De aquí que aquella agonía padecida por el Redentor en el huerto de los Olivos a vista de todas nuestras iniquidades, que se había comprometido a expiar, las padeció desde el seno materno. *Yo soy un infeliz, y muriéndome vengo desde niño* (Sal. 87, 16). Así predijo nuestro Salvador por boca de David que

toda su vida había de ser un continuo padecer. De aquí deduce San Juan Crisóstomo que de lo único de que nos debemos afligir es del pecado, y que así como Jesús fue afligido por nuestros pecados durante toda su vida, así nosotros, que los cometimos, debemos tener continuo dolor de ellos, acordándonos de haber ofendido a un Dios que tanto nos ha amado. Santa Margarita de Cortona no cesaba de llorar sus culpas. Cierta día díjole el confesor: Margarita, no llores más, que el Señor te ha perdonado. ¿Cómo — acudió la Santa—, cómo me pueden bastar las lágrimas derramadas y el dolor de aquellos pecados que contristaron a mi Jesús durante toda su vida?

Afectos y súplicas

Ved, Jesús mío, a vuestros pies al ingrato y perseguidor que os contristó durante toda vuestra vida. Mas os diré con Ezequías: *Has librado mi vida de la hoya de perdición, — te has echado a la espalda todos mis pecados* (Is. 38, 17). Os ofendí, os traspasé con tantos pecados, pero vos no rehusasteis cargar con todas mis culpas; espontáneamente arrojé mi alma a las llamas del infierno siempre que consentí ofenderos gravemente, y vos, a costa de vuestra sangre, no dejasteis de librarla ni de procurar salvarla. Amado Redentor mío, gracias. Quisiera morir de dolor, pensando que tanto maltraté vuestra infinita bondad. Amor mío, perdonadme y venid a tomar posesión de mi corazón. Vos dijisteis que no os desdeñáis de entrar en la casa que os abriere para quedar en su compañía: *Si uno oyere mi voz y abriese la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo* (Ap. 3, 20). Si hubo tiempo en que os deseché, ahora os amo y no quiero más

que vuestra gracia. Ved que está abierta la puerta, entrad en mi pobre corazón; pero entrad para no salir más de él. Pobre es, pero si vos entráis lo enriqueceréis, y mi mayor riqueza será poseeros a vos, sumo bien.

¡Oh Reina del cielo, Madre atribulada de tan atribulado Hijo!, también a vos fui motivo de pena, pues participasteis de gran parte de los dolores de Jesús. Sin embargo, perdonadme. Madre mía, y alcanzadme la gracia de seros fiel ahora que espero haya vuelto Jesús a mi alma.

21. JESÚS QUISO SUFRIR TANTO PARA CONQUISTAR NUESTROS CORAZONES

Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla! (Lc. 12, 50).

Considera cómo Jesús padeció desde el primer momento de su vida y todo lo padeció por nuestro amor. El en toda su vida no tuvo más interés, después de la gloria de Dios, que nuestra salvación. Como Hijo de Dios, no necesitaba padecer para merecer el paraíso; cuantas penas sufrió, pobreza e ignominias, todo lo aplicó para merecernos la salvación eterna. Así, pudiendo salvarnos sin padecer, se abrazó con una vida llena de dolores, pobre, despreciada y privada de todo alivio y con una muerte la más desolada y amarga que jamás sufriera mártir o penitente alguno, sólo para darnos a entender la grandeza del amor que nos tenía y para conquistarse nuestros afectos.

Jesús vivió treinta y tres años, suspirando por la hora del sacrificio de su vida, que, deseaba ofrecer para alcanzarnos la divina gracia y la gloria eterna, para tenernos consigo siempre en el paraíso. Tal deseo le hizo exclamar: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla!* Deseaba ser bautizado en su propia sangre, no ya para lavar sus pecados, pues era inocente y santo, sino los pecados de los hombres, a quienes tanto amaba: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre* (Ap. 1, 5). ¡Oh exceso de amor de un Dios, que todos los hombres y todos los ángeles nunca llegaron a comprender ni alabar lo suficiente!

Laméntase San Buenaventura al ver la gran ingratitud de los hombres a tan extraordinario amor. Maravilla es, dice el Santo, ver a un Dios padeciendo tantas penas, gimiendo en un establo, pobre en un taller; exangüe en una cruz y, en suma, afligido y atribulado en toda su vida por amor de los hombres, y ver luego que estos hombres no se abrasan en amor a un Dios tan amante y aun tienen la audacia de despreciar su amor y su gracia. ¡Ah, Dios mío!, y ¿cómo es posible comprender que os hayáis reducido a padecer tanto por los hombres y que haya tantos de ellos que no os amen y os ofendas?

Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, entre los ingratos que pagaron vuestro amor inmenso, vuestros dolores y vuestra muerte con disgustos y desprecios me hallo yo. Querido Jesús mío, ¿cómo al ver la ingratitud con que os pagaría pudiste amarme tanto y padecer tanto desprecio y penalidad por mí? Mas no quiero desesperarme.

El mal ya está hecho. Dadme, pues, Señor mío, el dolor que me merecisteis con vuestras lágrimas, pero que sea un dolor igual a mi iniquidad. Corazón amoroso de mi Salvador, tan afligido y desolado un tiempo por amor mío, y aun ahora lleno de ardoroso amor hacia mí, ¡ea!, mudadme el corazón. Dadme un corazón que compense los disgustos que os causé y un amor que iguale a mi ingratitud. Ahora siento en mí gran deseo de amaros; gracias, porque veo que vuestra piedad me ha cambiado el corazón. Aborrezco sobre todo otro mal las ofensas que os hice, las odio y las detesto. Ahora estimo más vuestra amistad que todas las riquezas y todos los reinos. Deseo complaceros cuanto me sea posible. Os amo, amabilidad infinita, pero veo que este amor es muy mezquino; acrecentad la llama y dadme más amor, que vuestro amor ha de ser correspondido con más amor por mí, que tanto os ofendí y que, en vez de castigos, recibí tan especiales favores. ¡Oh sumo Bien!, no permitáis que viva más ingrato a tantas gracias como me habéis dispensado. «Muera por amor de vuestro amor (os diré con San Francisco de Asís), ya que habéis muerto por amor del mío».

María, esperanza mía, ayudadme y rogad a Jesús por mí.

22. LA MAYOR PENA DE JESÚS

¿Qué logro hay en mi sangre —en que yo a la cárcava descienda? (Sal. 29, 10).

Reveló Jesucristo a la V. Agueda de la Cruz que, estando en el seno de María, la pena que más le

contristó fue ver la dureza de los corazones de los hombres, que despreciarían, después de su redención, las gracias que había venido a derramar sobre la tierra, que fue lo que expresó tiempo atrás por boca de David, en las citadas palabras así entendidas por los Santos Padres. Explica San Isidoro que el *descender a la cárcava* significa bajar a tomar la naturaleza humana, tan corrompida por vicios y pecados. Padre mío (parece decir el Verbo divino), voy a revestirme de carne humana, y luego a derramar toda mi sangre por los hombres; pero *¿qué logro hay en mi sangre?* La mayoría de los hombres no harán caso de esta mi sangre y seguirán ofendiéndome, cual si nada hubiese hecho por su amor.

Esta pena fue el cáliz amargo que Jesucristo pidió a su Eterno Padre apartara de sí: *Pase de mí este cáliz* (Mt. 26, 39). ¿Qué cáliz? Ver tan despreciado su amor. Esto le hizo aún clamar sobre la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (Jbid. 27, 46) Reveló el Señor a Santa Catalina de Siena que el abandono de que entonces se quejó era ver que el Padre permitiría que su pasión y su amor fuesen despreciados por tantos hombres por quienes moría.

Y esta misma pena atormentaba a Jesús Niño en el seno de María, el ver desde entonces tantos dolores, ignominias, sangre derramada y una muerte tan cruel e infame, por una parte, y por otra ver tan insignificante fruto. Preveía ya desde entonces el santo Niño lo que decía el Apóstol, que muchos, y aun la mayoría de los hombres, pisotearían su sangre y despreciarían la gracia que esta sangre les alcanzaba: *El que pisoteó al Hijo de Dios y consideró como profana la sangre de la alianza* (Heb. 10, 29). Pero, si fuimos del número de estos ingratos, no desesperemos. Jesús viene con

su nacimiento a brindar la paz a los hombres de buena voluntad, como lo hizo anunciar por los ángeles: *Y en la tierra, paz a los hombres del (divino) agrado* (Lc. 2, 14). Cambiemos, pues, de voluntad, arrepintiéndonos de nuestros pecados y proponiendo amar a este buen Dios, y así hallaremos la paz, es decir, la amistad de Dios.

Afectos y súplicas

Amabilísimo Jesús mío, ¡cuánto os hice padecer en toda vuestra vida! Vos derramasteis la sangre por mí con tanto dolor y tanto amor, y hasta ahora, ¿qué fruto recabasteis de mí?: desprecios, disgustos y ofensas. Pero, Redentor mío, no quiero contristaros más. Espero que en lo futuro vuestra pasión fructificará en mí con la divina gracia, que ya veo me asiste. Vos padecisteis tanto y moristeis por mí para que os amase. Quiero amaros sobre todo otro bien, y por agradaros estoy presto a sacrificar mil veces la vida. Padre Eterno, no debiera osar presentarme a pedir el perdón ni la gracia, pero vuestro Hijo me asegura que cualquier gracia que pidiere en su nombre me la concederéis: *Si alguna cosa pidiereis al Padre, os la concederá en nombre mío* (Jn. 16, 23). Os ofrezco, pues, los merecimientos de Jesucristo y en su nombre os pido perdón general de todos mis pecados, la santa perseverancia hasta la muerte y, sobre todo, el don de vuestro santo amor, que me haga vivir siempre en conformidad a vuestra divina voluntad. Por lo que, a mi voluntad respecta, me resuelvo a aceptar mil muertes antes que volver a ofenderos, y a amaros con todo el corazón, haciendo cuanto pudiere por complacerlos. Mas para todo ello os pido y espero la gracia de ejecutarlo.

María, Madre mía, si rogáis por mí, estoy seguro. Rogad, rogad, y no dejéis de rogar para que yo no cambie y sea lo que Dios quiere de mí.

23. POBREZA DE JESÚS AL NACER

Hallaréis al niño... recostado en un pesebre (Lc. 22, 12).

Meditando la santa Iglesia este gran misterio y prodigio de un Dios nacido en un establo, exclama en el éxtasis de la admiración: «¡Qué misterio y pasmosa maravilla que los animales llegaran a ver a Dios nacido y recostado en un pesebre!»

Para contemplar con ternura y amor el nacimiento de Jesús hemos de pedir al Señor nos dé fe vivísima. Si entramos sin fe en la gruta de Belén no experimentaremos más que un afecto de compasión al ver a un niño reducido a tan pobre estado, que, nacido en el corazón del invierno, es colocado en un pesebre, sin fuego y en medio de una fría cueva. Pero si entramos con fe y consideramos el exceso de bondad y de amor de que un Dios haya querido reducirse a comparecer, pequeñito infante, ceñido en lienzo, acostado en paja, llorando, tiritando de frío, sin poderse mover, necesitado de leche para vivir, ¿cómo es posible que no nos sintamos atraídos y suavemente obligados a entregar nuestros afectos a este Dios Niño, reducido a tal estado para hacerse amar?

Dice San Lucas que los pastores, después de visitar a Jesús en el establo, *tornaron glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que oyeron y vieron*

(Lc. 2, 20). Y, con todo, ¿qué vieron? Sólo a un pobrecito niño tiritando de frío sobre unas pajas; mas, por cuanto estaban iluminados por la fe, reconocieron en aquel niño el exceso del amor divino, e inflamados en este amor iban alabando y glorificando a Dios, considerando que habían tenido la ventura de ver a un Dios anonadado por amor de los hombres.

Afectos y súplicas

¡Dulce y amable Niño!, aunque os veo tan pobre sobre esa paja, os confieso y adoro por mi Señor y Creador. Comprendo quién os redujo a tan miserable estado: el amor que me tuvisteis. Recordando, pues, Jesús mío, la manera como os traté, las injurias que os hice, me maravillo cómo me habéis soportado. ¡Malditos pecados!, ¿qué hicisteis? Amagar el corazón de este mi enamorado Señor. Por favor, querido Salvador mío, por los dolores que sufristeis y por las lágrimas que derramasteis en el establo de Belén, dadme lágrimas, dadme gran dolor que me haga llorar durante toda la vida los disgustos que os causé. Dadme amor a vos, pero tal que compense las ofensas que os hice. Os amo, mi tierno Salvador; os amo, Dios Niño; os amo, amor mío, mi vida, mi todo. Os prometo no amar nada en adelante sino a vos. Ayudadme con vuestra gracia, sin la que nada puedo.

María, esperanza mía, vos alcanzáis cuanto deseáis de este vuestro Hijo; alcanzadme su santo amor. Madre mía, escuchadme.

24. JESÚS, FUENTE DE GRACIAS

Sacaréis aguas con alegrías de las fuentes de salvación (Js. 12, 3).

Considera las cuatro fuentes de gracias que tenemos en Jesucristo, según las vio San Bernardo.

La primera es una fuente de *misericordia*, en la que nos podemos purificar de todas las manchas de nuestros pecados. Esta fuente fue formada para nosotros con las lágrimas y la sangre del Redentor: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre* (Ap. 1, 5).

La segunda fuente es de *paz* y de *consuelo* en nuestras tribulaciones: *E invócame en el día de la angustia,— yo te libraré y tú me honrarás* (Sal. 2, 15). *Quien tiene sed, venga a mí y beba* (Jn. 7, 37). Quien esté sediento de consuelos aun en esta vida, venga a mí, que yo le contentaré. Quien pruebe las aguas de mi amor desdeñará para siempre todas las delicias del mundo: *Quien bebiere del agua que yo le diere no tendrá sed eternamente* (Jbid. 4, 13). Y se sentirá plenamente satisfecho cuando entre en el reino de los bienaventurados, porque el agua de mi gracia lo elevará de la tierra al cielo: *El agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salte para la vida eterna* (Jbid. 4, 14). La paz con que Dios favorece a las almas que le aman no es la paz que el mundo promete en los placeres de los sentidos, que dejan más amargura que paz. La paz que da Dios sobrepuja a los deleites de los sentidos: *Y la paz de Dios, la que sobrepuja toda inteligencia* (Fil. 4, 7). ¡Dichosos quienes deseen esta divina fuente!: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* (Mt. 5, 6).

La tercera es fuente de *devoción*. ¡Oh, y cómo se hace piadoso y pronto a obedecer la voz de Dios, y crece siempre en virtud quien a menudo medita cuanto hizo Jesucristo por nuestro amor! *Y es cual árbol plantado junto a las corrientes de las aguas* (Sal. 1, 3).

La cuarta es fuente de *amor*: *En mi meditación se encendió un juego* (Sal. 38, 4). Quien medita los padecimientos e ignominias que Jesucristo padeció por nuestro amor, no es posible que deje de sentirse inflamado en aquel dichoso fuego que vino a encender a la tierra.

Así se verifica cumplidamente que quien se aprovecha de estas dichas fuentes que tenemos en Jesucristo sacará siempre de ellas aguas de alegría y de salvación: *Sacaréis aguas con alegría de las fuentes de salvación*.

Afectos y súplicas

¡Oh mi dulce y amado Salvador, cuánto os debo, cuánto me obligasteis a amaros haciendo por mí lo que ningún hijo haría por su padre ni criado alguno por su señor! Si vos, pues, me amasteis más que nadie, razón es que yo os ame sobre todos los demás. Quisiera morir de dolor al pensar que padecisteis tanto por mí y aceptasteis, además, por mi amor la muerte más dolorosa que pueda padecer hombre alguno; y ¡yo que tantas veces desprecié vuestra amistad! ¡Cuántas veces, en efecto, me perdonasteis y yo volví a ofenderos! Pero vuestros merecimientos son mi esperanza. Ahora estimo más vuestra gracia que todos los reinos de la tierra. Os amo, y por vuestro amor acepto toda clase de penas y de muertes. Y si no soy digno de morir a manos de verdugos por gloria vuestra, acepto,

al menos, voluntariamente la muerte que me deparéis, y la aceptó en el modo y tiempo que dispongáis.

Madre mía, María, alcanzadme vivir y morir siempre en el amor a Jesús.

25. JESÚS, CARITATIVO MÉDICO DE NUESTRAS ALMAS

Y brillará para vosotros... el Sol de justicia, que llevará en sus alas la curación (Mal. 4, 2).

Vendrá vuestro médico, dice el profeta, a sanar los enfermos, y vendrá veloz, cual ave que vuela y cual sol que al salir por el horizonte extiende sus rayos hasta el otro polo. Pero vedle ya aquí, que ha venido. Consolémonos y agradezcámoselo. Dice San Agustín que este médico celestial bajó hasta el lecho del enfermo, es decir, que vino a tomar nuestra carne, puesto que los cuerpos son el lecho de las almas enfermas. Los otros médicos, por mucho que amen a los enfermos, se afanan cuanto pueden por curarlos; pero ¿cuál será el médico que para curar al enfermo cargue su enfermedad sobre sí? Jesucristo solo fue el médico que cargó con nuestras enfermedades para curarlas. No quiso mandar a otro, sino que quiso venir El mismo a desempeñar tan piadoso oficio para conquistarse nuestro amor: *Mas nuestros sufrimientos El los ha llevado, nuestros dolores El los cargó sobre sí* (Is. 53, 4). Quiso con su misma sangre curar nuestras llagas y con su muerte librarnos de la muerte eterna de que éramos deudores. En suma, quiso tomar la amarga medicina de una vida pletórica de penalidades y de una muerte

acerba, para alcanzarnos la vida y librarnos de todo mal. *El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo he de beber?* (Jn. 18, 11), dijo a San Pedro.

Fue, pues, necesario que Jesucristo abrazase tantas ignominias para sanar nuestra soberbia; que abrazase vida tan pobre para sanar nuestra codicia; que abrazase un mar de penas hasta morir de puro dolor para sanar nuestra avidez de placeres sensuales.

Afectos y súplicas

Sea siempre loada y bendecida vuestra caridad, Redentor mío. Y ¿qué sería de mi alma, tan enferma y afligida de tantas llagas como me causaron mis culpas, si no os tuviese a vos, Jesús mío, que podéis y queréis sanarme? ¡Oh sangre de mi Salvador, en vos confío: lavadme y sanadme. Me arrepiento, amor mío, de haberos ofendido. Para demostrarme el amor que me tenéis, vivisteis vida tan atribulada y abrazasteis tan amarga muerte. También yo quisiera demostraros mi amor, mas ¿qué puedo hacer yo, miserable y débil enfermo? ¡Oh Dios del alma mía, vos sois omnipotente y podéis curarme y santificarme! Encended en mí gran deseo de agradaros. Renuncio a todas mis satisfacciones para complaceros, Redentor mío, que merecéis ser complacido a toda costa. ¡Oh sumo Bien!, os estimo y amo sobre todo otro bien; haced que os ame de todo corazón y os pida siempre vuestro santo amor. En lo pasado os ofendí y no os amé por no haber solicitado vuestro amor, como ahora lo busco y os pido la gracia de buscarlo siempre; escuchadme, por los méritos de vuestra pasión.

María, Madre mía, siempre estáis presta a escuchar a quien os pide y amáis a quien os ama. Os amo, Reina mía; alcanzadme la gracia de amar a Dios, y nada más os pido.

26. QUE TODO LO HABEMOS DE ESPERAR POR LOS MÉRITOS DE JESUCRISTO

A su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todos le entregó (Rm. 8, 32).

Considera que, habiéndonos dado el Eterno Padre a su mismo Hijo por Mediador, por Abogado ante El y por Víctima en satisfacción de nuestros pecados, no podemos ya temer ser desatendidos por Dios, fuese cual fuese la gracia que le pidiéramos con el apoyo de tal Redentor. *¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* (Rm. 8, 32).

¿Qué cosa nos negará un Dios que no nos negó a su Hijo? Ninguna oración nuestra merece ser ni escuchada ni atendida por el Señor, porque no merecemos gracia, sino castigo por nuestros pecados; pero bien merece ser oído Jesucristo, que intercede por nosotros, ofreciendo todos los sufrimientos de su vida, su sangre y su muerte. El Padre nada puede negar a Hijo tan amado que le brinda un precio de infinito valor. Es inocente, y cuanto paga a la divina justicia es para satisfacción de nuestras deudas, y su satisfacción es infinitamente mayor que todos los pecados de los hombres. No sería justo que pereciese un pecador que se arrepiente de sus culpas y ofrece a Dios los méritos de Jesucristo, que satisfizo por él sobreabundantemente. Agradecemoslo a Dios y esperémoslo todo por los méritos de Jesucristo.

Afectos y súplicas

No, Dios mío y Padre mío, no puedo ya desconfiar de vuestra misericordia; no puedo temer que me ne-

guéis el perdón de cuantas ofensas os hice y que me neguéis las gracias necesarias para salvarme, cuando me disteis a vuestro Hijo para que os lo ofreciera por mí. Precisamente para perdonarme y hacerme merecedor de vuestras gracias me disteis a Jesucristo y me mandasteis os lo ofreciera y esperase, por sus merecimientos, la salvación que me habíais de conceder. Sí, Dios mío, quiero obedeceros, y os lo agradezco. Os ofrezco los méritos de este Hijo y por ellos espero la gracia que repare mi debilidad y todos los daños que me acarree con mis pecados. Me arrepiento, Bondad infinita, de haberos ofendido; os amo sobre todas las cosas y de hoy en adelante os prometo no amar sino a vos. Pero de nada valdrá esta mi promesa si no me ayudáis. Por amor de Jesucristo, dadme la santa perseverancia y vuestro amor; dadme luz y fuerza para cumplir vuestra santa voluntad. Fiado, pues, en los méritos de Jesucristo, espero que me oiréis.

María, Madre y esperanza mía, también os suplico, por amor de Jesucristo, que me alcancéis esta gracia. Madre mía, escuchadme.

27. DIOS NOS DIO A SU UNIGÉNITO POR SALVADOR

Te he constituido en luz de los gentiles, para que mi salvación llegue hasta el fin de la tierra (Is. 49, 6).

Consideremos cómo el Eterno Padre dijo al Niño Jesús en el instante de su concepción estas palabras: Hijo, yo te he dado al mundo como luz y vida de las gentes, para que procures su salvación, que estimo

tanto como si fuese la mía. Es necesario, pues, que te emplee completamente en beneficio de los hombres. «Dado completamente a ellos y entregado por completo a sus menesteres». Es necesario que al nacer padezcas extremada pobreza, para que el hombre se enriquezca, es necesario que seas vendido como esclavo, para que el hombre sea libre; es necesario que, como esclavo, seas azotado y crucificado, para satisfacer a mi justicia la pena debida por el hombre; es necesario que sacrifiques sangre y vida, para librar al hombre de la muerte eterna. Sábetelo, en suma, que ya no eres tuyo, sino del hombre. *Pues un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado* (Is. 9, 6). Así, querido Hijo mío, viendo que le doy por completo a ti, Hijo mío unigénito, y que ya no me resta más que darle.

Así amó Dios (¡oh amor infinito, digno solamente de un Dios infinito), *así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito* (Jn. 3, 16). El niño Jesús no se contristó a esta propuesta, sino que se complació en ella, aceptándola con amor y regocijo: *Salta cual gigante a correr la ruta* (Gal. 18, 6). Y desde el primero momento de su encarnación se entregó por completo al hombre, y abrazó con gusto todos los dolores e ignominias que había de sufrir en la tierra por amor de los hombres. Estos fueron, expone San Bernardo, los montes y collados que había de atravesar Jesucristo con tanto apresuramiento para salvar a los hombres: *Helo aquí que viene saltando por las montañas, brincando por las colinas* (Cant. 2, 8).

Piensa aquí cómo el divino Padre, enviando a su Hijo para ser nuestro Redentor y sellar la paz entre El y los hombres, se obligó en cierto modo a perdonarnos y amarnos, por razón del pacto que hizo de recibirnos en su gracia, puesto que el Hijo satisfacía por

nosotros a la divina justicia. A su vez, el Verbo divino, habiendo aceptado la comisión del Padre, el cual (enviándolo a redimirnos) nos lo daba, se obligó también a amarnos, no ya por nuestros méritos, mas para cumplir la piadosa voluntad del Padre.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, si es verdad, como dice la ley, que el dominio se adquiere con la donación, vos sois mío, por haberos vuestro Padre entregado a mí: por mí nacisteis y por mí os habéis dado. Por eso puedo con razón exclamar: Dios mío y mi todo. Y ya sois mío, mías son vuestras cosas, como me lo afirma vuestro Apóstol: *¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* (Rm. 8, 32). Mía es vuestra sangre, míos vuestros méritos, mía vuestra gracia, mío vuestro paraíso. Y si sois mío, ¿quién podrá nunca separaros de mí? Nadie podrá quitarme a Dios, exclamaba jubiloso San Antonio Abad. Así quiero yo exclamar en adelante. Tan sólo por culpa mía puedo perderos y separarme de vos; pero Jesús mío, si en lo pasado os dejé y perdí, ahora me arrepiento con toda el alma y me resuelvo a perderlo todo, aun la vida, antes que perderos a vos, bien infinito y único amor de mi alma. Os doy gracias, Padre eterno, por haberme dado a vuestro Hijo, y a cambio de habérmelo dado por completo a mí, miserable, y yo me entrego todo a vos. Por amor de este mismo Hijo, aceptadme y estrechadme con los lazos de amor a este mi Redentor, pero estrechadme de manera que pueda también exclamar: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo?* (Rm. 8, 35) *¿Qué bien del mundo podrá separarme de mi Jesucristo?* Salvador mío, pues sois todo mío, sa-

bed que yo soy todo vuestro; disponed de mí y de mis cosas como os agradare. ¿Cómo podría negar nada a Dios, que no me negó nada, ni su sangre ni su vida?

María, Madre mía, custodiarme con vuestra protección. No quiero ya pertenecerme más, sino pertenecer por completo a mi Señor. Pensad en hacerme fiel; en vos confío.

28. AFLICCIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL SENO DE MARÍA

Sacrificio y ofrenda no quisiste: pero me diste un cuerpo a propósito (Heb. 10, 5).

Considera la grande amargura de que debía sentirse afligido y oprimido el corazón del Niño Jesús en el seno de María en aquel primer instante en que el Padre le propuso la serie de desprecios, trabajos y agonías que había de sufrir en su vida para libertar a los hombres de sus miserias: *Cada mañana me despierta el oído...; no me he rebelado...; mi espalda ofrecí a los que golpeaban* (Is. 50, 4-6). Así habló Jesús por boca del profeta. *Cada mañana me despierta el oído*, es decir, desde el primer momento de mi concepción, mi Padre me dio a sentir su voluntad, que yo viviese vida de penas y fuese, finalmente, sacrificado en una cruz; *no me he rebelado; mi espalda ofrecí a los que golpeaban*. Y yo lo acepté todo por vuestra salvación, ¡oh almas!, y desde entonces entregué mi cuerpo a los azotes, clavos y muerte. Pondera que cuanto padeció Jesucristo en su vida y en su pasión, todo le fue puesto ante los ojos desde el seno de su Madre y El todo lo

abrazó con amor; pero, al consentir en esta aceptación y vencer la natural repugnancia de los sentidos, ¡oh Dios, cuánta angustia y opresión no tuvo que sufrir el inocente corazón de Jesús! Sobrado conocía lo que primeramente había de padecer; al estar encerrado nueve meses en aquella cárcel obscura del seno de María; los padecimientos y oprobios del nacimiento en una fría gruta, establo de animales, los treinta años de servidumbre en el taller de un artesano; el considerar que había de ser tratado por los hombres como ignorante, esclavo, seductor y reo de la muerte más infame y dolorosa que se daba a los malvados.

Todo lo aceptó nuestro amable Redentor en todo momento, y en todos los momentos en que lo aceptaba, padecía reunidas todas las penas y abatimientos que había después de padecer hasta su muerte. El mismo conocimiento de su dignidad divina contribuía a que sintiese más las injurias que recibiría de los hombres: *Presente tengo siempre mi ignominia* (Sal. 43, 16). Continuamente tuvo ante los ojos su vergüenza, especialmente la confusión que le acarrearía verse un día desnudo, azotado, colgado de tres garfios de hierro, rindiendo así la vida entre vituperios y maldiciones de quienes se beneficiaban de su muerte: *Hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Fil. 2, 8). Y ¿para qué? Para salvarnos a nosotros, míseros e ingratos pecadores.

Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, ¡cuánto os costó, desde que entrasteis en el mundo, sacarme del abismo en que mis pecados me habían sumergido! Para librarme de la esclavitud del demonio, al cual yo mismo me vendí

voluntariamente, aceptasteis ser tratado como el peor de los esclavos; y yo, que esto sabía, tuve la osadía de amargar tantas veces vuestro amabilísimo Corazón, que tanto me amó. Mas, puesto que vos, inocente, aceptasteis, Dios mío, vida y muerte tan penosas, yo acepto por vuestro amor, Jesús mío, todas las penas que me vengan de vuestras manos. Las acepto y abrazo porque proceden de aquellas manos traspasadas un día para librarme del infierno, tantas veces merecido por mí. Vuestro amor, ¡oh Redentor mío!, al ofreceros a padecer tanto por mí, me obliga a aceptar por vos cualquier pena y desprecio. Dadme, Señor, por vuestros méritos, vuestro santo amor, que me torne dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias. Os amo sobre todas las cosas, os amo con todo el corazón, os amo más que a mí mismo. Vos en vuestra vida me disteis tantas y tan grandes pruebas de afecto, y yo, ingrato, que viví tantos años en el mundo, ¿qué prueba de amor os he dado? Haced, pues, ¡oh Dios mío!, que en los años que me restaren de vida os dé alguna prueba de mi amor. No me atrevería en el día del juicio a comparecer ante vos, tan pobre como soy ahora y sin hacer nada por amor vuestro; pero ¿qué puedo hacer sin vuestra gracia? Sólo rogaros que me socorráis, y aun esta mi súplica es gracia vuestra. Jesús mío, socorredme por los méritos de vuestras penas y de la sangre que derramasteis por mí.

María Santísima, encomendadme a vuestro Hijo, ya que por mi amor lo llevasteis. Mirad que soy una de aquellas ovejuelas por las que murió vuestro Hijo.

29. JESÚS SE HACE NIÑO PARA CONQUISTARSE NUESTRA CONFIANZA Y NUESTRO AMOR

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado
(Is. 9, 6).

Considera cómo, después de tantos siglos, después de tantas plegarias y suspiros, vino, nació y se dio todo a nosotros el Mesías, que no fueron dignos de ver los santos patriarcas y profetas; el suspirado de los gentiles, el deseado de los collados eternos, nuestro Salvador: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado*. El Hijo de Dios se empequeñeció para hacernos grandes; se dio a nosotros para que nosotros nos diéramos a El; vino a demostrarnos su amor, para que le correspondiésemos con el nuestro. Recibámoslo, pues, con afecto, amémosle y recurramos a El en todas nuestras necesidades. Los niños, dice San Bernardo, fácilmente conceden lo que se les pide. Jesús vino como niño, para demostrarnos que está dispuesto a darnos todos sus bienes. *En el cual se hallan todos los tesoros* (Col. 2, 3). *El Padre... todas las cosas ha entregado en sus manos* (Mt. 11, 27). Si queremos luz, El vino para iluminarnos; si queremos fuerza para resistir a los enemigos, El vino para fortalecernos; si queremos el perdón y la salvación, El vino precisamente para perdonarnos y salvarnos; si queremos, en una palabra, el supremo don del amor divino, El vino para inflamarnos; y por esto, sobre todo, se hizo niño y quiso presentarse a nosotros pobre y humilde, para aparecer más amable, apartar de nosotros todo temor y conquistarse nuestro afecto: «Así debía venir quien quiso desterrar el temor y buscar la caridad», dice San Pedro Crisólogo.

Además, Jesús quiso venir chiquito, para que le amásemos, no sólo con amor apreciativo, sino con amor tierno. Todos los niños saben conquistarse afectuoso cariño de quienes los guardan, y ¿quién no amará con ternura a un Dios viéndolo niño, menesteroso de leche, tiritando de frío, pobre, humillado y abandonado, que llora y que da vagidos sobre la paja de un pesebre? Esto hacía exclamar al enamorado San Francisco: «¡Amemos al Niño de Belén! ¡Amemos al Niño de Belén!»

Almas, venid a amar a un Dios hecho niño y hecho pobre, y que es tan amable que bajó del cielo para entregárenos por completo.

Afectos y súplicas

¡Oh amable Jesús, tan despreciado por mí!, bajasteis del cielo para rescatarnos del infierno y daros por completo a nosotros, y ¿cómo pudimos tantas veces despreciaros y volveros las espaldas? ¡Oh Dios!, los hombres son tan agradecidos con las criaturas, que, si alguien les hace un regalo, si les envía una visita lejana, si les da cualquier prueba de afecto, no se olvidan y se sienten forzados a corresponder. Y, a vuelta de esto, ¡son tan ingratos con vos, que sois su Dios, y tan amable que por su amor no rehusasteis dar sangre y vida! Mas, ¡ay de mí!, que fui peor que los demás, por haber sido más amado y más ingrato, ¡Ah!, si las gracias que me dispensasteis las hubierais dado a un hereje, a un idólatra, se habrían hecho santos, y yo ofendí. Por favor, no os recordéis. Señor, de las injurias que os hice. Dijisteis que, cuando el pecador se arrepiente, os olvidáis de todos los ultrajes recibidos: *Ninguno de los pecados que cometió le será recordado*

(Ez. 18, 22). Si en lo pasado no os amé, en lo futuro no quiero hacer más que amaros. Ya que os disteis completamente a mí, os doy, en cambio, toda mi voluntad; con ella os amo, os amo, os amo y quiero repetir siempre: os amo, os amo. Quiero vivir siempre repitiendo lo mismo y así quiero morir, lanzando el postrer suspiro con estas suaves palabras: *Dios mío, os amo*, para comenzar desde el punto en que entrare en la eternidad con un amor continuo hacia vos, que durará eternamente, sin dejar ya de amaros. Entre tanto, Señor mío, único bien y único amor mío, me propongo anteponer vuestra voluntad a todos mis placeres. Venga todo el mundo y lo rechazo, que no quiero disgustar más a quien merece por parte mía infinito amor. Secundad, Jesús mío, este mi deseo con vuestra gracia.

Reina mía, María, reconozco debidas a vuestra intercesión todas las gracias recibidas de Dios; seguid intercediendo por mí; alcanzadme la perseverancia, vos que sois la Madre de ella.

30. LA PASIÓN DE JESUCRISTO DURÓ TODA SU VIDA

Mi dolor está siempre ante mí (Sal. 37, 18).

Considera cómo en aquel primer instante en que fue creada y unida el alma de Jesucristo a su cuerpecito, en el seno de María, el Eterno Padre intimó al Hijo su voluntad de que muriese por la redención del mundo; y en aquel mismo punto le representó delante toda la escena funesta de las penas que de-

bía sufrir hasta la muerte para redimir a los hombres. Mostróle entonces todos los trabajos, desprecios y pobreza que había de padecer en su vida, tanto en Belén como en Egipto y en Nazaret, y después todos los dolores e ignominias de la pasión, azotes, espinas, clavos y cruz; todos los tedios, tristezas, agonías y abandonos en medio de los que había de terminar su vida en el Calvario.

Abrahán, llevando a su hijo a la muerte, no quiso afligirlo con darle el aviso de ella anticipadamente en el poco tiempo que se precisaba para llegar al monte. Pero el Eterno Padre quiso que su Hijo encarnado, destinado como víctima de nuestros pecados a su justicia, padeciese ya todas las penas a las que después había de sujetarse durante su vida y en su muerte. De ahí que aquella tristeza padecida por Jesús en el Huerto, capaz de quitarle la vida, como El declaró: *Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte* (Mt. 26, 38), la padeciera continuamente desde el primer momento en que estuvo en el seno de su Madre. Así que desde entonces sintió vivamente y sufrió el peso reunido de todos los dolores y vituperios que le esperaban.

La vida entera y todos los años de nuestro Redentor fueron años y vida de penalidades y de lágrimas: *Que en el dolor mi vida se marchita — y en sollozos mis años* (Sal. 30, 11). Su divino corazón no tuvo un momento libre de padecimientos: ya vigilara o durmiese, trabajara o descansase, rezara o hablase, siempre tenía ante la vista esta amarga representación, que atormentaba más a su santísima alma que atormentaron a los santos mártires todas sus penas. Estos padecieron, pero, ayudados de la divina gracia, padecieron con alegría y fervor. Jesucristo padeció, pero pa-

deció siempre con el corazón lleno de tedio y de tristeza, y todo lo aceptó por nuestro amor.

Afectos y súplicas

¡Oh dulce, oh amable, oh amante Corazón de Jesús!, ¿conque desde niño estuvisteis amargado y agonizasteis en el seno de María sin consuelo y sin que nadie fuese testigo de vuestra pena ni os consolare compadeciéndoos? Todo esto lo sufristeis, Jesús mío, para satisfacer por la pena y agonía eterna que a mí me tocaba padecer en el infierno por mis pecados. Vos, pues, padecisteis falto de todo alivio para salvarme a mí, después de atreverme a abandonar a Dios y volverle las espaldas, para satisfacer mis gustos miserables. Gracias os doy, Corazón afligido y enamorado de mi Señor. Os agradezco y os compadezco al considerar que padecisteis tanto por los hombres y que éstos tampoco os compadecen. ¡Oh amor divino!, ¡oh ingratitud humana! ¡Oh hombres, oh hombres!, mirad a este corderuelo inocente que agoniza por vosotros para satisfacer a la divina justicia por las injurias que le hicisteis. Mirad cómo ruega e intercede por vosotros ante el Eterno Padre; miradlo y amadlo. ¡Ah Redentor mío, qué pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡Oh Dios, cuán pocos son los que os aman! Y ¡desgraciado de mí, que también viví tantos años sin acordarme de vos! Vos padecisteis tanto para que os amase, y no os he amado. Perdonadme, Jesús mío, perdonadme, que quiero enmendarme y quiero amaros. ¡Pobre de mí Señor, si resistiere aún a vuestra gracia y por mi resistencia me condenare! Cuantas misericordias usasteis conmigo, y especialmente vuestra dulce voz, que ahora me in-

vita a amaros, serían mis mayores penas en el infierno. Amado Jesús mío, tened piedad de mí, no permitáis que viva más ingrato a vuestro amor; dadme luz y fuerza para vencerlo todo y para cumplir vuestra voluntad. Escuchadme, os ruego, por los méritos de vuestra pasión. De ésta lo espero todo y de vuestra intercesión, ¡oh María!

Querida Madre mía, socorredme; vos me alcanzasteis cuantas mercedes recibí de Dios; gracias por ello, pero, si no continuáis ayudándome, seré infiel, como lo fui en lo pasado.

31. JESÚS SE OFRECIÓ DESDE EL PRINCIPIO POR NUESTRA SALVACIÓN

Fue maltratado, mas El se doblegó (Is. 53, 7).

El Verbo divino, desde el primer instante que se vio hecho hombre y niño en el seno de María, se ofreció por sí mismo a las penas y a la muerte, por el rescate del mundo. Sabía que todos los sacrificios de los machos cabríos y de los toros ofrecidos a Dios en la antigüedad no habían podido satisfacer por las culpas de los hombres, sino que se necesitaba una persona divina que satisficiera por ellos el precio de su redención. Por lo cual dijo, como nos certifica el Apóstol: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito. — Entonces dije: «Heme aquí presente»* (Heb. 10, 5). Padre mío (dijo Jesucristo), todas las víctimas a vos ofrecidas hasta ahora no bastan ni bastarán a satisfacer vuestra justicia; me disteis un cuerpo pasible para que con la efusión de mi sangre

os aplaque y salve a los hombres: *ecce venio*, heme pronto; todo lo acepto y en todo me someto a vuestro querer.

La parte inferior experimentaba, naturalmente, repugnancia y rehusada vivir y morir entre tanta pena y oprobio, pero venció la parte racional, que estaba por completo subordinada a la voluntad del Padre, y aceptó todo, comenzando Jesús a padecer, desde aquel punto, todas las angustias y dolores que sufriría en los años de su vida. Así obró nuestro divino Redentor desde los primeros instantes de su entrada en el mundo.

Y ¿cómo nos hemos portado nosotros con Jesús desde que, llegados al uso de razón, comenzamos a conocer con la luz de la fe los sagrados misterios de la redención? ¿Qué pensamientos, qué designios, qué bien hemos amado? Placeres, pasatiempos, soberbias, venganzas, sensualidad: he ahí los bienes que aprisionaron los afectos de nuestro corazón. Mas, si tenemos fe, mudemos de vida y de amores; amemos a un Dios que tanto padeció por nosotros. Acordémonos de las penas que el Corazón de Jesús padeció por nosotros desde niño, y así no podremos amar más que a este Corazón, que tanto nos ha amado.

Afectos y súplicas

Señor mío, ¿queréis saber cómo me porté con vos en mi vida? Desde que comencé a tener uso de razón empecé a menospreciar vuestra gracia y vuestro amor. Pero mejor que yo lo sabéis vos, y, a pesar de ello, me soportasteis porque aun me queréis mucho. Huía de vos, y vos os acercasteis llamándome. Aquel mismo amor que os hizo bajar del cielo en seguimiento de las

ovejuelas perdidas, hizo que me sufrieseis y no me abandonaseis. Jesús mío, ahora me buscáis y yo os busco. Siento que vuestra gracia me asiste; me asiste con el dolor de los pecados, que aborrezco sobre todo otro mal; me asiste con el gran deseo que tengo de amaros y de daros gusto. Si, Señor mío, os quiero amar y complacer cuanto pueda. Cierto que temo por mi fragilidad y la debilidad contraída a causa de mis pecados, pero mucho mayor es la confianza que vuestra gracia me infunde, haciéndome esperar en vuestros méritos y dándome grande ánimo para exclamar: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil. 4, 13). Si soy débil, vos me daréis fuerza contra mis enemigos; si estoy enfermo, espero que vuestra sangre será mi medicina; si soy pecador, confío en que me santificaréis. Confieso que en lo pasado cooperé a mi ruina, porque dejé de acudir a vos en los peligros. De hoy en adelante, Jesús mío y esperanza mía, a vos quiero recurrir y de vos espero toda ayuda y todo bien. Os amo sobre todas las cosas y nada quiero amar fuera de vos. Ayudadme, por piedad, por el mérito de tantas penas como desde niño sufristeis por mí. Eterno Padre, por amor de Jesucristo aceptad que os ame. Si os enojé, aplacaos al ver las lágrimas del Niño Jesús, que os ruega por mí: *En la faz de tu ungido pon los ojos* (Sal. 83, 10). Yo no merezco gracias, pero las merece este Hijo inocente, que os ofrece una vida de penas para que seáis conmigo misericordioso.

Y vos, María, Madre misericordiosa, no dejéis de interceder por mí; sabéis cuánto confío en vos, y yo bien sé que no abandonáis a quien a vos recurre.

32. JESÚS, PRISIONERO EN EL SENO DE MARÍA

Contado soy con los que al hoyo bajan, — cual de heridos que yacen en la tumba (Sal. 87, 5).

Considera la vida penosa por que pasó Jesucristo en el seno de su Madre, debido a la prisión tan estrecha y obscura de nueve meses. Ciertamente que los otros niños están en el mismo estado, pero no sienten las incomodidades, pues no las conocen. Pero Jesús las conocía bien, ya que, desde el primer instante de su vida, tuvo perfectísimo uso de razón. Tenía sentidos, y no podía valerse de ellos; tenía ojos, y no podía ver; lengua, y no podía hablar; manos, y no las podía extender; pies, y no podía andar; así que, durante los nueve meses que estuvo en el seno de María, estuvo como muerto encerrado en el sepulcro: *Contado soy con los que al hoyo bajan, — cual de heridos que yacen en la tumba* (Sal. 87, 5). Era libre, porque se había hecho voluntariamente prisionero de amor; pero el amor le privaba del uso de la libertad y lo tenía tan estrechado con cadenas, que no podía moverse. ¡Oh gran paciencia del Salvador!, exclama San Ambrosio al pensar en las penas de Jesús mientras estaba en el seno de María. Fue, por consiguiente, para el Redentor el seno de María cárcel voluntaria, porque fue prisión de amor, mas no prisión injusta. Ciertamente que era inocente, pero se había ofrecido a pagar nuestras deudas y satisfacer por nuestros delitos. Con razón, pues, la divina justicia lo tiene así encarcelado, comenzando con esta pena a exigir de El mismo la merecida satisfacción.

Mira a lo que se reduce el Hijo de Dios por amor de los hombres: se priva de su libertad y se encadena para

librarnos de las cadenas del infierno. Mucho, pues, merece ser reconocida con gratitud y amor la gracia de nuestro libertador y fiador, quien, no por obligación, sino sólo por afecto, se ofreció a pagar y pagó nuestras deudas y nuestras penas, dando por ellas su vida divina: *No olvides los favores de quien te dio fuerzas,— pues que ha dado por ti su alma* (Ecli. 29, 20).

Afectos y súplicas

No olvides los favores de quien te dio fianza. Sí, Jesús mío; con razón me advierte el profeta que no me olvide la inmensa gracia que me hicisteis. Yo era deudor y reo, y vos, inocente. Vos, Dios mío, quisisteis satisfacer por mis pecados con vuestras penas y con vuestra muerte. Y después olvidé esta gracia y vuestro amor y me atreví a volveros las espaldas, como si no fuerais mi Señor, y el Señor que me amó tanto. Mas, si en el pasado lo olvidé, no quiero, Redentor mío, olvidarlo en lo futuro. Vuestras penas y vuestra muerte serán mi continuo pensamiento, y ellas me recordarán siempre el amor que me tuvisteis. Maldigo los días en que, olvidado de cuento padecisteis por mí, abusé tan malamente de la libertad que me disteis para amaros y empleé en despreciaros. Esta libertad que me disteis, hoy os la consagro. Libradme, Jesús mío, de la desgracia de verme de nuevo separado de vos y hecho nuevamente esclavo de Lucifer. Encadenad a vuestros pies a esta mi pobre alma, a fin de que no se aparte más de vos. Padre eterno, por la cautividad que el Niño Jesús padeció en el seno de María, libradme de las cadenas del pecado y del infierno.

Y vos, Madre de Dios, socorredme. Lleváis dentro, aprisionado y estrechado, al Hijo de Dios. Pues,

ya, que Jesús es prisionero vuestro, hará cuanto le digáis. Decidle que me perdone y que me haga santo. Ayudadme, Madre mía, por aquella gracia y honor que os hizo Jesucristo de habitar nueve meses en vuestro seno.

33. PENA CAUSADA A JESÚS POR LA INGRATITUD DE LOS HOMBRES

Vino a lo que era suyo, y los suyos no lo recibieron (Jn. 1, 11).

Andaba en estos días de Navidad San Francisco de Asís gimiendo y suspirando por caminos y selvas, con gemidos inconsolables. Preguntado por la causa, respondió: «Y ¿cómo queréis que no llore, viendo que el amor no es amado? Veo un Dios casi fuera de sí por amor de los hombres, y a los hombres tan ingratos con este Dios». Si tanto afligía esta ingratitud de los hombres al corazón de San Francisco, consideremos cuánto más afligiría al Corazón de Jesucristo. Apenas concebido en el seno de María, vio la cruel correspondencia que había de recibir de los hombres. Había venido del cielo a encender el fuego del divino amor, y este solo deseo le había hecho descender a la tierra a sufrir un abismo de penas e ignominias: *Fuego vine a echar sobre la tierra, y ¿qué quiero, si ya prendió?* (Lc. 12, 49) Y después veía el abismo de pecados que cometerían los hombres a pesar de haber sido testigos de tantas pruebas de amor. Esto fue, dice San Bernardino de Siena, lo que hizo padecer infinito dolor. Aun entre nosotros, el verse alguno tratado ingra-

tamente por otro es insufrible dolor, pues, como expone el B.^o Simón de Casia, la ingratitud frecuentemente aflige al alma más que cualquier otro dolor al cuerpo. ¿Qué dolor, pues, ocasionaría a Jesús, que era nuestro Dios, ver que, por nuestra ingratitud, sus beneficios y su amor habían de ser pagados con disgustos e injurias? *Mal, en cambio de bien, me devolvieron, — y odio por amor* (Sal. 108, 5). Y hasta aun hoy día parece que va lamentándose Jesucristo: *Fui para mis hermanos extranjero* (Sal. 68, 9), pues ve que no es amado ni conocido de muchos, como si no les hubiera hecho bien alguno ni hubiera padecido nada por su amor.

¡Oh Dios!, y ¿qué caso hacen, aun al presente, tantos cristianos del amor de Jesucristo? Aparecióse en cierta ocasión el Redentor al B.^o Enrique Susón a modo de peregrino que andaba mendigando de puerta en puerta quien le hospedara un poquillo, y todos lo despedían con injurias y villanías. ¡Cuántos, por desgracia, hay semejantes a aquellos de quienes habla Job: *Ellos, que decían a Dios: «¡Apártate de nosotros!» — Pues ¿qué podía hacerles Sadday, — ya que El había henchido su casa de ventura?* (Sab. 22, 17) Nosotros, aunque en lo pasado nos hayamos unido a estos ingratos, ¿querremos continuar con nuestra ingratitud en lo futuro? No, que no se merece esto aquel amable niño que vino del cielo a padecer y morir por nosotros para que le amásemos.

Afectos y súplicas

Luego ¿será verdad, Jesús mío, que bajasteis del cielo para haceros amar de mí, que vinisteis a abrazaros con vida trabajosa y muerte de cruz por amor mío y

para que os acogiese en mi corazón, y yo os haya tantas veces arrojado de mí, exclamando: Apártate de mí, Señor, que no te quiero? ¡Oh Dios!, si no fueseis bondad infinita ni hubieseis dado la vida para perdonarme, no me atrevería a pedir os perdón; pero oigo que vos mismo me brindáis la paz: *Volveos a mí, dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros* (Zac. 1, 3). Vos mismo, Jesús mío, que sois el ofendido por mí, os hacéis mi intercesor: *Y Él es propiciación por nuestros pecados* (1 Jn. 2, 2). No quiero, pues, haceros este nuevo agravio de desconfiar de vuestra misericordia. Me arrepiento con toda el alma de haberos despreciado, ¡oh sumo Bien!; dignaos de recibirme en vuestra gracia por aquella sangre derramada por mí. *Padre..., no soy ya digno de llamarme hijo tuyo*. No, Redentor y Padre mío, no soy digno de ser hijo vuestro, por haber tantas veces renunciado a vuestro amor; mas vos me hacéis digno con vuestros merecimientos. Gracias. Padre mío, gracias; os amo. ¡Ah, que el solo pensamiento de la paciencia con que me sufristeis por tantos años y de las gracias que me dispensasteis, después de todas las injurias que os hice, debiera hacerme vivir siempre ardiendo en las llamas de vuestro amor! Venid, pues, Jesús mío, que no quiero desecharos más; venid a habitar en mi pobre corazón. Os amo y quiero amaros siempre, y vos inflamadme siempre más con el recuerdo del amor que me tuvisteis.

Reina y Madre mía, María, ayudadme, rogad a Jesús por mí; hacedme vivir, en lo que me restare de vida agradecido al Dios que tanto me amó, después de haberle tanto ofendido.

34. AMOR DE DIOS A LOS HOMBRES EN EL NACIMIENTO DE JESÚS

Porque se manifestó la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, enseñándonos que vivamos piadosamente en el presente siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tit. 2, 12-14).

Considera que por la gracia que aquí se dice manifestada se entiende el entrañable amor de Jesucristo hacia los hombres; que por esto se llama *gracia*. Este amor fue, por parte de Dios, siempre idéntico, si bien no siempre aparentó tal.

Primero fue prometido en tantas profecías y encubierto bajo el velo de tantas figuras, pero en el nacimiento del Redentor se dejó ver a las claras, apareciendo a los hombres el Verbo eterno como niño recostado sobre el heno, gimiendo y temblando de frío, comenzando ya así a satisfacer por nosotros las penas que merecíamos y dándonos a conocer el afecto que nos tenía sacrificando por nosotros la vida: *En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio su vida por nosotros* (Jn. 3, 16). Se manifestó, pues, la gracia salvadora de Dios y se manifestó *a todos los hombres*. Pero ¿por qué después no lo conocieron todos y aun hoy día hay tantos que no lo conocen? Porque *la luz ha venido al mundo y amaron los hombres más las tinieblas que la luz* (Jn. 3, 19). No lo conocieron ni lo conocen porque no quieren conocerlo y aman más las tinieblas del pecado que la luz de la gracia. No pertenezcamos al número de estos infelices. Si hasta aquí cerramos los ojos a la luz, pensando poco en el amor

de Jesucristo, procuremos, en los días que nos restaren de vida, tener siempre ante los ojos las penas y la muerte de nuestro Redentor, para amar a quien tanto nos amó: *Aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo* (Tit. 2, 13).

Así podremos confiar fundadamente, según las divinas promesas, en aquel paraíso que Jesucristo nos conquistó con sus sangre. En esta primera aparición viene Jesucristo como niño, pobre y despreciado, manifestándose en la tierra, nacido en un establo, cubierto con pobres lienzos y reclinado en el heno, pero en la segunda aparición vendrá sobre trono de majestad: *Y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poderío y majestad* (Mt. 24, 30). ¡Feliz en aquella hora quien le haya amado, y desgraciado quien no le hubiere amado!

Afectos y súplicas

¡Oh mi santo Niño! Ahora os contemplo sobre esta paja, pobre, afligido y abandonado; pero ya sé que vendréis un día a juzgarme sobre esplendoroso trono, rodeado de ángeles. ¡Ah!, perdonadme antes de que me juzguéis. Entonces os portaréis como justo juez, pero ahora sois Redentor mío y Padre misericordioso. ¡Ingrato de mí, que no os conocí por no querer conoceros, y en vez de pensar en amaros, considerando el amor que me tuvisteis, no pensé más que en satisfacer mis apetitos, despreciando vuestra gracia y vuestro amor! En vuestras manos pongo esta mi alma que había perdido, para que vos la salvéis: *En tus manos mi espíritu encomiendo; — me librarás, Señor, Dios de verdad* (Sal. 30, 6). En vos deposito mis

esperanzas, pues sé que, para rescatarme del infierno, disteis sangre y vida: *Me librarás, Señor, Dios de verdad*. No me hicisteis morir cuando estaba en pecado y me esperasteis con tanta paciencia para que, entrando en mí, me arrepintiese de haberos ofendido, comenzase a amaros y así pudierais perdonarme y salvarme. Sí, Jesús mío, quiero complaceros: me arrepiento sobre todo mal de los disgustos que os he causado; me arrepiento sobre todas las cosas. Salvadme por vuestra misericordia y sea mi salvación amaros siempre en esta vida y en la eternidad.

Amada Madre mía, María, recomendadme a vuestro Hijo; hacedle ver que soy siervo vuestro y que en vos puse mi esperanza, pues Él os oye y no os niega nada.

35. VIAJE DE SAN JOSÉ Y MARÍA SANTÍSIMA A BELÉN

Subió también José..., para inscribirse en el censo con María su esposa, que estaba encinta (Lc. 2, 4).

Había Dios decretado que su Hijo naciese no ya en la casa de José, sino en una gruta, en un establo, del modo más pobre y penoso en que pueda nacer un niño; y para esto dispuso que César Augusto publicase un edicto en que ordenaba que fueran todos a empadronarse en su ciudad originaria. José, al tener noticia de esta orden, entró en dudas sobre si debía dejar o llevar consigo a la Virgen Madre, próxima ya al alumbramiento.— Esposa y Señora mía, le dijo, por una parte no quisiera dejaros sola; pero, si os

llevo conmigo, me aflige la pena de lo mucho que habréis de padecer en este viaje tan prolongado y en tiempo tan riguroso. Mi pobreza no consiente llevaros con la comodidad que se debiera.— María le respondió, infundiéndole ánimos: «José mío, no temas; iré contigo y el Señor nos asistirá». Sobrado sabía, por divina inspiración y hasta porque estaba penetrada de la profecía de Miqueas, que el divino niño había de nacer en Belén, por lo que tomó las fajas y demás pobres pañales, ya preparados, y partió con José: *Subió también José... para inscribirse en el censo con María.* Consideremos aquí las devotas y santas conversaciones que en este viaje tendrían estos dos santos esposos sobre la misericordia, bondad y amor del Verbo divino, que dentro de poco nacería y aparecería para salvación de los hombres. Consideremos también las alabanzas, bendiciones y acciones de gracias, los actos de humildad y amor en que se ejercitarían por el camino estos dos ilustres peregrinos. Cierto que eran muchos los padecimientos de aquella virgencita próxima al parto, en camino tan largo, por sendas impracticables y en tiempo invernal, penas que ofrecía a Dios, uniéndolas con las de Jesús, a quien en su seno llevaba.

¡Ah! Unámonos a María y a José y acompañemos con ellos al Rey del cielo, que va a nacer en una gruta y a hacer su primer entrada en el mundo como niño, el más pobre y abandonado que jamás naciera entre los hombres. Pidamos a Jesús, María y José que, por el mérito de las penas padecidas en este viaje, nos acompañen en el que estamos haciendo hacia la eternidad. ¡Felices de nosotros si acompañásemos y fuésemos acompañados por estos tres ilustres personajes!

Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, sé que en este viaje a Belén os acompañan legiones de ángeles del cielo; pero en la tierra, ¿quién os acompaña? Tan sólo José y María, que os lleva dentro de sí. No rehuséis, pues, Jesús mío, que os acompañe también yo, miserable e ingrato en lo pasado, pero que ahora reconozco el agravio que os hice. Vos bajasteis del cielo para ser mi compañero en la tierra, y yo tantas veces os abandoné, ofendiéndoos ingratamente. Cuando pienso, ¡oh Jesús mío!, que tantas veces, por seguir mis malditas inclinaciones, me separé de vos, renunciando a vuestra amistad, quisiera morir de dolor; pero vinisteis a perdonarme; así, pues, perdonadme pronto, que con toda mi alma me arrepiento de haberos tantas veces vuelto las espaldas y abandonado. Propongo y espero con vuestra gracia no dejaros más ni separarme ya de vos, único amor mío. Mi alma se ha enamorado de vos, mi amable Dios niño. Os amo, dulce Salvador mío, y, puesto que vinisteis a la tierra a salvarme y a dispensarme vuestras gracias, esta sola os pido: no permitáis que me tenga que separar más de vos. Unidme, estrechadme, encadenadme con los suaves lazos de vuestro santo amor. ¡Ah, Redentor y Dios mío!, y ¿quién tendrá ya corazón para dejaros y vivir sin vos y privado de vuestra gracia?

María Santísima, vengo a acompañaros en este viaje; no dejéis de asistirme en el que estoy haciendo a la eternidad. Asistidme, siempre, y especialmente cuando me hallare al fin de mi vida, próximo al instante del que depende o estar siempre con vos, para amar a Jesús en el paraíso, o estar siempre lejos de vos, para odiar a Jesús en el infierno. Reina mía, salvadme con vuestra intercesión, y sea la salvación mía amaros a

vos y a Jesús por siempre, en el tiempo y en la eternidad; sois mi esperanza, en vos confío.

36. EL VERBO ETERNO DE DIOS SE HIZO HOMBRE

Fuego vine a echar sobre la tierra, y ¿qué quiero si ya prendió? (Lc. 12, 49).

Celebraban los hebreos una fiesta que llamaban *día del fuego*, en memoria del fuego con que Nehemías consumió la víctima cuando retornó con sus compatriotas de la cautividad de Babilonia. Así también, y con mayoría de razón, debiera llamarse *día de fuego* al día de Navidad, en el que viene un Dios hecho niño a prender el fuego del amor en los corazones de los hombres: *Fuego vine a echar sobre la tierra*, como decía Jesucristo, y así fue en realidad.

Antes de la venida del Mesías, ¿quién amaba a Dios sobre la tierra? Apenas era conocido en un rinconcito del mundo, es decir, en Judea, y aun allí, ¡cuán pocos eran los que le amaban al venir a la tierra! En el resto del mundo, unos adoraban al sol, otros a los animales, otros a las piedras y otros a las más despreciables criaturas. Pero después de la venida de Jesucristo fue el nombre de Dios conocido por todas partes y amado por muchos hombres, y más amado después de la venida del Redentor, en pocos años, por los hombres abrasados en tan santo fuego, que lo que lo había sido en los cuatro mil desde la creación.

Muchos cristianos suelen preparar en sus casas, en los días que preceden a la Navidad, un nacimiento,

pero ¡cuán pocos son los que piensan en preparar su corazón para que en él pueda nacer y descansar el Jesús niño! Seamos nosotros de este reducido número, para hacernos dignos del incendio de este fuego venturoso que hace felices a las almas en la tierra y bienaventuradas en el cielo.

Consideramos en este día primero que el Verbo eterno se hizo hombre para inflamarnos en su divino amor. Pidamos luz a Jesucristo y a su santísima Madre, y comencemos.

Pecó Adán, nuestro primer padre; ingrato a tantos beneficios recibidos, se rebeló contra Dios, desobedeciendo en no comer del fruto vedado. Dios se vio, por ende, obligado a arrojarlo del paraíso terrenal y a privarlo en lo futuro, tanto a él cuanto a sus descendientes, del paraíso celeste y eterno que les preparara para después de esta vida.

He aquí, pues, condenados a todos los hombres a una vida de penas y miserias y excluidos para siempre del cielo. Pero he aquí también que Dios, acomodándose a nuestro modo de hablar, y según lo narra Isaías, parece exclamar entristecido y afligido: *Y ahora, ¿qué hago yo aquí?, afirma Yahveh. Mi pueblo ha sido arrebatado sin motivo* (Is. 52, 5). Y ahora, dice Dios, ¿qué delicias me quedan en el paraíso, si perdí a los hombres que eran mis delicias? *Y teniendo mis delicias en los hijos de los hombres* (Prov. 8, 31). Pero ¿cómo, Señor, vos, que tenéis en el cielo tantos serafines y tantos ángeles, cómo es posible que os resintáis tan vivamente de la pérdida de los hombres? Y ¿qué necesidad tenéis de los ángeles ni de los hombres para vuestra perfecta felicidad? Siempre fuisteis y sois felicísimo en vos mismo: ¿qué faltará, pues, para vuestra felicidad, que es infinita? Ciertamente, dice el

Señor por boca del cardenal Hugo, sobre texto de Isaías, pero perdiendo al hombre, pienso haberlo perdido todo, porque cifro mis delicias en estar con los hijos de los hombres y ahora los perdí, y ellos, desgraciados, están condenados a vivir siempre alejados de mí. Y ¿cómo es posible que el Señor nos diga que los hombres son su delicia? Si, escribe Santo Tomás. Dios ama tanto al hombre como si fuese su Dios y como si Él no pudiera ser feliz sin el hombre. Añade San Gregorio Nacianceno que Dios por amor al hombre se diría ha salido fuera de sí, como lo dice el refrán: «El amor saca de sí a los amantes».

Mas no, añade el Señor, no quiero que el hombre se pierda; es preciso que se halle un Redentor que satisfaga a mi justicia por los hombres y así los rescate de las manos de los enemigos y de la muerte eterna que habían merecido. San Bernardo, considerando este misterio, nos presenta como en lucha la justicia y la misericordia divinas. La justicia dice: «Estoy perdida si Adán no es castigado». La misericordia, por el contrario, responde: «Estoy perdida si el hombre no es perdonado». Interviene el Señor en la contienda y decide que para salvar al hombre, reo de muerte, tiene que morir un inocente que no sea deudor de nada. Y, como en la tierra no había ningún inocente, dijo el Eterno Padre: Ya que entre los hombres no hay nadie que pueda satisfacer a mi justicia, ¡ea!, ¿quién se ofrece a redimir al hombre? — Los ángeles, los querubines, los serafines, se callaron, sin atreverse a responder; sólo responde el Verbo eterno y dice: *Heme aquí, envíame a mí*». Padre, le dice el unigénito Hijo, vuestra majestad es infinita y, ofendida por el hombre, no puede ser satisfecha por el ángel, que es pura criatura; además, aun cuando os contentaseis con la satisfac-

ción de un ángel, pensad que, hasta ahora, ni con todas las promesas ni amenazas hemos podido tener su amor, porque no ha conocido todavía hasta dónde llega el amor que le tenemos; si queremos obligarlo infaliblemente a amarnos, ¿qué más bella ocasión podemos hallar que para redimirlo vaya yo, Hijo vuestro, a la tierra, me revista allí de carne humana y, pagando con mi muerte la pena por él debida, satisfaga cumplidamente a vuestra justicia y quede a la vez el hombre bien persuadido de nuestro amor? — Pero piensa, Hijo mío, responde el Padre, piensa que, cargando con el peso de satisfacer por el hombre, tendrás que llevar vida llena de penalidades. — No importa, acude el Hijo: *Heme aquí, envíame a mí.* — Piensa que tendrás que nacer en una gruta que será albergue de animales; que de allí tendrás, aún tierno niño, que huir a Egipto para escapar de las mismas manos de los hombres, que desde niño te buscarán para quitarte la vida.— No importa: *Heme aquí, envíame a mí.* — Piensa que, vuelto a Palestina, tendrás que vivir vida durísima y despreciada, pasando como simple muchacho de un pobre artesano. — No importa: *Heme aquí, envíame a mí.* — Piensa que cuando después salgas a predicar y tengas que manifestar quién eres, habrá, sí, algunos que te sigan, pero pocos, al paso que la mayoría te despreciará, llamándote impostor, hechicero, loco, samaritano, y, finalmente, te perseguirán, hasta el extremo de hacerte morir vergonzosamente sobre un leño infame, a puros tormentos.— No importa: *Heme aquí, envíame a mí.*

No bien fue decretado que el Hijo de Dios se hiciera hombre, para ser Redentor del género humano, enviase al arcángel Gabriel a María y ésta aceptó a Dios por Hijo: *Y el Verbo se hizo carne.* He aquí, pues, a

Jesús en el seno de María, que, entrando en el mundo, exclama en la más profunda humildad y obediencia: Padre mío, ya que los hombres no pueden satisfacer a vuestra justicia con sus obras y sacrificios, por estar ofendida contra ellos, heme aquí, Hijo tuyo, ya vestido de carne humana, que vengo a satisfacerla con mis penas y con mi muerte, en vez de los hombres. *Por lo cual, al entrar en el mundo, dice: Tu ni sacrificio ni ofrendas quisiste, — pero has abierto ambos mis oídos. Pues que ni holocausto ni oblación pedías, — entonces yo dije: «¡Heme aquí que vengo!»; — del libro en el rollo se halla de mí escrito: «Hacer tu querer, me es grato, Dios mío, — y llevo en la entraña metida tu ley»* (Heb. 10, 5).

¿Será, pues, verdad que por nosotros, miserables gusanillos, y para cautivarse nuestro amor, haya querido un Dios hacerse hombre? Sí; es de fe, como lo enseña la santa Iglesia: «Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos... y se hizo hombre». Ahí está lo que un Dios hizo para hacerse amar de nosotros. Alejandro Magno, después de vencer a Darío y apoderarse de Persia, para conciliarse el afecto de aquellos pueblos, se vistió al modo de la región persa. Diríase que nuestro Dios quiso hacer lo propio: para conquistarse el efecto de los hombres, se revistió por completo de forma humana y se presentó como hombre: *Hecho a semejanza de los hombres* (Fil. 2, 7), queriendo significar con esto hasta dónde llegaba su amor a los hombres: *Porque se manifestó la gracia salvadora de Dios a todos los hombres* (Tit. 2, 11). El hombre no me ama, parece decir el Señor, porque no me ve; quiero darme a ver de él, conversar con él y así conquistar su amor: *Y, tras esto, se manifestó en la tierra y trató con los hombres* (Bar. 3, 38). El amor de

Dios hacia los hombres era sobrado excesivo, como lo había sido desde toda la eternidad: *Te he amado con amor eterno, por eso te he guardado misericordia* (Jr. 31, 3). Pero este amor no se había presentado aún con toda su incomprensible grandeza, y sólo se manifestó cuando el Hijo de Dios se hizo ver, como tierno niño, en un establo y recostado sobre paja: *Cuando se manifestó la bondad y amor a los hombres de Dios, nuestro Salvador* (Tit. 3, 4). El texto griego habla de la *filantropía divina*. Dice San Bernardo que Dios manifestó el poder en la creación del mundo y la sabiduría en su gobernación, pero que sólo en la encarnación del Verbo apareció cuál fuese su gran misericordia. Antes que Dios se presentase en la tierra hecho hombre, no podíamos llegar a comprender la grandeza de la bondad divina; y por eso tomó carne humana, para que, apareciendo como hombre, se manifestase a los hombres la grandeza de su benignidad. Y ¿de qué mejor medio podía el Señor valerse para demostrar al hombre ingrato la bondad y el amor que le profesa? «El hombre, despreciando a Dios, dice San Fulgencio, se había separado de El para siempre, y como el hombre no podía acercarse a Dios, bajó Dios a encontrarlo en la tierra». Y antes lo había dicho San Agustín. Los hombres se dejan cautivar por el amor, y las manifestaciones de afecto que alguno les manifiesta son a modo de cadenas que le atan y obligan como a la fuerza a amar a quien les ama. Por esto quiso el Verbo eterno hacerse hombre, para atraerse con tal prueba de afecto (la mayor que pudo hallar) el amor de los hombres. Esto parece quiso dar a entender nuestro Salvador a cierto fervoroso religioso franciscano, llamado el P. Francisco de Santiago, según se lee en el diario de la Orden, en el día 15 de diciembre.

Mostrábasele a menudo como hermoso niño; mas, queriéndolo retener consigo el devoto religioso, siempre huía el niño, por lo que siempre se lamentaba el siervo de Dios. Cierta día se le apareció el santo Niño, pero ¿cómo? Se le dejó ver con grillos de oro en las manos, dándole a entender que venía ahora a aprisionarle a él y ser por él aprisionado, para no poder ya más separarse. Enardecido con esto Francisco, puso los grillos a los pies del Niño y lo estrechó con ellos contra el corazón; y, en efecto, desde aquel momento le pareció ver al amado Niño convertido en perpetuo prisionero en la cárcel de su corazón. Lo que hizo Jesús en esta ocasión con su siervo lo hizo también con todos los hombres cuando tomó la naturaleza humana, pues con tal prodigio de amor quiso estar como encadenado por nosotros y atar a la vez consigo nuestros corazones, obligándonos a amarle, conforme lo había ya predicho por Oseas: *Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor* (Os. 2, 4).

Dios, expone San León, había ya colmado a los hombres de beneficios, pero de ningún modo les manifestó mejor el exceso de su bondad que enviándoles al Redentor a enseñarles el camino de la salvación y procurarles la vida de la gracia.

Pregunta Santo Tomás por qué la encarnación del Verbo se llama obra del Espíritu Santo: «Y se encarnó por obra del Espíritu Santo». Ciertamente que todas las obras de Dios, llamadas por los teólogos obras *ad extra*, son obras de las tres divinas Personas; ¿por qué, pues, se atribuye la encarnación a la sola persona del Espíritu Santo? La principal razón que nos brinda el Angélico es porque todas las obras del amor divino se atribuyen al Espíritu Santo, que es el amor substancial del Padre y del Hijo; y la obra de la encarnación fue com-

pletamente efecto del inmenso amor que Dios tuvo al hombre. Que es lo que da a entender el profeta cuando dice: *Dios viene de Tenán*, expresión que designa, según el abad Ruperto, el grande amor de Dios para con nosotros. También San Agustín dice que el Verbo eterno vino a la tierra a fin de que el hombre conociese cuánto lo amaba Dios. Y San Lorenzo Justiniano añade que la mayor prueba que Dios pudo dar de su amor a los hombres era la de hacerse hombre.

Pero lo que más resalta el amor divino al género humano es que vino el Hijo de Dios a buscarlo cuando el hombre huía de El, como lo expresó el Apóstol: *Porque, en fin, no son los ángeles a quienes alarga la mano, sino el linaje de Abrahán es a quien alarga la mano* (Heb. 2, 16), lo que comenta San Juan Crisóstomo diciendo que no dijo *suscepit* (recibió), sino *apprehendit* (tomó), según la metáfora de los que se siguen y se cogen. Bajó Dios del cielo como para detener al hombre ingrato que huía de El, como si le dijese: Hombre, mira que por tu amor vine de propósito a la tierra, ¿por qué huyes de mí? Detente, ámame; no huyas más de mí, que tanto te amo. Vino, pues, Dios a buscar al hombre perdido y, a fin de que conociese mejor el amor que este Dios le profesaba y se rindiese a amar a quien tanto le amaba, quiso, la primera vez que se le ofreció visible, aparecérselo como tierno niño reclinado sobre pajas. «¡Felices pajas, más hermosas que los lirios y las rosas (exclama San Pedro Crisólogo), ¿qué bendita tierra os produjo? ¡Cuánta fue vuestra ventura en servir de lecho al Rey de los cielos! Sois frías para Jesús porque no sabéis calentarlo en la gruta húmeda en que tiritita de frío, al paso que para nosotros sois fuego y llamas, pues nos abrasáis en incendio de amor que no hay ríos que lo puedan extinguir».

No bastó, dice San Agustín, al divino amor habernos hecho a su imagen al crear al primer hombre, Adán, sino que quiso hacerse a nuestra imagen, al redimirnos. Adán comió la fruta vedada, engañado por la serpiente, que había dicho a Eva que quien gustase aquel fruto sería semejante a Dios, con la conquista de la ciencia del bien y del mal. Por eso dijo el Señor entonces: *Ahí tenéis al hombre vuelto como uno de nosotros* (Gen. 3, 22), y lo dijo el Señor como ironía y para echar a Adán en rostro su audacia; más después de la encarnación del Verbo podemos decir con verdad: «Dios se ha convertido como en uno de nosotros». Mira, pues, ¡oh hombre!, dice San Agustín, que «Dios se ha hecho hermano tuyo»: tu Dios se hizo como tú, hijo de Adán como tú, se vistió de tu misma carne, se sujetó a padecer y a morir como tú. Podía haberse revestido de naturaleza angelica, pero se quiso revestir de tu misma carne para satisfacer a Dios, si bien inocente, con la misma carne del pecador Adán. Y se gloriaba de esto, llamándose con frecuencia hijo del hombre, por lo que muy bien podemos llamarlo nuestro verdadero hermano. El abatimiento de un Dios hecho hombre es infinitamente mayor que si todos los príncipes de la tierra, todos los ángeles y santos del cielo y aun la misma Madre de Dios se hubiesen humillado hasta convertirse en una briznita de hierba, en un poco de abono; sí, porque la hierba y el abono, los príncipes, ángeles y santos son todas criaturas, en tanto que entre la criatura y Dios hay infinita diferencia.

«¡Ah!, observa San Bernardo, cuanto más se humilló Dios hasta hacerse hombre por nosotros, tanto más nos dio a conocer su bondad!» Y el amor que nos tiene Jesucristo, exclama el Apóstol, nos obliga y apre-

mia a amarlo. ¡Ah! Si no nos lo asegurase la fe, ¿quién pudiera nunca creer que un Dios, por amor a un gusanillo cual el hombre, se hubiese hecho también gusano? Si aconteciese alguna vez, dice un devoto autor, que al andar pisaseis descuidadamente un gusanillo y lo mataseis y, compadecidos después de él, oyeseis que se os decía: Si queréis volver la vida a ese gusanillo que matasteis, es preciso que os hagáis gusanillo como él, que os abran luego las venas y que con vuestra sangre se haga un baño donde el gusanillo sea sumergido para así recobrar la vida, ¿qué responderíais a esto? — Y a mí, ¿qué me importa — diríais seguramente — que el gusanillo resucite o deje de resucitar, si tengo que procurarle su vida con mi muerte? — Y con mayoría de razón lo diríais si el gusanillo en cuestión no fuese un gusano inocuo, sino, un ingrato reptil que, después de haberlo colmado de beneficios, hubiese atentado contra vuestra vida. Mas, si vuestro amor al ingrato áspid llegara a tanto que os hiciese sufrir la muerte por devolverle la vida, ¿qué dirían de ello los hombres? Y ¿qué no haría por vosotros aquella serpiente salvada con vuestra muerte si fuera capaz de razón? Pues esto es lo que hizo Jesucristo por ti, vilísimo gusanillo; y tú, ingrato, si Jesucristo hubiese podido morir de nuevo, con tus pecados habrías probado a quitarle la vida. ¡Cuánto más vil eres tú con respecto a Dios que lo que el gusano lo fuera respecto a ti! ¿Qué le importaba a Dios que quedases muerto o condenado en tu pecado, como lo merecías? Y, con todo, tan grande fue el amor que Dios te tuvo, que, para librarte de la muerte eterna, primero se hizo gusano como tú, y después, para salvarte, quiso derramar toda su sangre y padecer la muerte que tú merecías.

Sí, todo esto es de fe: *Y el Verbo se hizo carne* (Jn. 1, 4). *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre* (Ap. 1, 5). La santa Iglesia, al considerar la obra de la redención, se declara aterrada: «Consideraré tus obras y me aterraré». Ya antes había dicho el profeta: *¡Oh Yahveh!, he oído tu noticia (y) he temido... Sales para salvar a tu pueblo, a salvar a tu ungido* (Hab. 3, 2-13). Por lo que con razón llamó Santo Tomás al misterio de la encarnación *milagro de los milagros*, milagro incomprensible, con el que manifestó Dios el poder de su amor a los hombres, que Dios lo trocaba en hombre y de Creador en criatura. De Creador lo trueca en criatura, dice San Pedro Damiano; de Señor, en esclavo; de impasible, en sometido a penalidades y muerte. *Hizo ostentación de poder con su brazo* (Lc. 1, 51). Al oír cierto día San Pedro de Alcántara cantar el Evangelio de la tercera misa de Navidad: *En principio existía el Verbo*, etc., pensando en este excelso misterio, quedó tan inflamado de amor a Dios, que fue elevado en éxtasis un buen trecho por los aires hasta la presencia del Santísimo Sacramento. Y San Agustín decía que no se saciaba de considerar continuamente la grandeza de la divina bondad en la obra de la redención humana. De ahí que nuestro Señor mandara a este santo, por su devoción a este misterio, a esculpir en el corazón de Santa María Magdalena de Pazzi las palabras: *Y el Verbo se hizo carne* (Jn. 1, 14).

Quien ama, lo hace para ser amado; habiéndonos, pues, Dios amado tanto, no buscó sino nuestro amor, dice San Bernardo, por lo que después nos exhorta a cada uno de nosotros con estas palabras: «Te manifestó su amor para granjearse el tuyo». Hombre, cualquiera que seas, ¿viste el extraordinario amor que tuvo

Dios al hacerse hombre y padecer y morir por ti? ¿Cuándo verá Dios, por experiencia y con los hechos, el amor que le tienes? Sí, todos los hombres, al ver a un Dios revestido de carne, viviendo por ellos vida tan penosa y soportando muerte tan cruel, deberían inflamarse continuamente de amor hacia este Dios tan amante: *¡Ojalá desgarrase el cielo y bajases, de suerte que las montañas se tambaleasen ante ti, como cuando el fuego prende la leña (o) el fuego hace hervir el agua!* (Is. 64, 1). ¡Oh si os dignaseis, Dios mío, decía el profeta cuando aun no había venido a la tierra el Verbo divino, si os dignaseis dejar los cielos y bajar entre nosotros para haceros hombre! Al veros entonces los hombres, hecho como uno de ellos, *las montañas se tambalearían*, allanaríanse obstáculos y dificultades que hoy impiden la observancia de vuestras leyes y vuestros consejos. *Las aguas hervirán con el fuego*, y las llamas que encenderíais en los corazones de los hombres derretirían el hielo de las almas, acabando por inflamarlas en el fuego de vuestro amor. Y, en efecto, después de la encarnación del Hijo de Dios, ¡qué bello incendio de amor divino se ha visto arder en tantas almas amantes! Ciertamente que Dios ha sido más amado por los hombres, en sólo un siglo después que Jesucristo apareció en medio de nosotros, que lo fuera en todos los demás cuarenta siglos anteriores a su venida. ¡Qué de jóvenes, qué de nobles y qué de monarcas abandonaron riquezas, honores y hasta reinos para retirarse o al desierto o al claustro, para allí poder amar mejor, pobres y despreciados, a este su Salvador! ¡Cuántos mártires fueron, alegres y sonrientes, en busca de los tormentos y de la muerte! ¡Cuántas virgencitas rehusaron la mano de potentados para ir a morir por Jesucristo, gozosas de poder patentizar

esta prueba de correspondencia afectuosa al Dios que se dignó encarnarse y morir por su amor!

Sí, todo esto es cierto; mas vengamos ahora a lo que nos ha de hacer derramar lágrimas. ¿Obraron así todos los hombres? ¿Procuraron todos corresponder a este gran amor de Jesucristo? ¡Ah, que la mayoría le pagaron y le pagan con ingratitudes! Y tú mismo, querido hermano, dime, ¿cómo correspondiste al amor que Dios te manifestó? ¿Se lo agradeciste siempre? ¿Pensaste qué quiere significar que un Dios se haya hecho hombre y haya muerto por ti? Asistía cierto hombre a la santa misa, sin devoción alguna, como lo hacen tantos, y como no se arrodilló a las palabras finales del *Verbum caro factum est*, un demonio le dio un fuerte bofetón, diciéndole: Ingrato, oyes que un Dios se ha hecho hombre por ti, y ni siquiera te dignas inclinarte. ¡Ah!, si Dios, continuó, hubiese hecho eso por mí, no cesaría de darle gracias por toda la eternidad. Dime cristiano, ¿qué más podía haber hecho Jesús para conquistarse tu amor? Si el Hijo de Dios hubiera tenido que salvar de la muerte a su mismo Padre, ¿qué más podía haber hecho que humillarse hasta tomar carne humana y sacrificarse hasta la muerte por su salvación? Aun diré más: si Jesucristo hubiese sido mero hombre, y no ya persona divina, y hubiera querido con alguna prueba de afecto atraerse el amor de su Dios, ¿qué habría podido hacer más de lo que por ti hizo? Si un criado tuyo hubiese dado por tu amor sangre y vida, ¿no te encadenaría el corazón y te obligaría a amarlo, al menos por agradecimiento? Y ¿por qué Jesucristo, llegando hasta a dar la vida por ti, no ha podido hasta ahora conquistar tu amor?

¡Ay de mí!, que los hombres desprecian el amor divino porque no comprenden, mejor, porque no quie-

ren comprender cuán grande tesoro sea disfrutar de la divina gracia, la cual, en decir del Sabio, *tesoro inagotable es para los hombres, y los que se hacen con él, estrechan su amistad con Dios* (Sab. 7, 14). Se estima la gracia de un príncipe, de un prelado, de un noble, de un literato, de una señora de mundo, y la gracia de Dios es tenida en nada por algunos, pues que la renuncian por un poquito de humo, por un placer bestial, por un puñado de tierra, por un capricho, por una nonada. ¿Qué dices, querido hermano mío? ¿Aun querrás ser contado entre tales ingratos? Mira, si no quieres a Dios, exclama San Agustín, busca si puedes, otra cosa mejor que El. A ver si hallas príncipe más cortés, señor, hermano, amigo más amable y que te haya amado más que Dios. A ver si hallas uno que pueda, mejor que Dios, hacerte feliz en ésta y en la otra vida. Quien ama a Dios no tiene que temer mal alguno, pues que Dios no puede dejar de amar a quienes le aman: *Yo amo a quienes me aman* (Pv. 8, 17). Y quien es amado de Dios, ¿qué es lo que puede temer?: El Señor es mi luz y mi salud: ¿de quién he de temer? (Sal. 26, 1) Así decía David y así decían las hermanas de Lázaro al Señor: *Mira que el que amas está enfermo* (Jn. 11, 3). Bastábales saber que Jesucristo amaba a su hermano, para creer que les prestaría cualquier ayuda para su curación. Y, al contrario, ¿cómo podrá Dios amar a quien desprecia su amor? ¡Ah!, resolvámonos de una vez a amar a un Dios que tanto nos amó, y pidámosle siempre nos conceda el gran don de su santo amor. Decía San Francisco de Sales que esta gracia de amar a Dios es la gracia que debíamos desear y pedir sobre toda gracia, porque al alma le vienen todos los bienes con el amor divino: *Viniéronme los bienes a una todos con ella* (Sab. 7,

11). Por esto decía San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». Quien ama a una persona rehuye disgustarla, y siempre anda buscando cómo complacerla. Y así, quien ama verdaderamente a Dios nada hace advertidamente que le desagrade, sino que se esfuerza cuanto puede por darle gusto.

Para obtener más presto y más seguramente este don del divino amor, recurramos a la primer amante de Dios, a su Madre María, que estuvo tan inflamada de amor divino, que los demonios, como se explica San Buenaventura, ni se atrevían siquiera a tentarla. Y añade Ricardo que hasta los propios serafines podían bajar del cielo para aprender en el corazón de María el modo de amar a Dios. Y como el corazón de María fue todo un volcán de amor a Dios, por esto, añade San Buenaventura, todos cuantos aman a esta divina Madre y a ella se acercan, se retiran encendidos en el mismo amor y tórnanse semejantes a ella.

Afectos y súplicas

¡Oh Fuego siempre ardiente, digamos con San Agustín, enciéndeme! ¡Oh Verbo encarnado!, os hicisteis hombre para encender en nuestros corazones el divino amor, y ¿cómo es posible que hayáis encontrado tanta ingratitud en los corazones de los hombres? Para haceros amar de ellos, nada perdonasteis, sino que llegasteis a dar sangre y vida, y ¿cómo son los hombres tan ingratos? ¿Acaso lo ignoran? Saben y creen que por ellos vinisteis del cielo a revestiros de carne humana y cargar con nuestras miserias; saben que por su amor vivisteis vida llena de penas y abrazasteis ignominiosa muerte; ¿cómo, pues, viven tan olvidados de vos? Aman a los parientes, a los amigos,

hasta a los animales, y si de cualquiera de ellos reciben una manifestación de afecto, luego procuran recompensarlo, y ¿sólo con vos están desprovistos de afecto y agradecimiento?

Mas, ¡ah!, que acusando a estos ingratos me acuso también a mí mismo, que os traté peor que ellos. Anímame, con todo, vuestra bondad, que tanto me ha sufrido para perdonarme y abrazarme en vuestro amor, con tal de que quiera arrepentirme y amaros. Sí, Dios mío, quiero arrepentirme y me duele con toda el alma haberos ofendido; os quiero amar con todo el corazón. Bien veo, Redentor mío, que mi corazón no merecería ser aceptado por vos, porque os abandonó por amor a las criaturas; y veo que, esto no obstante, aun lo queréis, por lo que os lo consagro y entrego con toda mi voluntad. Inflamadlo, pues, en vuestro santo amor y haced que de hoy en adelante no ame a nadie sino a vos, bondad infinita, digna de infinito amor. Os amo, Jesús mío; os amo, sumo bien; os amo, único amor de mi alma.

¡Oh María, Madre mía, Madre del Amor Hermoso!, alcanzadme la gracia de amar a mi Dios; de vos lo espero.

37. EL VERBO ETERNO, DE GRANDE SE HIZO PEQUEÑO

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado
(Is. 11, 6).

Decía Platón que el amor es imán del amor. De ahí el proverbio citado por San Juan Crisóstomo: Si quie-

res ser amado, ama, porque no hay medio más fuerte para atraerse el afecto de una persona que amarla y darle a conocer que es amada. Pero, Jesús mío, esta regla, este proverbio serán verdaderos, pero para los demás, para todos, excepto para vos. Con todos son agradecidos los hombres, fuera de vos, que ya no sabéis qué más hacer para demostrarles el amor que les tenéis y que todo lo agotasteis para haceros amar de ellos; y, con todo, ¡cuán pocos son los que os aman! ¡Oh Dios, la mayoría, o por mejor decir, casi todos, ni os aman ni desean amaros y hasta llegan a ofenderos y despreciaros.

¿Queremos también nosotros ser contados en el número de tales ingratos? ¡No!, pues no se lo merece este Dios tan bueno y tan amante de nosotros, que, siendo *grande* y de infinita grandeza, quiso hacerse *pequeñito* para ser amado. Pidamos a Jesús y a María que nos iluminen.

I

Para comprender cuán grande sea el amor divino hacia los hombres, al hacerse hombre, y niño pequeño por nuestro amor, sería preciso comprender la grandeza de Dios. Pero ¿qué entendimiento humano o angélico podrá comprenderla, si es infinita? Dice San Ambrosio que afirmar de Dios que es mayor que los cielos, que los reyes, que los santos, que todos los ángeles, equivale a injuriar a Dios, como sería una injuria decir que es mayor que una hierbecilla o que un mosquito. Dios es la misma grandeza, y toda otra grandeza no es más que mínima partecica de la grandeza divina. Considerando David esta grandeza y viendo que no podía ni podría nunca llegar a comprender-

la, no acertaba sino a exclamar: *Señor, ¿quién como tú?* (Sal. 34, 10) ¿Qué grandeza podrá hallarse semejante a la vuestra? Ni ¿cómo la habría de comprender David, si tenía entendimiento finito y la grandeza de Dios es infinita? *Es grande el Señor — y digno de alabanza en gran manera, — y la grandeza de El es insondable* (Sal. 144, 3). *¿Por ventura los cielos y la tierra no llenos?* (Jr. 23, 24), dice Dios. De suerte que, hablando a nuestro modo de entender, nosotros no somos más que insignificantes pececillos que vivimos sumergidos en el inmenso mar de la esencia divina: *En El vivimos, nos movemos y existimos* (Act. 17, 28).

¿Qué somos, pues, con respecto a Dios? Y ¿qué todos los hombres, todos los monarcas terrenos y aun todos los santos y ángeles del cielo, comparados con la infinita grandeza de Dios? Mucho menos que un granito de arena respecto de toda la tierra: *He aquí que los pueblos son como gotas de un cubo, — y como polvillo en la balanza son reputados* (Is. 40, 15). *Todos los pueblos son como nada delante de El.*

Pues bien, este Dios tan grande se hizo niño, y ¿para qué? *Un niño nos ha nacido.* Que ¿para que?, responde San Ambrosio. Pues para hacernos grandes; permitió que le fajaran con pañales para librarnos de las cadenas de la muerte y bajó a la tierra para llevarnos al cielo.

He aquí, pues, al Inmenso hecho niño; aquel que no cabe en los cielos vedlo envuelto en pobres pañales, acostado en una gruta, sobre un pesebre y entre pajas que le sirven de lecho y de almohada. Mira, exclama San Bernardo, al Dios que todo lo puede, fajado de tal modo que no se puede mover; al Dios que todo lo sabe, privado de la palabra; al Dios que rige cielos y tierra, reducido a la necesidad de ser llevado en brazos; al Dios

que alimenta a hombres y animales, necesitado de un poquito de leche para su sustento; al Dios que consuela a los afligidos y es gozo del paraíso, gimiendo, llorando y buscando quien lo consuele.

En suma, dice San Pablo que el Hijo de Dios, al venir al mundo, *se anonadó a sí mismo*, y ¿por qué? Para salvar al hombre y para ser amado por él. Sí, dice San Bernardo, donde te aniquilaste, allí brilló más tu compasión y tu caridad. En efecto, querido Redentor mío, cuando mayor fue tu anonadamieto, haciéndote hombre y naciendo niño, tanto mayor fue tu misericordia y el amor que nos mostraste para ganarte nuestros corazones. Si bien los hebreos tenían claro conocimiento del verdadero Dios, con tantos milagros presenciados, con todo, no estaban plenamente satisfechos, y deseaban verlo cara a cara. Dios halló el medio de satisfacer este deseo de los hombres haciéndose hombre para manifestárseles visible. Y para hacerse más querido de nosotros quiso darse a ver la primera vez como niño, para que de este modo nos fuese su vista más grata y amable. Se humilló hasta hacerse ver como niño, para tornarse con tal anonadamiento más grato a nosotros. Y, en efecto, éste era el medio más propio para hacerse amar de nosotros.

Razón tuvo el profeta Ezequiel al decir, ¡oh Verbo encarnado!, que el tiempo de vuestra venida a la tierra debía ser tiempo de amores, tiempo de amantes. Y ¿por qué nos amó tanto Dios y nos manifestó de tantas maneras su amor, sino para ser amado de nosotros? Antes lo había dicho el Señor: *Y ahora, Israel, ¿qué te pide Yahveh, tu Dios, sino que le temas, sigas todos sus caminos y lo ames?* (Dt. 10, 12).

Para obligarnos a amarlo, no quiso enviar a nadie más que El mismo, haciéndose hombre, quiso venir a

redimirnos. San Juan Crisóstomo trae una bella consideración acerca de aquellas palabras del Apóstol: *No son los ángeles a quienes alarga la mano, sino el linaje de Abrahán es a quien alarga la mano*. Pregunta el Santo: ¿Por qué no dijo *suscepit* (recibió), sino *apprehendit* (tomó)? Porque San Pablo no dice simplemente que Dios tomara carne humana, sino que dice que la tomó como a la fuerza, que eso significa la palabra *apprehendit* (tomó). Y añade que se expresó así, conforme a la metáfora de quienes persiguen a quienes huyen, como para dar a entender que Dios deseaba ser amado de los hombres, que le volvían las espaldas y ni siquiera querían reconocer su amor; de ahí que el Señor bajara del cielo y tomara carne humana, para hacerse así conocer y amar como a la fuerza por el hombre ingrato que huía de El.

Por esto, pues el Verbo eterno se hizo hombre, y por esto también se hizo niño. Podía haber venido como hombre perfecto, como el primer hombre, Adán, pero no; el Hijo de Dios quiso dejarse ver en forma de gracioso niño para atraerse más presto y con más fuerza su amor. Los niños se hacen amar por sí mismos y se atraen el afecto de cuantos los miran. Por eso dice San Francisco de Sales que el Verbo divino se dejó ver como niño, para cautivarse el amor de todos los hombres. Y San Pedro Crisólogo escribe: «Vino como debió venir quien quiso desterrar el temor y buscar la caridad. Esta infancia, ¿qué barbarie no vence, qué dureza no ablanda, qué amor no pide? Así, pues, quiso nacer el que quiso ser amado y no temido». Si nuestro Salvador, parece decir el Santo, hubiese pretendido con su venida hacerse temer y respetar de los hombres, habría tomado, desde luego, la forma de hombre perfecto y rodeado de la dignidad real; mas, como

venía a ganarse nuestro amor, quiso aparecer como niño, y el más pobre y humilde de todos los niños, nacido en fría gruta, en medio de dos animales, colocado en un pesebre y recostado sobre paja, sin pañales suficientes y sin fuego para calentarse. «Así quiso nacer el que quiso ser amado y no temido».

¡Ah, Señor mío!, y ¿qué otra cosa os movió a dejar el trono del cielo y nacer en una gruta, sino el amor que profesáis a los hombres? ¿Quién os movió a permanecer en un establo, dejando la diestra del Padre, en que estabais sentado? ¿Quién os movió a yacer sobre la paja, dejando el reinado de las estrellas? ¿Quién os movió a la compañía de dos animales, dejando el centro de los ángeles? Tan sólo el amor. Vos inflamáis a los serafines, y ¿ahora tembláis de frío? Vos sostenéis los cielos, y ¿ahora necesitáis ser llevado en brazos? Vos proveéis de alimento a los hombres y animales, y ¿ahora necesitáis un poquito de leche para sostener la vida? Vos hacéis bienaventurados a los santos, y ¿ahora lloráis y gemís? ¿Quién os redujo a tamaña miseria? Tan sólo el amor. «Así quiso nacer el que quiso ser amado y no temido».

Amad, pues, amad, ¡oh almas!, exclama San Bernardo, a este Niño amabilísimo: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza. Pequeño es el Señor y muy digno de amabilidad». Sí, este Dios, dice el Santo, era ya desde la eternidad, como lo es al presente, digno de toda alabanza y respeto por su grandeza, como cantó David: *Grande es el Señor y muy digno de alabanza*. Mas ahora que lo vemos trocado en niño pequeñito, necesitado de leche, sin poderse mover, tiritando, gimiendo y llorando, buscando quien lo tome, lo caliente y lo consuele, ¡cuán amable se ha hecho a nuestros corazones! «Pequeño es el Señor y muy digno de amabilidad».

Habíamos de adorarlo como a Dios, pero nuestro amor había de igualar a nuestra reverencia hacia un Dios tan amable y tan amante.

«El niño se entretiene agradablemente con los niños, con las flores y en los brazos», nota San Buenaventura. Si deseamos agradar a este Niñito, quiere decir el Santo, precisa que también nosotros nos hagamos niñitos, sencillos y humildes; obsequiémosle con flores de virtudes, de mansedumbre, de mortificación, de caridad; estrechémosle amorosamente en nuestros brazos.

«Y ¿qué más esperas ver, ¡oh hombre!, añade San Bernardo, para darte del todo a Dios? Mira con cuánto trabajo y con qué ardiente amor vino del cielo tu Jesús a buscarte». ¿No oyes, continúa, cómo apenas nacido te llama con sus infantiles vagidos, cual si dijese: Alma mía, te busco; por ti y para merecer tu amor bajé del cielo a la tierra?

Conque los mismos animales, luego que les favorecemos con el más insignificante beneficio, el más pequeño regalillo, vienen presto a nosotros, nos obedecen a su modo y se alegran al vernos, y nosotros ¿seremos tan ingratos para con Dios, que se nos dio a sí mismo, que bajó del cielo a la tierra y que se hizo niño para salvarnos y para que le amásemos? ¡Amemos al Niño de Belén!, como exclamaba el enamorado San Francisco de Asís; amemos a Jesucristo, que con tantos trabajos ha buscado conquistarse nuestros corazones.

II

Y por amor a Jesucristo debemos amar también a nuestros prójimos, aun a quienes nos hayan ofendido.

Isaías llamó al Mesías *Padre Eterno*; para ser, pues, hijos de este Padre, el mismo Jesús nos amonesta que debemos amar a nuestros enemigos y hacer bien a quien nos haga mal: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigue, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt. 5, 14). De ello nos dio ejemplo sobre la cruz, rogando al Eterno Padre perdonara a quienes lo crucificaban. Quien perdona al enemigo, dice San Juan Crisóstomo, no puede menos de ser perdonado por Dios, pues nos asiste la divina promesa: *Absolved y seréis absueltos*. Perdonad y seréis perdonados. Cierta religiosa, cuya vida no había sido muy ejemplar, lloraba en la muerte sus pecados, pero con mucha confianza y alegría, pues decía que nunca se había vengado; como si dijese: Cierta que ofendí al Señor, pero El prometió perdonar a quien perdonara a sus enemigos; yo perdóné a quienes me ofendieron, por lo que debo estar seguro de que Dios también me perdonará a mí.

Y, hablando en general de todos los pecadores, ¿cómo desconfiaremos de obtener el perdón si pensamos en Jesucristo? El Verbo eterno se humilló hasta revestirse de carne humana para alcanzarnos perdón de Dios: *No vine a llamar justos, sino pecadores*. Digámosle, pues, con San Bernardo: «En tu anonadamiento resplandeció la compasión y la caridad». Santo Tomás de Villanueva nos excita a la confianza, diciendo: «¿Qué temes, pecador? ¿Cómo te condenaría, cuando te arrepientes, el que murió para que no te condenaras? ¿Cómo te rechazaría, cuando vuelves, el que del cielo bajó a buscarte?»

No tema, pues, el pecador que quiere dejar el pecado, deseoso de amar a Jesucristo; no se espante, sino más bien confíe; si odia el pecado y busca a Dios, no se

aflija, antes alégrese: *Y el corazón se alegre— de los que al Señor andan buscando* (Sal. 104, 3). El Señor protesta que quiere olvidar las injurias recibidas, si el pecador se arrepiente de ellas: *Si el impío se convierte de todos sus pecados..., ninguno de los pecados que cometió le será recordado* (Ez. 17, 21-22). Y, para inspirarnos mayor confianza, nuestro Salvador se hizo niño. «¿Quién teme llegarse a un niño?», prosigue Santo Tomás de Villanueva. Los niños no inspiran temor ni espanto, sino dulzura y amor. «El niño no entiende de iracundias, y si enfada, fácilmente se aplaca», expone San Pedro Crisólogo. Los niños se diría que no saben enojarse, y, si a las veces tienen sus rabietillas, fácilmente se les aplaca: basta darles una fruta, una flor, hacerles una caricia, dirigirles alguna palabrilla afectuosa, y al instante perdonan y se olvidan de la ofensa recibida. Una sola lágrima de dolor, un solo arrepentimiento del corazón bastan para aplacar a Jesús Niño. «Ya conocéis la idiosincrasia infantil, prosigue Santo Tomás de Villanueva; con una lagrimilla se aplaca si es ofendido y se olvida de la injuria. Acercaos, pues, a Él, ya que es niño y parece haber depuesto su divina majestad». Depuso su majestad divina y se dejó ver como niño para animarnos a echarnos a sus pies. «Nace niño, añade San Buenaventura, para que no receles de su poder ni de su justicia». Y Gerson le dice: «¡Oh Dios!, ocultaste tu sabiduría tras la edad infantil, para que no nos acusase de nuestros delitos; tu justicia tras la humildad, para que no nos condene; tu poder tras la debilidad, para que no nos castigue».

Nota San Bernardo que Adán, después del pecado, al oír la voz de Dios que lo llamaba: *¿Dónde estás?*, contestó, lleno de temor: *Oí el ruido* (de tus pasos) *en el vergel, y temeroso, porque estoy desnudo, me es-*

condí (Gen. 3, 10). Pero el Verbo encarnado, añade el Santo, al hacerse hombres, nada conserva que nos inspire terror. «No temas, añade, que Él viene no a castigarte, sino a salvarte». «Mira, continúa, que es niño y no tiene voz que te amedrente; pues la voz del niño causa compasión más que temor; conquese la madre faja sus manecitas, ¿y aun temes tú?»

Alegraos, pues, pecadores, exclama San León, que al nacimiento de Jesús trae el nacimiento de la paz: no en vano el profeta Isaías le llama Príncipe de la paz. Jesucristo es príncipe, no de venganza contra los pecadores, sino de misericordia y de paz, haciéndose mediador para restablecer la paz entre Dios y los pecadores. «Si somos incapaces de satisfacer a la divina justicia, dice San Agustín, el Eterno Padre no despreciará la sangre de Jesucristo, que satisface por nosotros».

Cierto caballero, llamado don Alfonso de Alburquerque, en una travesía marina, se dio casi por muerto al verse naufragado entre escollos, cuando de pronto oyó llorar a un niño, lo tomó en brazos, lo alzó al cielo y exclamó: «Señor, si yo no merezco ser oído, escuchad al menos los gemidos de este inocente niño y salvadnos». Terminada la oración, calmóse la tempestad y desapareció el peligro. Obremos también nosotros así, miserables pecadores que hemos ofendido a Dios y fuimos condenados a muerte eterna. La justicia divina quiere con todo derecho ser satisfecha. ¿Qué haremos? ¿Desesperar? ¡Ah!, no. Ofrezcamos a Dios este tierno niño, hijo suyo, y digámosle confiadamente: ¡Señor, si no podemos satisfacer por las ofensas que os hemos hecho, aquí tenéis este niño que gime y llora y tiembla de frío en la paja de una gruta, donde satisface por nosotros y os demanda piedad. Si nosotros no merecemos perdón, lo merecen los padecimientos y lágrimas de este vuestro

inocente Hijo, que os ruega nos perdonéis. Esto nos exhorta a hacer San Anselmo al decir que el mismo Jesús, por el deseo que tiene de no vernos abandonados a nuestra perdición, habla así a quien se siente culpable ante Dios: «No desconfíes, pecador; aun cuando por tus pecados seas reo del infierno y no halles medio de librarte de él, tómame a mí, ofréceme a mi Padre y de este modo te librarás de la muerte y te salvarás». ¿Se puede imaginar mayor misericordia?, pregunta el santo Doctor. La divina Madre enseñó lo mismo a sor Francisca Farnesio, en cuyos brazos puso al Niño Jesús, diciéndole: Aquí tienes a este mi Hijo; procura aprovecharte de la ocasión para ofrecerlo a menudo a Dios».

Y, si queremos asegurar más nuestro perdón, interpongamos la intercesión de esta misma divina Madre, que es omnipotente con su Hijo para alcanzar el perdón de los pecadores, como asegura San Juan Damasceno. Las oraciones de María, en sentir de San Antonino, tiene para con su Hijo, que tanto la ama y tanto mira por su honor, fuerza de mandato. Por lo que San Pedro Damiano escribe que cuando María suplica alguna gracia a su Hijo en favor de cualquier devoto suyo, se acerca, en cierto sentido, mandando y no rogando, como señora y no como sierva, pues su Hijo la honra no negándole cosa alguna. Por lo que añade San Germán que la Santísima Virgen, en virtud de la autoridad que tiene, o por mejor decir, que tuvo un tiempo en la tierra, puede alcanzar el perdón aun a los más perdidos pecadores.

Afectos y súplicas

¡Oh dulce, oh amable, oh santo Niño mío!, para haceros amar de los hombres, nada perdonasteis, pues

de Hijo de Dios os trocasteis en hijo del hombre y entre los hombres quisisteis nacer como todos los niños, si bien más pobre y humillado que los demás, eligiendo por casa una cuadra, un pesebre por cuna, un poco de paja por lecho. Quisisteis aparecer la primera vez ante nosotros cual pobrecito niño, para cautivar nuestros corazones desde vuestro nacimiento; y luego, durante toda vuestra vida, continuasteis dándonos cada vez mayores pruebas de amor, hasta elegir muerte desangrada y envilecida sobre un infame madero. Y ¿cómo es posible que hayáis encontrado tanta ingratitud en la mayoría de los hombres, pues son tan pocos los que os conocen y más pocos aún los que os aman? ¡Ah, Jesús mío!, entre estos pocos quiero contarme yo. Os desprecié en lo pasado y, olvidado de vuestro amor, atendí sólo a mis satisfacciones, sin preocuparme de vos ni de vuestra amistad. Pero ahora reconozco el mal que os hice, del que me arrepiento y detesto con todo mi corazón. ¡Niño mío y Dios mío!, perdonadme por los méritos de vuestra santa infancia. Os amo, y os amo tanto, Jesús mío, que, aun cuando todos los hombres se separaran de vos y os abandonasen, yo os prometo no abandonaros, aunque tuviese que perder mil veces la vida. Comprendo que esta luz y esta buena voluntad que ahora tengo me las habéis dado vos, por lo que os agradezco, amor mío, y os ruego me las conservéis con vuestra gracia. Con todo, ya conocéis mi flaqueza y sabéis las veces que os traicioné; por piedad, no me abandonéis, pues sería peor que en lo pasado. Permitid que os ame mi pobre corazón, que un tiempo os menospreció, pero que ahora se ha enamorado de vuestra bondad, divino Niño.

¡Oh María, gloriosa Madre del Verbo encarnado!, no me abandonéis, pues sois madre de la perseverancia y dispensadora de las gracias. Ayudadme, y

ayudadme siempre. Con vuestra ayuda, ¡oh Esperanza mía!, espero ser fiel a Dios hasta la muerte.

38. EL VERBO ETERNO, DE SEÑOR SE HIZO ESCLAVO

Se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo (Fil. 2, 7).

Considerando San Zacarías la gran misericordia de Dios en la obra de la redención humana, tuvo razón de exclamar: *Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque visitó y rescató a su pueblo* (Lc. 1, 68), para que, libres de las cadenas del pecado y de la muerte, con las que nuestros enemigos nos tenían esclavizados, podamos en adelante sin temor, después de adquirida la libertad de hijos de Dios, servir y amar al Señor en esta vida, para ir luego a poseerle y disfrutar eternamente de su presencia en el reino de los bienaventurados, que, cerrado antes a los hombres, al fin se nos ha abierto por nuestro Salvador.

Todos éramos esclavos del infierno, pero el Verbo eterno, nuestro supremo Señor, ¿qué hizo para librar-nos de tamaña esclavitud? *De señor se hizo siervo*. Consideremos la gran misericordia y el amor inmenso que nos ha patentizado con este prodigioso beneficio, y antes pidamos las luces necesarias a Jesús y a María.

I

Dios es el Señor de cuanto hay y puede haber en el universo: *En tus manos está el universo entero* (Est.

13, 9-10), *pues tú hiciste el cielo y la tierra*. ¿Quién podrá negar a Dios el supremo dominio de todas las cosas, si es el Creador y conservador de cuanto existe? *Y sobre su manto y sobre su muslo lleva escrito un nombre: Rey de reyes y Señor de señores* (Ap. 19, 16). Las palabras *en su muslo* quieren decir, según Maldonado, que los monarcas terrenos están revestidos de su majestad tan sólo exteriormente y por don y favor del supremo Rey, que es Dios, mientras que Dios es Rey por naturaleza, de suerte que no puede dejar de ser el Rey y Señor de todas las cosas.

Ahora bien, este Monarca supremo reinaba sobre los ángeles del cielo y sobre toda criatura, pero no reinaba sobre los corazones de los hombres, que gemían miserablemente bajo la esclavitud del demonio. Sí; este tirano, antes de la venida de Jesucristo, era el señor que se hacía adorar como Dios, exigiendo inciensos y sacrificios, no sólo de animales, sino también de los propios hijos y vidas propias. Y a cambio, ¿qué es lo que este enemigo, este tirano, les daba y cómo los trataba? Atormentándoles el cuerpo con extremos de barbarie, cegándoles el espíritu y llevándoles por caminos dolorosos a su eterna perdición. A abatir a este tirano descendió el Verbo divino a la tierra y a libertar a los hombres de su desgraciada servidumbre, para que, libres los pobrecitos de las tinieblas de la muerte, rotas las cadenas con que el bárbaro los tenía oprimidos e iluminados en el camino de su salvación, sirvieran a su legítimo Señor, que los amaba como padre y de esclavos de Lucifer quería hacerlos sus queridos hijos, para *que sin temor, liberados de mano de nuestros enemigos, le sirvamos* (Lc. 1, 74).

Predijo Isaías que nuestro divino Redentor había de destruir el imperio del demonio sobre los hombres:

La vara de su preboste has quebrado. Y ¿por qué llamó el profeta al demonio preboste? En sentir de San Cirilo, porque este bárbaro jefe suele exigir de sus esclavos, los pobres pecadores, los más enormes tributos pasionales, rencores, desordenados afectos, con que los va encadenando cada vez más, al paso que los atormenta bajo su yugo. Vino, pues, nuestro Salvador a libertarnos de la esclavitud de tal enemigo; pero ¿cómo y de qué manera nos libertó? Ved aquí lo que hizo, dice San Pablo: El cual (Cristo Jesús), subsistiendo en la forma de Dios, no consideró como una presa arrebatada el ser al igual de Dios, antes se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres (Fil. 2, 5). El era, dice San Pablo, el Unigénito de Dios, igual al Padre, eterno como el Padre, omnipotente como el Padre, inmenso, sapientísimo, felicísimo y supremo Señor de cielos y tierras, de los ángeles y de los hombres, como el Padre; pero, por amor al hombre, se humilló hasta tomar forma de esclavo, revistiéndose de carne humana y asemejándose a los hombres, y porque éstos, por sus pecados, se habían hecho esclavos de Satanás, tomó su humana naturaleza para rescatarlos, satisfaciendo con sus penalidades y muerte a la divina justicia por la pena que ellos merecían. ¡Ah!, si la santa fe no nos lo asegurara, ¿quién osaría creerlo?, ¿quién lo esperaría o quién se hubiera jamás atrevido a imaginarlo? Pero la fe nos lo enseña y nos asegura de que el Hijo de Dios, sumo y supremo Señor de todas las cosas, se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo.

Nuestro Señor, haciéndose esclavo, quiso comenzar desde su infancia a despojar al demonio del imperio que ejercía sobre los hombres, según lo había predicho Isaías: *Ponle por nombre Majer-salal-jasbaz,*

esto es, explica San Jerónimo, que nunca tolere el reino del demonio. Ved, pues, cómo Jesús, no bien nacido, dice el venerable San Beda, comienza por declararse siervo para alcanzar nuestra liberación de la esclavitud del infierno, registrándose como súbdito del César y sometándose a la ley del censo. Vedlo cómo en señal de servidumbre, para pagar nuestras deudas con su servidumbre, se deja desde niño ligar con fajas, símbolo de las cuerdas con que un día había de ser atado por los verdugos, que le conducirían a la muerte. Dice San Zenón que el Señor permitió le fajaran porque venía a pagar las deudas del mundo. Vedlo cómo se somete y obedece en toda su vida a una humilde virgen y a un hombre. Vedlo más tarde, cual simple criado, en la pobre casa de Nazaret, obedeciendo a María y a José, preparando la madera para que éste la trabajara, recogiendo las virutas para el fuego, barriendo la casa, acarreando agua, abriendo y cerrando la carpintería; en suma, dice San Basilio, que, siendo María y José pobres y habiendo de vivir de su trabajo, Jesucristo, para ejercitar la obediencia y demostrarles el respeto y sumisión que como a superiores les profesaba, procuraba desempeñar todos los trabajos que humanamente podía ejercer. ¡Un Dios sirviendo! ¡Un Dios fatigándose! Esta sola reflexión debería abrasarnos y consumirnos de amor.

Cuando empezó nuestro Salvador la predicación, hízose siervo de todos, declarando que no había venido a ser servido, sino a servir. Como si dijera, comenta Cornelio Alápidé: «Me conduje y me conduzco como siervo de todos, a quienes quiero servir». Por eso dice San Bernardo que nuestro Señor Jesucristo al fin de su vida no se contentó con tomar simplemente la forma de siervo, sometándose a los demás, sino que quiso

parecer como ínfimo esclavo, para ser tratado como tal y pagar la pena de que éramos merecedores como esclavos del infierno por el pecado.

Ved finalmente, dice San Gregorio Niceno, que el Señor del universo, cual súbdito obediente, se somete a la injustísima sentencia de Pilatos y a las manos de los verdugos, que lo atormentan bárbaramente hasta llevarlo a crucificar. Brevemente lo expresó así San Pedro: *Ponía su causa en manos del que juzga justamente*, añadiendo que se sometió voluntariamente al castigo, cual si en justicia lo mereciera. Por eso, Dios nos amó tanto, que llegó, en obediencia de esclavo, hasta morir con muerte dolorosa e infame, cual es la cruz. Obedeció, no como Dios, sino como hombre, como esclavo, cuya apariencia y naturaleza había tomado.

Admira el mundo la gran caridad de San Paulino al hacerse esclavo para rescatar al hijo de una pobre viuda; pero ¿qué tiene que ver esta caridad con la de nuestro Redentor, que, siendo Dios, para rescatarnos de la esclavitud del demonio y de la muerte, que teníamos merecida, se hizo esclavo y permitió que lo atasen y lo clavarán en la cruz, donde por fin quiso morir en un mar de dolores y desprecios? «Para que el esclavo se trocara en señor, quiso el Señor trocarse en esclavo», dice San Agustín. «¡Oh admirable dignación de tu piedad con nosotros! ¡Oh inestimable predilección de caridad! Para redimir al esclavo, entregaste al Hijo». ¿Cómo vos, Dios de infinita majestad, os enamorasteis tanto de los hombres que, para redimir a estos rebeldes esclavos, condenasteis a muerte a vuestro Unigénito? Pero, Señor, exclama Job, *¿qué es un hombre para que en tanto le tengas— y para que pongas en él tu atención?* (Job. 7, 17) ¿Qué es el hombre, tan vil y tan ingrato, para que tanto lo engrandezcáis y

honréis con vuestro amor? Decid por qué lo amáis tanto, que se diría que vuestro corazón no tiene más preocupación que amarlo y hacerlo feliz.

II

Alegraos, pues, almas que amáis a Dios y en El esperáis, alegraos: si el pecado de Adán, y aun más, vuestros propios pecados os ocasionaron mucho daño, sabed que la redención de Jesucristo nos trajo mayor bien, como lo asegura el Apóstol: *Donde abundó el delito, sobrerrebosó la gracia* (Rm. 5, 21). Mayor ha sido el provecho, dice San León, que nos reportó la gracia del Redentor que el daño sufrido por obra del demonio. Ya Isaías había predicho que serían mayores las gracias que el hombre recibiría de Dios por medio de Jesucristo que las penas merecidas por sus pecados: *Que de mano de Yahveh ha alcanzado el doble por todos sus pecados* (Is. 49, 2). De este modo entiende también el texto el intérprete Adam Sasbouth, citado por Cornelo Alápide. Por eso dijo Nuestro Señor: *Yo vine para que tengan vida y anden sobrados*. Grande fue el pecado del hombre; pero mayor fue aún, dice el Apóstol, el don de la redención, la cual no fue sólo proporcionada al remedio, sino sobreabundante. Dice San Anselmo que el sacrificio de la vida de Jesucristo sobrepasó inmensamente todas las deudas de los pecados, razón por la que la santa Iglesia llama dichosa a la falta de Adán. Ciertamente que el pecado nos obscureció el espíritu con respecto al conocimiento de las verdades eternas e introdujo en nuestra alma la concupiscencia que nos lleva a desear los bienes sensibles y prohibidos por la ley de Dios; pero ¡cuántos auxilios y medios nos ha proporcionado Jesucristo con

sus merecimientos para adquirir las luces y fuerzas con que poder vencer a todos nuestros enemigos y adelantar en los caminos de la virtud! Los santos sacramentos, el sacrificio de la misa, las súplicas a Dios por los méritos de Jesucristo, ¡qué armas y medios tan poderosos son, no sólo para alcanzar victoria contra las tentaciones y concupiscencias, sino para correr y aun volar por las vías de la perfección! La verdad es que con estos mismos medios que se nos han dado a nosotros se santificaron todos los santos de la Nueva Ley y que nosotros tendremos la culpa si no nos aprovechamos de ellos.

¡Oh, cuántas gracias debemos dar a Dios por habernos hecho nacer después de la venida del Mesías! ¡Cuántos y cuán mayores bienes hemos recibido después de la redención obrada por Jesucristo! ¡Cuánto desearon Abrahán, los profetas y los patriarcas del Antiguo Testamento ver el nacimiento del Redentor, y, sin embargo, no lo vieron! Ensordecieron, por decirlo así, al cielo con suspiros y plegarias: *Gotead, cielos, desde arriba y destilen las nubes derecho. Envía, Señor, el cordero, al dominador de la tierra* (Is. 54, 8; 16, 1). Envía, Señor, el Cordero que se sacrifique a sí mismo y así satisfaga por nosotros a la divina justicia y reine en los corazones de los hombres, miserables esclavos del demonio. *Haznos gozar, Señor, de tu clemencia, y danos tu salud* (Sal. 84, 8). Derramad cuanto antes sobre nosotros, ¡oh Dios de bondad!, vuestra misericordia, la mayor que habéis prometido, es decir, al Salvador. Estos eran, pues, los suspiros de los santos, y, a pesar de ello, pasaron cuatro mil años sin que tuviesen la dicha de ver nacido al Mesías. Esta dicha nos estaba reservada a nosotros; y ¿qué es lo que hacemos? ¿Nos aprovechamos de ella? Amemos verdaderamente a este ama-

ble Redentor, ahora que le tenemos entre nosotros, que nos ha rescatado de las manos de nuestros enemigos, que nos ha librado con su muerte de la muerte eterna que habíamos merecido, nos ha abierto el paraíso, nos ha provisto de tantos sacramentos y tantas ayudas para servirlo y para amarlo con paz en esta vida y disfrutar de él en la venidera. Muy ingrata serías a tu Dios, alma mía, exclama San Ambrosio, si no le amases, después de haber querido El ser ligado con fajas para librarte del infierno, después de haberse hecho pobre para comunicarte sus riquezas, después de haberse hecho débil para hacerte fuerte contra tus enemigos, después de haber llorado y padecido para lavar con sus lágrimas tus pecados.

Pero, ¡oh Dios, cuán pocos son los que, agradecidos a tanto amor, han permanecido fieles en honrar a su Redentor! ¿Qué digo? La mayoría de los hombres, después de tan grandes beneficios, de tanta misericordia y de tanto amor, dicen a Dios: «Señor, no te queremos servir y estamos más contentos con ser esclavos del demonio y condenados al infierno que si fuéramos siervos tuyos». El mismo Señor reprocha tamaña ingratitud con estas palabras: *Rompiste tus ataduras y dijiste: «No serviré»*. ¿Qué dices, hermano mío? ¿Fuiste uno de tales? Y dime si viviste contento cuando estabas lejos de Dios y eras esclavo de Satanás, ¿Disfrutabas entonces de paz? Ciertamente que no, ya que la palabra divina no puede dejar de cumplirse: *En pago de no haber servido a Yahveh, tu Dios, con alegría y buen corazón, por la abundancia de todo, habrás de servir a tus enemigos, que Yahveh enviará contra ti, en hambre, sed, desnudez y penuria de todo* (Dt. 28, 47-48). Puesto que rehusaste servir a tu Dios por servir a tu enemigo, mira cómo te ha tratado el tirano que te hizo gemir esclavizado entre cadenas, em-

pobrecido, afligido y destituido de todo interior consuelo. Pero ánimate, dice tu Dios, ya que puedes librarte de estas cadenas mortíferas con que te ves encadenado. *Desata las ligaduras de tu cuello, cautiva hija de Sión.* Rompe en seguida, ya que aun es tiempo, rompe, alma mía, los lazos que te esclavizaron voluntariamente al infierno, y déjate atar con cadenas de oro, cadenas de amor, cadenas de paz, cadenas de salvación: *Y sus lazos, hilados de púrpura violeta.*

Pero ¿cómo se unirá el alma a Dios? Por medio del amor, que es vínculo de perfección: *Revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección* (Col. 3, 14). Mientras que el alma siga por las vías del temor de los castigos y sólo este temor le impida la caída en los pecados, siempre se hallará en peligro de recaída; mas, si se uniere a Dios por medio del amor, asegurará su perseverancia. Es preciso, pues, que pidamos siempre a Dios el don del santo amor, diciéndole: «Mantedme, Señor, siempre unido con vos; no permitáis que os vuelva a olvidar ni que abandone vuestro amor». Respecto al temor que hemos de abrigar, y que debemos pedir a Dios, es el temor filial, el temor de disgustar a este buen Señor y Padre nuestro.

Recurramos también a nuestra Madre, pidamos a María Santísima que nos obtenga la gracia de no amar más que a Dios y que nos una de tal manera con el amor de su Hijo, que jamás pueda el pecado separarnos de El.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús!, por amor mío y para librarme de las cadenas del infierno os hicisteis esclavo, y no sólo

de vuestro Padre, sino de los hombres y aun de los verdugos, hasta perder la vida, y yo, por un vil y envenenado placer, tantas veces rompí los lazos que me unían a vos, para hacerme esclavo del demonio. Maldigo mil veces los momentos en que, abusando tan mal de mi libertad, desprecié vuestra gracia, ¡oh Majestad infinita! Os suplico me perdonéis y me unáis a vos con las amables cadenas de amor con las que sujetáis a vuestras almas predilectas. Os amo, ¡oh Verbo encarnado!, os amo, sumo Bien. Mi único deseo es el de amaros y sólo temo verme privado de vuestro amor. No permitáis que me vuelva a separar de vos. Os ruego, Jesús mío, por todos los padecimientos de vuestra vida y muerte, que no permitáis me vuelva a separar de vos. ¡Ah, Dios mío!, si después de tantas gracias como he recibido de vos, después de haberme perdonado tantas veces, después de haberme iluminado con tantas luces y haberme con tanto afecto invitado a amaros, tuviera la desgracia de volveros las espaldas, ¿cómo podría esperar que me perdonaseis y no habría de temer que me precipitaseis justamente en aquel instante en el infierno? De nuevo os ruego no permitáis que me vuelva a separar de vos.

¡Oh María, refugio mío!, hasta ahora habéis sido mi feliz medianera, alcanzándome que Dios me perdonara con tanta misericordia. Continudad dispensándome vuestro amparo y alcanzadme una y mil muertes antes de que vuelva a perder la gracia de Dios.

39. EL VERBO ETERNO, DE INOCENTE SE HIZO REO

Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios (Is. 40, 4).

Antes de la venida del Redentor todo el linaje humano gemía en la mayor aflicción y desconsuelo; todos eran hijos de cólera y nadie había que pudiera aplacar al Señor, justamente irritado por sus pecados. Esto hacía exclamar entre lágrimas al profeta Isaías: *He aquí que tú te airaste, pues hemos pecado... Y no hubo nadie que despertara para aferrarse a ti* (Is. 64, 5). En efecto, Dios había sido ofendido por el hombre, quien, no siendo más que pobre criatura, no podía absolutamente satisfacer a la injuria hecha a una Majestad infinita. Preciso era que un Dios satisficiera a la divina Justicia; mas este otro Dios no existía, porque sólo hay uno; por otra parte, el ofendido no puede satisfacer a sí mismo por la ofensa recibida, de modo que fallaba toda esperanza de satisfacción para el género humano.

No obstante, consolaos, consolaos, ¡oh hombres!, dice el Señor por Isaías, porque el mismo Dios ha hallado medio de salvar al hombre, concordando entre sí a la Justicia y a la Misericordia: *La Justicia y la paz se besarán*. Y ¿cómo se llegará a esto? El mismo Hijo de Dios se hizo hombre, tomó la forma de pecador y, cargando con el peso de la satisfacción por los hombres mediante las penas de su vida y padecimientos de su muerte, satisfizo plenamente a la divina Justicia, quedando así satisfechas la Justicia y la Misericordia.

Para librar a los hombres de la muerte eterna, Jesucristo de inocente se hizo reo y quiso aparecer como

pecador. A tal estado lo redujo el amor que tenía a los hombres. Considerémoslo, pero antes pidamos a Jesús y a María para sacar el provecho necesario.

I

¿Qué era Jesucristo? Era, como responde San Pablo, *santo, inocente, incontaminado*, y, por decirlo mejor, era la misma santidad, la misma inocencia y la misma pureza, pues era verdadero Hijo de Dios, verdadero Dios como el Padre y tan querido del Padre como lo patentizó en las aguas del Jordán, afirmando que en Él cifraba sus complacencias. Y ¿qué hizo este querido Hijo para librar a los hombres del pecado y de la muerte por ellos merecida? *Se manifestó para quitar de en medio nuestros pecados* (1 Jn. 3, 5). Presentóse a su divino Padre y se ofreció a pagar por los hombres, y el Padre, como dice el Apóstol, lo envió a la tierra a revestirse de carne humana, para asemejarse al pecador: *Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado...* (Rm. 8, 3) Y añade después San Pablo: *Y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne* (Ibid. 4); y, como se explican San Juan Crisóstomo y Teodoreto; el Padre condenó al pecado a ser privado del reinado que había adquirido sobre los hombres, condenado a la muerte a su divino Hijo, que, aun cuando revestido de carne inficionada por el pecado, era, sin embargo, santo e inocente.

Dios, pues, para salvar a los hombres y para que quedase a la vez satisfecha su justicia, quiso condenar a su propio Hijo a vida trabajadora y muerte cruel. Pero ¿será cierto esto? No sólo es cierto, sino artículo de fe, como nos lo asegura San Pablo: *A su propio*

Hijo no perdonó, antes por nosotros todos lo entregó (Rm. 8, 32). Que es lo que nos declara el mismo Jesucristo: *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito* (Jn. 3, 16). Cuenta Celio Rodigino que un tal Deyótaro, padre de muchos hijos, mató bárbaramente a todos, menos a uno, a quien amaba de modo particular y a quien quería hacer heredero de todos sus bienes. Dios hizo lo contrario, permitió que mataran a su Hijo predilecto, a su unigénito, para que nosotros, viles y míseros gusanillos, alcanzáramos la salvación. *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito*. Consideremos estas palabras: *Así amó Dios al mundo*. ¿Cómo? Dignándose amar a los hombres, miserables, rebeldes e ingratos gusanillos, y amarlos hasta el extremo de darles su Unigénito, ya que, como expone San Juan Crisóstomo, la expresión *sic* denota la vehemencia del amor. Nos dio, pues, a su mismo divino Hijo, a quien ama como a sí mismo. «No nos dio un criado, ni un ángel, ni un arcángel, sino a su Hijo», añade el propio Doctor. *Entregó a su Hijo*; pero ¿cómo lo entregó? Humillado, pobre, despreciado, puesto en manos de sayones, para morir avergonzado en infame patíbulo. ¡Oh gracia, oh fuerza del amor de un Dios! — exclama al llegar a este punto San Bernardo—. Y ¿quién no se enternecería si supiese que un monarca, para libertar a un esclavo suyo, obligase a morir a su único hijo, a quien amaba con amor de padre y amaba como a sí mismo se pudiera amar? San Juan Crisóstomo llega a preguntarse: «Si Dios no lo hubiera hecho, ¿quién habría podido pensarlo ni esperarlo?»

Pero, Señor, ¿no parece algo a modo de injusticia condenar a muerte a vuestro inocente Hijo para salvar al esclavo que os ofendió? Según la razón humana,

dice Salviano, se tendría ciertamente por injusto el condenar a muerte a un hijo inocente para libertar a indignos esclavos de la muerte merecida por sus crímenes. Mas por parte de Dios no ha habido injusticia alguna, porque el mismo Hijo se ofreció al Padre para satisfacer por los hombres, como lo atestigua Isaías: *Fue maltratado, mas él se doblegó* (Is. 53, 7). He aquí, pues, a Jesús que se inmola voluntariamente por nosotros como víctima de amor; vedle semejante al corderillo en manos de quien lo esquila, continúa el profeta, dispuesto, si bien inocente, a sufrir por parte de los hombres toda suerte de desprecios y tormentos, sin desplegar los sabios: *Cual oveja ante sus esquiladores enmudecida, y no abre su boca*. Ved, finalmente, a nuestro amable Redentor que, para salvarnos, quiso padecer la muerte y las penas que habíamos merecido: *Nuestros sufrimientos él los ha llevado; nuestros dolores él los cargó sobre sí* (Is. 53, 4-7). San Gregorio Nacianceno dice que no rehusó padecer como culpado, con tal de que los hombres alcanzasen su salvación.

¿Quién hizo, ni podrá jamás hacer, otro tanto?, exclama San Bernardo. ¿Cuál fue la razón de este inmenso prodigio? ¿Un Dios morir por su criatura! Nada más que el amor que Dios tiene a los hombres. Al contemplar el Santo cómo nuestro amable Salvador fue preso por los soldados en el huerto de Getsemaní, como refiere San Juan: *Y le ataron*, le pregunta: ¿Qué tenéis vos que ver con las cuerdas? Señor mío, pregunta, yo os miro atado como reo por esta canalla, que os conduce injustamente a la muerte; pero ¿qué tienen que ver con vos las cuerdas y las cadenas? Estas estarán bien en los malhechores, pero no en vos, que sois inocente, Hijo de Dios, la misma inocencia,

la misma santidad. San Lorenzo Justiniano responde que Jesucristo fue conducido a la muerte no con los cordeles con que le ataron los soldados, sino por el amor que tenía a los hombres, por lo que exclama: «¡Oh caridad, cuán fuertes son tus lazos, que has podido atar a todo un Dios!» Y San Bernardo, considerando la injusta sentencia de Pilatos condenando a Jesús a la cruz, después de haberlo declarado inocente, prorrumpe en llanto, diciendo a éste: «¡Ah, Señor mío, oigo que el inicuo juez os condena a muerte de cruz! ¿Qué mal habéis cometido? ¿Qué delito para merecer muerte tan penosa e infame?» Y a continuación responde: «Ya comprendo, Jesús mío, el delito que cometisteis, que no es otro que el sobrado amor que tuvisteis a los hombres». Sí; este amor os condena a morir, y no ya Pilatos, ya que habéis querido morir para pagar la pena merecida por los hombres.

Al aproximarse el tiempo de la pasión de nuestro Redentor, rogaba al Padre se dignase glorificarlo, admitiendo el sacrificio de su vida: *Y ahora glorifícame tú, Padre* (Jn. 17, 5). Asombrado San Juan Crisóstomo, pregunta al oír tales palabras: «¿Qué decís, Señor?» Y ¿a esto llamáis gloria?». Una pasión y una muerte, acompañada de tantos dolores y desprecios, ¿se puede llamar gloria vuestra? Y le parece oír a Jesús, que responde: «Sí; es tanto el amor que profeso a los hombres, que hasta me hacen estimar como gloria propia padecer y morir por ellos».

II

Decid a los tímidos de corazón: ¡Esforzaos y no temáis! He aquí que vuestro Dios traerá venganza, expiación de Dios. El vendrá y os redimirá (Is. 35, 4).

Dejad, pues, de temer, nos dice el profeta; no desconfiéis, pobres pecadores. ¿Cómo temeréis no ser perdonados, si vino del cielo el Hijo de Dios para perdonar, si Él mismo hizo a Dios el sacrificio de su vida en compensación de la justa reparación debida por nuestros pecados? Si tú, con tus obras, no puedes aplacar a un Dios ofendido, aquí tienes quien lo aplaca, este Niño que ahora ves recostado en la paja, temblando de frío, gimiendo y con sus lágrimas aplacando al Padre. Ya no tienes motivo para estar triste, dice San León, por la sentencia de muerte dictada contra ti, pues te acaba de nacer la Vida. Este día tiene que consolar a los pecadores penitentes, expone San Agustín. Si no puedes tributar a la divina justicia debida satisfacción, aquí tienes a Jesús haciendo penitencia por ti; comenzó a hacerla en la gruta, la prosiguió durante toda su vida y la terminó en la cruz, en la que, según San Pablo, clavó el decreto de nuestra condenación, cancelándolo con su sangre. Y el mismo Apóstol añade que Jesucristo, al morir por nosotros, se hizo nuestra justicia, borrando nuestros pecados, añade San Bernardo. En efecto, al aceptar Dios por nosotros los sufrimientos y muerte de Jesucristo se obligó en justicia a perdonarnos. El inocente se hizo víctima por nuestros pecados, para que por sus méritos se nos concediese después, de justicia, el perdón. Que por eso David pedía a Dios se dignase salvarlo, no sólo por su misericordia, sino también por su justicia.

Dios siempre tuvo extremado deseo de salvar a los pecadores, y este deseo le hacía ir tras ellos gritando: *Recordad esto y afirmaos; parad mientras en ello, pecadores*. Pecadores, entrad en vosotros mismos, pensad en los beneficios de mí recibidos, en el amor que os he tenido, y no me ofendáis más. *Volveos a mí,*

dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros. ¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel? Arrepentíos, pues, y viviréis (Ez. 18, 31). Hijos míos, ¿por qué queréis perderos y condenaros a muerte eterna? Volved a mí y viviréis. Su infinita misericordia lo hizo bajar del cielo a la tierra para librarnos de la muerte. Pensemos en lo que dice San Pablo: Antes que Dios se hiciese hombre, conservaba su misericordia hacia nosotros; pero no podía tener compasión de nuestras miserias, porque la compasión implica pena, y Dios no es capaz de ella. Por eso dice el Apóstol que el Verbo eterno, para tener compasión de nosotros, quiso hacerse hombre pasible y semejante a los hombres, para que así no sólo pudiera salvarnos, sino también compadecernos. Pues no tenemos un pontífice incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien probado en todo a semejanza nuestra, excluido el pecado (Heb. 4, 15). Y en otro pasaje dice: Debíó en todo ser asemejado a sus hermanos, para ser compasivo y fiel pontífice en las cosas que miran a Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo (Heb. 2, 17).

¡Oh, y cuán grande es la compasión que tiene Jesucristo de los pobres pecadores! Ella le hace decir que Él es el pastor que va en busca de la ovejuela perdida y que, al encontrarla, lo celebra diciendo: *Dadme el parabien, porque hallé mi oveja perdida, y, en hallándola, pónesela sobre los hombros (Lc. 15, 5-6), y la estrecha, por temor de volverla a perder. Su compasión le hizo decir que era el padre amoroso que, cuando vuelve a sus pies algún hijo pródigo, no lo rechaza, sino que lo abraza, lo besa y casi desfallece por el gran consuelo y ternura que siente al ver su arrepentimiento. Ella le hizo exclamar: Mira que estoy a la puerta y doy aldabadas; es decir, que aun cuando nues-*

tra alma lo arroje de sí por el pecado, no la abandona, sino que a la puerta del corazón prosigue su llamada con nuevas inspiraciones. Ella le hizo decir a los discípulos que con indiscreto celo reclamaban venganza contra quienes no habían querido recibirlo: *No sabéis a qué espíritu pertenecéis* (Lc. 9, 55). ¿Conque veis la extremada compasión que tengo para con los pecadores, y aun me pedís venganza? Retiraos, porque vuestro espíritu no es conforme al mío. Esta compasión, finalmente, le hizo decir: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt. 2, 28). Y, realmente, ¡con cuánta ternura perdonó este amable Redentor a la Magdalena luego que reconoció sus faltas, haciéndola tan gran santa! ¡Con qué ternura perdonó al paralítico, dándole a la vez la salud del cuerpo! ¡Con qué ternura, especialmente, trató a la mujer adúltera! Presentáronle los sacerdotes a esta pecadora para que la condenase, pero Jesús se contentó con responder a la pecadora: *Tampoco yo te condeno*, como si hubiese querido decir: Nadie de cuantos te trajeron aquí te ha condenado, y ¿cómo te voy a condenar yo, que he venido a salvar a los pecadores? *Anda y desde ahora no peques más* (Jn. 8, 2).

¡Ah! No temamos a Jesucristo; temamos sólo nuestra obstinación, si, después de haberlo ofendido, no queremos escuchar su voz, que nos llama al perdón. *¿Quién será el que condene?*, dice el Apóstol. *Cristo Jesús, el que murió —o más bien el que resucitó—, es quien asimismo está a la diestra de Dios y quien además intercede por nosotros* (Rm. 8, 34). Si queremos permanecer obstinados, Jesucristo se verá obligado a condenarnos; pero, si nos arrepentimos del mal hecho, ¿qué habremos de temer de El? ¿Quién te ha de condenar? ¿Tal vez (dice San Pablo) el mismo Re-

dentor, que murió para no tener que condenarte? ¿El mismo que, para perdonarte a ti, no quiso perdonarse a sí? «Para redimir al siervo, no se perdonó a sí mismo», dice San Bernardo.

Vete, pues, pecador, vete al establo de Belén y agradece al Niño Jesús, que por ti tiembla de frío en la gruta y por ti gime y llora en la paja; agradece a este divino Redentor, que bajó del cielo para llamarte y salvarte. Si deseas conseguir perdón, mira que te está esperando en aquel pesebre para perdonarte. Vete allí y alcanzarás perdón, y luego no te olvides del amor que te manifestó Jesucristo: *No olvides los favores de quien te dio fianza*. No te olvides, dice el profeta, esta gracia que te ha hecho saliendo fiador de tus deudas para con Dios y cargando con el castigo que tenías merecido; no lo olvides y ámale. Y sábetelo que, si le amares, no serán parte los pecados para impedir que recibas de Dios las gracias más grandes y más especiales que reserva para las almas más predilectas: *Dios coordena su acción al bien de los que le aman* (Rm. 8, 28). *También los pecados*, añade la Glosa. Sí; hasta la memoria de los pecados cometidos sirve de provecho al pecador que los detesta y lamenta, porque contribuirá a tornarlo más humilde y más agradecido a Dios, al considerar que con tanto amor lo ha acogido: *Habrà en el cielo más gozo por un solo pecador penitente que no por noventa y nueve justos* (Lc. 15, 7).

Y ¿cuál será el pecador que alegra más al cielo que la buena conducta de tantos justos a la vez? El que, agradecido a la divina bondad, se entrega con todo fervor al amor divino, como lo hicieron un San Pablo, una Santa Magdalena, una Santa María Egipcíaca, un San Agustín, una Santa Margarita de Cortona. A esta Santa, que había sido muchos años insigne pecadora,

Dios le enseñó el puesto que le tenía reservado en el cielo, en medio de los serafines, y entre tanto la regalaba en vida con multitud de favores, por lo que, al verse tan favorecida, dijo cierto día al Señor: «Y ¿de dónde a mí tantas gracias? ¿Os olvidasteis ya de las ofensas que os he hecho?» Y Dios le respondió: «Y ¿no sabes, como ya te he dicho, que, cuando un alma se arrepiente de sus culpas, yo me olvido de todas las injurias recibidas?» Esto es lo que indicó por el profeta: *Si el impío se convierte de todos sus pecados..., ninguno de los pecados que cometió le será recordado* (Ez. 18, 21-22).

Concluyamos. Por tanto, los pecados cometidos no nos impiden ser santos. Dios nos ofrece al punto su poderoso auxilio, si lo deseamos y pedimos. ¿Qué falta, pues? Que nos entreguemos del todo a Dios y le consagremos, al menos, los días que nos restaren de vida. ¡Manos a la obra! ¿A qué esperar? Si no adelantamos, no es por culpa de Dios, sino por nuestra culpa. Cuidemos de que estas misericordias y amorosas llamadas no se nos truequen en remordimiento y desesperación en la hora de la muerte, cuando no haya tiempo de repararlo y llegue la noche: *Viene la noche, en que nadie puede trabajar* (Jn. 9, 4).

Encomendémonos a María Santísima, que se gloria, en sentir de San Germán, de trocar en santos a los más perdidos pecadores, alcanzándoles no sólo la gracia ordinaria, sino la de una eximia conversión. La razón de que pueda hacerlo, es que pide como Madre. Y ella misma nos anima, como la hace hablar la santa Iglesia. «Riquezas y gloria me acompañan... para repartir bienes a mis amigos». Venid a mí todos, porque en mí hallaréis toda esperanza de salvación y de salvación como santos.

Afectos y súplicas

¡Oh Redentor y Dios mío!, ¿quién soy yo para que tanto me hayáis amado y continuéis amándome? ¿Qué habéis recibido de mí, que a tanto amor os ha forzado, sino desprecios y disgustos, que habían de obligaros a abandonarme y arrojarme para siempre de vuestra presencia? Pero, Señor, acepto cualquier castigo, excepto éste, porque si vos me abandonáis y priváis de vuestra gracia, no podré volver amaros. No rehuyo el castigo, sino que quiero amaros, y amaros con todas mis fuerzas. Quiero amaros como está obligado un miserable pecador que, a cabo de favores tan especiales y tantas muestras de amor recibidas, os ha vuelto tantas veces, ingratamente, las espaldas y ha renunciado a vuestra gracia y vuestro amor. Perdonadme, amado Niño mío, que ya me arrepiento con todo mi corazón de cuantos disgustos os he dado. Pero sabed que no me contento con el simple perdón; quiero, además, la gracia de amaros siempre más y más; quiero compensar, en cuanto pueda, con mi amor la ingratitude con que os traté en lo pasado. El alma inocente os ama como inocente, agradeciándoos haberla preservado de la muerte del pecado. Yo he de amaros como pecador, es decir, antiguo rebelde, como tantas veces condenado al infierno, merecido por mis culpas, y como otras tantas agraciado por vos, puesto en estado de salvación y enriquecido con luces, auxilios e inspiraciones para mi satisfacción. ¡Oh Redentor y mil veces Redentor!, mi alma está prendada de vos y os ama. Demasiado me amasteis, y, vencido de vuestro amor, no he podido resistir ya a tanta fineza, rindiéndome por fin a depositar en vos todo mi amor. Os amo, pues, Bondad infinita; os amo, Dios amabilísimo.

Aumentad siempre y cada vez más en mí vuestras llamas y saetas. Por vuestra gloria, haced que os ame mucho corazón que tanto os ofendió.

¡Madre mía, María!, vos que sois la esperanza y el refugio de los pecadores, ayudad a un pecador que quiere agradar a Dios, ayudadme a amarlo, y amarlo mucho.

40. EL VERBO ETERNO, DE FUERTE SE HIZO DÉBIL

Decid a los tímidos de corazón: ¡Esforzaos y no temáis!... El vendrá y os redimirá (Is. 35, 4).

Predijo Isaías, hablando de la venida del Redentor: *¡Desierto y yermo alégrense, exulte de júbilo la estepa y florezca como el cólquico!* (Is. 31, 1). Hablaba el profeta de los paganos, entre quienes se contaban nuestros mayores, que vivían en la gentilidad, como en tierra desierta, sin hombres que conociesen y adorasen al verdadero Dios, y llena tan sólo de adoradores del demonio; tierra desierta y sin caminos, ya que estos desgraciados desconocían los de la salvación. Y predijo a continuación que esta tierra tan infeliz debía alegrarse con la venida del Mesías, al verse llena de adoradores del verdadero Dios, fortalecidos con su gracia contra todos los enemigos de su salvación y había de florecer como el cólquico en pureza de costumbres y en olor de santas virtudes. Por eso añade el profeta: *Decid a los tímidos de corazón: ¡Esforzaos y no temáis!... El vendrá y os redimirá* (Js. 35, 4). Esta predicción la tenemos ya cumplida hoy en día, por lo

que permitidme que yo exclame jubiloso: ¡Alegraos, alegraos, hijos de Adán!; no seáis pusilánimes; si os reconocéis débiles y flacos para resistir a tantos enemigos vuestros, desechad todo temor, porque Dios ha venido a salvaros, comunicándoos fuerzas bastante para combatir y vencer a todos los enemigos de vuestra salvación.

Y ¿cómo os facilitó nuestro Redentor esta fortaleza? Trocándose de fuerte y omnipotente en débil. Tomó sobre sí nuestra flaqueza, comunicándoos así su fortaleza. Veámoslo, pero antes pidamos luces a Jesús y a María.

I

Sólo Dios puede llamarse propiamente fuerte, ya que es la misma fortaleza, de quien todos los poderosos la reciben: *Mía es la fuerza; por mí reinan los reyes*. Dios, infinitamente poderoso, puede cuanto quiere con sólo quererlo: *¡Ah, Señor, Yahveh! Mira, tú has hecho el cielo y la tierra mediante tu gran poder y tu brazo extendido. ¡No existe cosa alguna demasiado difícil para ti!* (Jn. 32, 17) El, con una sola señal, creó los cielos y la tierra, y, si quisiera, con otra señal podría destruir toda la máquina del universo. Reconocemos que con un diluvio de fuego abrasó en un momento cinco ciudades enteras; que antes de este diluvio de fuego, con otro de agua inundó toda la tierra, muriendo todos los hombres, con excepción de sólo ocho personas; en suma, dice Isaías: *Y a la fuerza de tu brazo ¿quién resistirá?* (Sab. 2, 22)

De todo lo cual se deduce cuán grande sea la temeridad del pecador, que se rebela contra Dios y lleva su audacia hasta levantar la mano contra el Omnipotente.

Si viéramos a una hormiga atacar a un soldado, ¿qué pensaríamos de tal temeridad? Pues ¡cuánto más temerario es el hombre que desafía a su Creador, desprecia sus mandamientos, sus amenazas, su gracia, y se declara enemigo suyo! Y bien, a estos temerarios e ingratos vino a salvar el Hijo de Dios, haciéndose hombre y cargando con los castigos por ellos merecidos, para alcanzarles perdón. Y, al ver que el hombre, debido a las heridas causadas por el pecado, había quedado tan débil e impotente para resistir a las fuerzas del enemigo, ¿qué hizo? De fuerte y omnipotente que era, se hizo débil y cargó sobre sí las debilidades corporales del hombre, para alcanzarle, con sus méritos, la fortaleza de espíritu necesaria para superar los ataques de la carne y del infierno; y aquí lo tenemos hecho niño, obligado a sustentarse de leche y tan débil, que por sí mismo no puede alimentarse, ni siquiera moverse.

El Verbo eterno, al encarnarse, quiso esconder su fortaleza. Encontramos a Jesús, dice San Agustín, fuerte y enfermo: fuerte, porque sin trabajo lo ha creado todo, y enfermo, porque lo vemos semejante a cualquiera de nosotros. Pues bien, este fuerte quiso hacerse débil, dice el Santo, para reparar con su debilidad nuestras enfermedades y alcanzarnos así la salvación. Y por esto dice que se comparó a la gallina, hablando con Jerusalén: *¿Cuántas veces quise congregar a tus hijos de la manera que la gallina recoge a sus pollitos debajo de las alas, y no quisiste!* (Mt. 23, 37). La gallina enferma para criar a sus polluelos (nota San Agustín), y así se da a reconocer por madre; igual hizo nuestro amoroso Redentor, tornándose débil y participando de nuestras enfermedades, para que le reconociéramos como padre y como madre de nosotros, pobres enfermos.

He aquí al que rige al cielo, dice San Cirilo, envuelto en pañales y sin poder extender los brazos. Vedlo en el viaje que emprendió a Egipto por orden de su Eterno Padre; aún cuando quiere obedecer, no puede caminar, y necesita que María y José lo lleven en brazos. Y a la vuelta de Egipto, añade San Buena-ventura, necesita descansar a menudo por el camino, porque el niño ya era grandecito para llevarlo siempre en brazos, pero no lo bastante para que pudiese andar por sí mismo todo el camino.

Vedlo después, mayorcito, en el taller de Nazaret, afanado en el trabajo y sudando para ayudar a José en la carpintería. ¡Oh!, ¿quién contemplando atentamente a Jesús, jovenzuelo que se fatiga desbastando un tosco madero, no le diría: Pero qué, amable jovencito, ¿no sois vos el Dios que con una sola señal sacasteis los mundos de la nada? Y ¿cómo se explica que ahora tan presto os fatiguéis y sudéis al debastar este tosco leño, cuyo trabajo aun no habéis acabado? ¿Quién os redujo a tal debilidad? ¡Oh fe santa! ¡Oh divino amor! Semejante pensamiento, bien meditado, debiera no sólo inflamarnos, sino, por decirlo así, incendiarnos de amor! ¡Ved aquí adonde ha llegado todo un Dios! Y ¿para qué? Para hacerse amar de los hombres.

Vedlo, finalmente, en los postreros instantes de su vida, atado con cuerdas en el huerto, de las que no se puede librar; atado en el pretorio a la columna, para ser azotado; con la cruz auestas y sin fuerzas para llevarla, por lo que su caminar es un continuado caer; vedlo enclavado en la cruz, sin que se pueda librar de ella, y reducido a la agonía por su extrema debilidad, desfalleciendo y expirando.

II

Y ¿por qué se hizo tan débil Jesucristo? Para comunicarnos de esta manera, como arriba apuntamos, su fortaleza, y para vencer así y abatir las fuerzas del infierno. Dice David que es propio de Dios e inherente a su naturaleza la voluntad de salvarnos y de librarnos de la muerte. *Dios Salvador es Dios para nosotros, y es de Yahveh, el Señor, librar de muerte*; palabras que comenta así Belarmino: «Propio es esto de Dios; tal es su naturaleza; nuestro Dios es un Dios Salvador y a El corresponde librarnos de la muerte». Si somos débiles, confiemos en Jesucristo y lo podremos todo: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil. 4, 13), decía el Apóstol. Para todo siento fuerzas, mas no las mías propias, sino las que me alcanzó mi Redentor con sus merecimientos: *Tened buen ánimo, yo he vencido al mundo* (Jn. 16, 33). Hijos míos, nos dice Jesucristo, si no podéis resistir a vuestros enemigos, *yo he vencido al mundo*, y lo he vencido por vosotros; mi victoria se ha alcanzado para vuestro bien. A vosotros toca ahora aprovecharos de las armas que os dejo para defenderos, y con las que saldréis victoriosos. ¿Cuáles son estas armas que nos dejó Jesucristo? Dos, sobre todo: el uso de los sacramentos y la oración.

Todos saben que, mediante los sacramentos, y en especial los de la Penitencia y Eucaristía, se nos comunican las gracias que el Redentor nos mereció. La experiencia cotidiana enseña que cuantos reciben frecuentemente éstos perseveran constantes en la gracia de Dios. Quienes comulgan frecuentemente, ¡cuánta fuerza reciben para resistir a las tentaciones! La sagrada Eucaristía se llama *pan*, pan celestial, para que

comprendamos que, así como el pan material conserva la vida del cuerpo, así la comunión conserva la vida del alma, que es la divina gracia. Por eso el concilio de Trento llamó a la comunión remedio que nos libra de las culpas veniales y nos preserva de las mortales. Santo Tomás afirma, hablando de la Eucaristía, que sería incurable la llaga que nos queda del pecado si no se nos hubiese dado tan divino remedio; e Inocencio II afirma que la pasión de Jesucristo nos libra de las cadenas del pecado, y la sagrada comunión nos libra de la voluntad de pecar.

El segundo medio eficaz para vencer las tentaciones es la oración hecha a Dios por los méritos de Jesucristo: *Y cualquier cosa que pidieréis en mi nombre, eso haré* (Jn. 16, 23). Así, pues, todo cuanto pidamos a Dios en nombre de Jesucristo, es decir, por sus merecimientos, lo alcanzaremos. Todos los días vemos que cuantos en sus tentaciones recurren a Dios y le suplican por los méritos de Jesucristo, salen vencedores; y, por el contrario, cuantos en sus tentaciones, especialmente contra la pureza, no se encomiendan a Dios, caen miserablemente y se pierden. Para excusarse, alegan que son débiles y de carne. Pero ¿de qué les valdrá la excusa de su flaqueza, si se pueden hacer fuertes con sólo acudir a Jesucristo, invocando tan sólo confiadamente su santísimo nombre, cosa que rehusan hacer? ¿Qué excusa, repito, podría alegar quien se lamentase de haber sido vencido por el enemigo si, teniendo a su mano las armas para defenderse, las despreciara y rehusase? Si insistiere en no querer alegar su flaqueza, no habría nadie que le condenara, sino que todos le dirían: Pues si conocías tu debilidad, ¿por qué no quisiste servirte de las armas que se te ofrecían?

Dice San Agustín que el demonio fue encadenado por Jesucristo, y así puede ladrar, pero no morder, sino a aquel que se dejara morder. ¡Qué tonto es, exclama, el que se deja morder por el perro atado! Y en otro lugar dice que el Redentor nos procuró todos los remedios necesarios para curar; quien no quiere observar la ley, y muere de ello, muere por su culpa.

Quien se une a Jesucristo, de ninguna manera es débil, sino fuerte con su divina fortaleza, ya que nos exhorta, como dice San Agustín, no sólo a combatir, sino que nos da fuerzas para ello; si desfallecemos, nos alienta y con su bondad nos corona. Predijo Isaías que *Saltaará el cojo como un ciervo*; es decir, que quien por los méritos del Redentor no era capaz ni de dar un paso, llegaría a saltar las montañas cual ciervo veloz; *La tierra abrasada se trocará en estanque, y el país árido, en hontanar de aguas* (Is. 35, 7); las tierras más áridas serán fecundadas con abundantes aguas: *En lo que era morada de chacales, su cubil, habrá verde de cañas y juncos*; es decir, que el alma, primero morada de demonios, producirá el vigor de la caña, esto es, la humildad, porque el humilde, comenta el cardenal Hugo, está vacío a los propios ojos, y produciría los juncos, es decir, la caridad, porque los juncos, comenta el mismo autor, en algunas regiones se utilizan como mecha para arder en lámparas.

En una palabra, que en Jesucristo hallamos toda gracia, toda fuerza, todo socorro cuando a El acudimos: *En todo fuisteis enriquecidos en El, en toda palabra y en todo conocimiento..., hasta el punto de no quedaros vosotros atrás en ningún carisma* (1 Cor. 1, 5). Para este fin *se anonadó a sí mismo*; se redujo, en cierto sentido, a la nada —dice el P. Cornelio—, se despojó de su majestad, de su gloria y de su fortaleza,

tomando sobre sí la flaqueza y desprecios, para comunicarnos su fortaleza y su virtud y para ser nuestra luz, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención. *El cual (Cristo Jesús) fue hecho por Dios para nosotros sabiduría, como también justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1, 30), y está presto a dar fortaleza y ayuda a quien se la demandare.

Vio San Juan al Señor con el seno lleno de leche (es decir, de gracias) y ceñido con cinto de oro. Esto significa que Jesucristo está, en cierto sentido, como atado y obligado por el amor que tiene a los hombres; y así como la madre, que, sintiéndose pletórica de leche, va buscando al niño a quien alimentar y que la aligere el peso, así El anhela que vayamos a pedirle gracias y auxilios para vencer a nuestros enemigos, que andan sin cesar espiando la ocasión de robarnos su amistad y la eterna salvación.

¡Ah, cuán bueno y liberal es Dios para el alma que resuelta y verdaderamente le busca! Por lo que, si no nos santificamos, nuestra es la culpa por no resolvernos a entregarnos por completo a Dios: *Quiere, mas sin eficacia, el perezoso* (Pv. 13, 4). Los tibios quieren y no quieren, y de ahí que queden vencidos, por no estar enteramente resueltos a agradar tan sólo a Dios. La voluntad resuelta lo vence todo, porque, cuando el alma se resuelve a entregarse del todo a Dios, éste le alarga la mano y le da fuerza para superar todas las dificultades que se le ofrecen en el camino de la perfección. Tal fue la hermosa promesa que Isaías significó, con estas palabras: *¡Ojalá desgarrases el cielo y bajases, de suerte que las montañas se tambalearan ante ti!* (Is. 64, 1) *Todo valle se alzarán, toda montaña y colina se hundirá* (Is. 40, 4). Esto es: Cuando venga el Redentor, con la fortaleza que prestará a

las almas de buena voluntad, hallarán allanados los montes de todos los apetitos carnales, y enderezados los caminos torcidos, y suavizados los ásperos; esto es, los desprecios y los trabajos, que antes eran tan difíciles y ásperos a los hombres, se tornarán fáciles y suaves en virtud de la gracia de Jesucristo y del amor divino que les infundirá.

Por eso San Juan de Dios se regocijaba al verse apaleado como loco en un hospital; por eso Santa Liduvina se complacía al verse tantos años llagada y clavada en la cama; por eso San Lorenzo se hallaba contentísimo, hasta el extremo de burlarse del tirano cuando se hallaba en las parrillas ardiendo y dando la vida por Jesucristo; por eso tantas almas ardorosas y enamoradas de Dios encontraban la paz y el contento, no en los placeres y honores mundanos, sino en los dolores e ignominias.

Supliquemos, pues, a Jesucristo que nos dé el fuego que vino a prender en la tierra, y así no hallaremos la menor dificultad en despreciar los mentidos bienes del mundo ni en emprender las más grandes cosas por Dios. «Cuando se ama, no se sufre», decía San Agustín. No hay trabajo ni pena en el sufrir, ni en el orar, ni en el mortificarse, ni en el humillarse, ni en el alejarse de los placeres terrenos para el alma que sólo ama a Dios. Cuanto más hace o sufre, tanto más desea hacer y sufrir. Las llamas del amor divino son como las del infierno, que no dice: ¡Basta! Nada puede saciar el ardor del alma que ama a Dios.

Como en el infierno
el fuego es eterno,
así al alma amante
no hay ardor bastante.

Pidamos a María Santísima, por cuyas manos (como se lo reveló a Santa María Magdalena de Pazzi), se dispensa a las almas el amor divino, que nos alcance este precioso don. Ella es el tesoro de Dios y la tesorera de todas las gracias y especialmente del divino amor, como se expresa *el Idiota*.

Afectos y súplicas

¡Redentor y Dios mío!, perdido estaba, pero con vuestra sangre me rescatasteis del infierno;iqué miserablemente muchas veces, pero de nuevo me librateis de la muerte eterna: *Tuyo soy; socórreme* (Sal. 108, 94). Ya que ahora soy vuestro, como lo espero, no permitáis que vuelva a perderme, rebelándome contra vos. Resuelto estoy a sufrir la muerte y miles de muerte antes que verme de nuevo vuestro enemigo y esclavo del demonio. Pero vos conocéis mi debilidad y sabéis de mis traiciones, y por ello me habéis de dar fuerzas para resistir los asaltos que me dará el infierno. Comprendo que no faltaréis en socorrerme siempre que a vos recurra en mis tentaciones, pues dijisteis: *Pedid y recibiréis. Todo el que pide recibe*. Este, con todo, es mi temor: olvidarme de recurrir a vos en mis necesidades y así caer vencido miserablemente. Esta es, pues, la gracia que, sobre todo, os pido: dadme luces y fuerzas para acudir siempre a vos e invocaros siempre que sea tentado. Y ayudadme, además, para que siempre os pida esta gracia. Concedédmela por los méritos de vuestra sangre.

Y vos, ¡oh María, alcanzádmela, por el amor que a Jesucristo tenéis!

41. EL VERBO ETERNO, DE SUYO, SE HIZO NUESTRO

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado
(Js. 9, 6).

Dime, bárbaro Herodes, ¿por qué mandas matar y sacrificar por tu ambición de reinar, tantos niños inocentes? ¿Dime, por qué te turbas? ¿Dime qué es lo que temes? ¿Temes, quizás, que haya nacido el Mesías, que te vengán a arrebatarse tu reino? «¿Por qué te turbas? — exclama San Fulgencio—. El Rey que acaba de nacer no ha venido a subyugar a los reyes con las batallas, sino a subyugarlos con la muerte». «Vino — prosigue el Santo— no a pelear durante la vida, sino a triunfar del amor de los hombres cuando se sacrifique en la cruz, según El mismo afirmó: *Cuando fuere levantado de la tierra, a todos arrastraré hacia mí* (Jn. 12, 32).

Pero dejemos a un lado a Herodes, almas devotas, y ocupémonos de nosotros. ¿Para qué vino el Hijo de Dios a la tierra? Para darse a nosotros, como asegura Isaías: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado*. A esto le condujo el amor que nos tiene este amante Señor y el deseo que tiene de que le amemos. De *suyo*, se hizo *nuestro*. Veámoslo, pero antes pidamos luces al Santísimo Sacramento y a la Madre de Dios.

I

El mayor privilegio de Dios, o por mejor decir, toda su esencia, es el ser *suyo*, esto es, existir por sí mismo y no depender de nadie. Todas las criaturas, por grandes y excelentes que sean, en último resultado, vienen a ser nada, porque cuanto tienen, tiénelo de Dios,

que las creó y las conserva, de tal modo que, si Dios dejara un momento de conservarlas, dejarían al punto de existir y volverían a la nada. Dios, por el contrario, como existe por sí mismo, no puede dejar de existir, ni puede haber quien lo destruya o disminuya su grandeza, su poder, su felicidad. Dice San Pablo que el Eterno Padre entregó a su Hijo por nosotros. Y que el Hijo mismo se entregó por nosotros. Por lo tanto, Dios al darse a nosotros, ¿se habrá hecho nuestro? Sí — responde San Bernardo—; «el que era para sí ha nacido para hacerse nuestro». El Dios a quien nadie podía dominar, fue dominado, por decirlo así, por el amor, que lo venció y triunfó de El. *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito* (Jn. 3, 16); y el mismo Hijo de Dios, por amor a los hombres, quiso entregárseles para ser amado por ellos.

De muchas maneras había Dios procurado cautivarse los corazones de los hombres, ya con beneficios, ya con amenazas, ya con promesas, sin llegar al éxito deseado. Su infinito amor, dice San Agustín, halló medio de que le amásemos, dándonos por completo en la encarnación del Verbo. Hubiera podido enviar a un ángel, a un serafín para rescatar al hombre; pero, como en este caso el hombre habría de dividir su corazón entre el Creador y el Redentor, Dios, que quería todo el corazón y todo el amor del hombre, quiso dársenos como Creador y como Redentor, dice un piadoso expositor.

Y ahí lo tenemos, bajado del cielo, sobre la paja, trocado en niño, nacido por nosotros y dado completamente a nosotros. Que es lo que quiso precisamente indicar el ángel cuando dijo a los pastores: *Os ha nacido hoy... un Salvador* (Lc. 2, 2); como si dijese: Andad, hombres, a la gruta de Belén a adorar allí a

aquel niño que hallaréis reclinado en la paja de un pesebre, gimiendo y temblando de frío; sabed que es vuestro Dios, que no quiso enviar a nadie a salvaros, sino que quiso venir El mismo para atraerse de este modo vuestro amor.

Sí, para esto vino a la tierra el Verbo eterno, a conversar con los hombres para hacerse amar de ellos. ¡Qué honrado y venturoso se reputa el vasallo que escucha una palabra de confianza de su rey y recoge una sonrisa o una flor! Y ¡cuánto más si el rey lo distinguiese con su amistad, si lo sentara a diario a su mesa, si lo honrase con habitar en su propio palacio y quisiera tenerlo siempre cerca de sí!

¡Ah, Soberano Rey mío, queridísimo Jesús! Vos, que no podíais antes de la redención llevar al cielo a los hombres, pues les estaba cerrado por el pecado, bajasteis a la tierra a conversar con ellos y les llamasteis hermanos, dándoos a ellos por el amor que les tenéis. Sí — dice San Agustín—, este amorsísimo y misericordiosísimo Dios, por el amor que tenía al hombre, no sólo quiso darle sus bienes, sino también a si mismo.

Por lo tanto, es tal el afecto que este sumo Señor abriga hacia nosotros, miserables gusanillos, que sólo se satisface con dársenos por completo, naciendo por nosotros, viviendo por nosotros y hasta dando por nosotros sangre y vida, para aparejarnos un baño saludable y lavarnos de todos nuestros pecados. Pero, Señor — exclama el abad Guerric—, parece una inútil prodigalidad la que de vos mismo hacéis, por el gran deseo que tenéis de ser amado de los hombres. Y ¿cómo no? — añade—. ¿Cómo no ha de llamarse prodigo de sí mismo un Dios que, para recuperar al hombre, que había perdido, no sólo da cuanto posee, sino que se da a sí mismo?

Dice San Agustín que Dios, para cautivar el amor de los hombres, disparó muchas saetas de amor a su corazón. ¿Que cuáles son estas saetas? Cuantas criaturas vemos, por que todas las crió Dios por el hombre, para que éste le amase; por lo que concluye el mismo Santo: «El cielo, la tierra y todas las cosas me dicen que te ame». Hacíasele al Santo que el sol, la luna, las estrellas, los montes, las campiñas, los mares y los ríos le hablaban y le decían: Agustín, ama a Dios, que nos creó por ti, para que le amases. Santa Margarita Magdalena de Pazzi, cuando tenía en mano una escogida fruta o una hermosa flor, decía que la fruta aquella o aquella flor eran saetas disparadas al corazón, que la herían de amor hacia Dios, pues recordaba que Dios, desde toda la eternidad, había creado la flor o la fruta pensando en testimoniarle el divino afecto, para alcanzar el suyo. Santa Teresa decía, igualmente, que la beldad de las criaturas que contemplamos, playas, arroyuelos, flores, frutos, avecicas, todas nos reprochan nuestra ingratitud hacia Dios, pues todas son indicios del amor que nos profesa. Cuéntase también de cierto devoto solitario que, al atravesar los campos y toparse con florecicas o arbustillos, le parecía que le reprochaban su ingratitud hacia Dios, por lo que las sacudía suavemente con su bastoncillo, exclamando: Callad, callad, que ya os oigo; me echáis en cara mi ingratitud; me decís que os crió tan hermosas por mi amor y que no le amo; callad, que ya os oigo; basta, basta. Y así caminaba desahogando los afectos que le abrasaban el corazón al contemplar tan hermosas criaturas.

Sí; todas estas criaturas son saetas de amor al corazón del hombre, mas no se satisfizo Dios con estas saetas, que no juzgaba suficientes para conquistar nuestro

afecto: *Hizo de mí flecha aguzada; en su aljaba me escondió* (Is. 49, 2). Dice el cardenal Hugo, sobre este paso, que así como el cazador se reserva la mejor flecha para rematar a la fiera herida, así Dios, entre todos sus dones, tuvo reservado a Jesucristo hasta que llegó la plenitud de los tiempos, en que lo envió como para herir con el postrer golpe de amor los corazones de los hombres. Jesús fue, por lo tanto, la flecha elegida y reservada, a cuyo golpe ya predijo David que habían de caer vencidos los pueblos enteros. ¡Oh, y cuántos corazones, heridos del divino amor, arden ante la gruta de Belén! ¡Cuántos a los pies de la cruz en el Calvario! ¡Cuántos ante el Sacramento de los altares!

Observa San Pedro Crisólogo que nuestro Redentor, para hacerse amar de los hombres, quiso tomar varias formas. Y, en efecto, pues aquel Dios, que es inmutable, se dignó aparecer como niño en un establo, como joven en un taller, como reo en un patíbulo o como pan en el altar. Plúgole a Jesús mostrársenos en tan variadas formas, siempre para expresarnos el amor que nos tenía. ¡Ah, Señor mío!, decidme: ¿hay algo más que inventar para haceros amar? Id, ¡oh almas redimidas! — exclamaba el profeta Isaías —, id por todo el mundo publicando las amorosas invenciones de este Dios amante, por El pensadas y ejecutadas para hacerse amar de los hombres, cuando, después de haberles dado tantos dones suyos, quiso dárselos a sí mismo, y dárselos de tantas maneras. «Si estás enfermo y quieres curar — dice San Ambrosio —, Jesús es el médico que te sana con su sangre; si estás aquejado de las llamas impuras de mundanos afectos, aquí tienes la fuente que con sus refrigerantes aguas te consuela; si, en suma, no quieres morir, El es la vida, y si quieres el cielo, El es el camino».

Y no sólo se dio Jesucristo a los hombres en general, sino que se dio también a cada uno en particular; que es lo que hacían decir a San Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Gal. 2, 20). Dice San Juan Crisóstomo que Dios ama a cada uno de nosotros como ama al género humano. Si, pues, en el mundo, hermano mío, sólo existieras tú, sólo por ti hubiera venido el Redentor y hubiera por ti derramado sangre y vida. Y ¿quién pudiera explicar, ni aun comprender, dice San Lorenzo Justiniano, el amor que este Dios enamorado tiene a cada uno de nosotros? Esta consideración provocaba la otra de San Bernardo hablando de Jesucristo: «Se me dio completamente, todo para mi utilidad». Y provocaba la otra consideración de San Juan Crisóstomo: «Se nos dio del todo, sin quedar con nada». Nos dio sangre, vida y a sí mismo en el Sacramento del altar, sin que le quedara ya nada que darnos. En efecto, dice Santo Tomás, después de habérsenos dado Dios mismo, ¿qué más le resta que darnos? Así es: después de la obra de la redención, Dios agotó sus dones y ya no puede hacer más para patentizarnos su amor.

II

Todos, por lo tanto, debiéramos exclamar con San Bernardo: Soy de Dios y a Dios me debo entregar, por haberme creado y dado el ser; pero, después de haberme entregado a El, ¿qué le habré de dar en justa correspondencia por haberseme dado a sí? No nos turbemos; basta con que entreguemos a Dios nuestro amor, que es lo que El desea. Los reyes de la tierra se glorían de poseer muchos reinos y riquezas; Jesucristo se satisface con el reinado de nuestro corazón, prin-

cipado que conquistó con su muerte en la cruz. Con las palabras «Sobre cuyo hombro está el principado» entienden muchos expositores sagrados, con San Basilio, San Agustín, San Cirilo y otros, la cruz que nuestro Redentor llevó sobre sus espaldas. Este Rey celestial — dice Cornelio Alápidé — es un Señor muy distinto del demonio; el demonio sobrecarga las espaldas de sus súbditos; Jesucristo, por el contrario, carga sobre sí el peso de su principado, abrazándose con la cruz, en la que quiere morir para reinar desde ella en nuestros corazones. Añade Tertuliano que, así como los reyes terrenos llevan cetro y corona como distintivo de poder, Jesucristo llevó la cruz, trono donde subió para fundar el reinado de su amor.

Orígenes, hablando sobre el particular, dice: Si Jesucristo se dio por completo a cada hombre, ¿qué mucho hará el hombre en darse por entero a Jesucristo? Demos, pues, de buena voluntad nuestro corazón y nuestro amor a este Dios que para conquistarlo tuvo que dar su vida, su sangre y a sí mismo. *¡Si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice! «Dame de beber»* (Jn. 4, 10) *¡Si conociese el alma la gracia que recibe de Dios y quién es el que le pide de beber!* *¡Si el alma comprendiera la gracia que Dios le dispensa suplicándole que le ame: Amarás al Señor tu Dios!* (Mt. 22, 37) Si un vasallo oyera al príncipe suplicarle que le amase, sola esta súplica bastaría para cautivar su corazón. Y ¿no nos cautivará un Dios que nos pide el corazón con estas palabras: *Dame, hijo mío, tu corazón?*

Pero Dios no quiere que le demos a medias el corazón, sino que lo quiere todo y por completo: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*; de lo contrario, no queda satisfecho. Para este fin nos dio su sangre,

toda su vida y a sí mismo por completo, para que por completo nos demos a El y seamos suyos enteramente. Pues bien, sepamos que entonces daremos a Dios por completo el corazón cuando le demos toda nuestra voluntad, no queriendo en adelante sino lo que Dios quiera, que no será más que nuestro bien y nuestra felicidad: *Pues, ya sea que vivamos, para el Señor vivimos; ya sea que muramos, para el Señor morimos. Tanto, pues, si vivimos como si morimos, del Señor somos. Pues para esto Cristo murió y retornó a la vida, para que así de los muertos como de los vivos tenga señorío* (Rm. 14, 8-9). Jesús quiso morir por nosotros; no pudo hacer más para conquistarse nuestro amor y para ser el dueño único de nuestro corazón, por lo que de hoy en adelante habemos de hacer saber al cielo y a la tierra, en la vida y en la muerte, que ya no nos pertenecemos, sino que somos tan sólo y únicamente de Dios.

¡Ah, cuánto desea Dios ver y cuánto ama el corazón que es todo suyo! ¡Qué amorosas finezas dispensa Dios y qué bienes, delicia y gloria en el paraíso al alma que es toda suya!

El venerable P. Juan Leonardo de Sétera, dominico, vio cierto día a Jesucristo que andaba, a guisa de cazador, por los bosques terrenos con un dardo en mano; preguntole el siervo de Dios qué es lo que hacía, y Jesús le respondió que andaba a caza de corazones. ¡Quién sabe, pienso yo, si el Niño Jesús en esta novena no conseguirá herir y cautivar algún corazón tras del que haya andado a caza, sin haberlo hasta ahora podido herir ni conquistar!

Almas devotas, si Jesús se adueña de nosotros, nosotros, a nuestra vez, habremos conquistado a Jesús, y el cambio nos será ventajoso. Teresa —dijo un día

el Señor a esta Santa—, hasta ahora no has sido toda mía; pero ahora que lo eres, sábetete que yo soy todo tuyo. San Agustín llama al amor *lazo* que une al amante con el amado. Dios está anheloso de ligarse y unirse a nosotros, pero para ello se necesita que nosotros nos unamos a Dios. Si queremos que Dios se entregue por completo a nosotros, es necesario que también nosotros nos entreguemos del todo a él.

Afectos y súplicas

¡Cuán feliz sería si en adelante pudiera siempre decir con la Esposa de los Cantares: *Mi amado es mío y suya yo*. Mi Dios, mi amado, se me ha entregado por completo; razón es que yo me entregue del todo a mi Dios y diga siempre: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada... Roca y parcela mía Dios por siempre* (Sal. 72). ¡Querido Niño mío, mi querido Redentor!, ya que bajasteis del cielo para daros todo a mí, ¿qué habría yo de desear en el cielo ni en la tierra fuera de vos, que sois el sumo bien, el único tesoro, el paraíso de las almas? Sed, pues, el único dueño de mi corazón y poseedlo por completo. Que sólo a vos obedezca mi corazón y no procure agradar más que a vos. Que sólo os ame mi alma y sólo seáis mi patrimonio. Procuren otros los bienes y fortunas de este mundo y en ellos se gocen, si es que hay gozo fuera de vos, que yo sólo os quiero a vos como fortuna mía, mi riqueza, mi paz, mi esperanza en esta vida y en la eternidad. Aquí tenéis mi corazón; os lo doy sin reserva, y desde ahora ya no es mío, sino vuestro. Así como al entrar en el mundo ofreciste al Eterno Padre y le diste toda vuestra voluntad, como nos hiciste saber por David: *Del*

libro en el rollo se halla de mí escrito. Hacer tu querer me es grato, Dios mío, y llevo en la entraña metida tu ley (Sal. 39, 8-9), así hoy os ofrezco, Salvador mío, toda mi voluntad. Cierto que un tiempo fui rebelde y os ofendí con ella; pero ahora me arrepiento con todo el corazón de las maldades consentidas, con las que perdí miserablemente vuestra amistad, y os consagro completamente mi voluntad. *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* (Act. 9, 6) Decidme qué queréis de mí, que estoy presto a ejecutarlo. Disponed de mí y de mis cosas como os plazca, que todo lo acepto resignadamente. Comprendo que siempre deseáis mi mayor bien, por lo que en vuestras divinas manos deposito mi alma: *En tus manos mi espíritu encomiendo* (Sal. 30, 6). Ayudadla por piedad, conservadla y haced que sea siempre vuestra, puesto que la libraste, Señor, Dios de verdad.

¡Dichosa vos, Virgen santísima, que fuisteis toda y siempre toda de Dios! *Eres toda hermosa, amada mía, y no existe defecto en ti.* Entre todas las almas fuisteis llamada por vuestro esposo su paloma y su perfecta, el huerto cerrado a todo defecto y toda culpa y cuajado de flores y de frutos de virtud. ¡Ah, Reina y Madre mía!, ya que tan bella sois a los ojos de vuestro Dios, compadeceos de mi alma, tan afeada por sus pecados. Mas, si en lo pasado no me he entregado del todo a Dios, así lo quiero hacer en lo venidero. Quiero emplear la vida que me restare en amar a mi Redentor, que tanto me ha amado, hasta entregarse del todo a mí Alcanzadme, esperanza mía, fortaleza para serle grato y fiel hasta la muerte. Amén. Así lo espero, así sea.

42. EL VERBO ETERNO, DE FELIZ, SE HIZO ATRIBULADO

Tus ojos a tu maestro verán (Js. 30, 20).

Dice San Juan que *todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de los bienes terrenos*. Eso son los tres malvados amores de que fue dominado el hombre después del pecado de Adán: amor de los placeres, amor de las riquezas y amor de los honores, de los que surgió la soberbia humana. El Verbo divino, para enseñarnos con su ejemplo la mortificación de los sentidos, que vence al amor de los placeres, *de feliz se hizo atribulado*. Para enseñarnos el desprendimiento de los bienes terrenos, de rico se hizo pobre. Y, finalmente, para enseñarnos la humildad, opuesta al amor de los honores, de sublime se hizo humilde. De estos tres puntos hablaremos en estos tres días de la novena. Hablemos hoy del primero.

Vino nuestro Redentor a enseñarnos, más con el ejemplo de su vida que con la doctrina que predicó, el amor a la mortificación de los sentidos; por esto, *de feliz* que era y es, se hizo *atribulado*. Considerémoslo y pidamos a Jesús y a María nos iluminen.

I

Hablando el Apóstol de la beatitud divina, llama a Dios el bienaventurado y único soberano, y con razón, porque toda la ventura que podemos disfrutar no es más que una mínima partecica de la felicidad infinita de Dios. En esta infinita felicidad hallarán la propia los bienaventurados del cielo al entrar en el mar

inmenso de la divina felicidad. Este es el paraíso que el Señor da al alma cuando entra en posesión del reino eterno.

Cuando Dios creó al hombre, no le puso en la tierra para padecer, sino que *lo puso en el vergel de Edén*, para que de ese lugar de delicias pasase al cielo a gozar eternamente de la gloria de los bienaventurados; pero el hombre, infeliz, se hizo indigno del paraíso terrestre con su pecado y se cerró las puertas del cielo, condenándose voluntariamente a muerte e infelicidad eternas. Y ¿qué hizo el Hijo de Dios para librar al hombre de tanta ruina? De bienaventurado y felicísimo que era, quiso tornarse afligido y atribulado.

Podía nuestro Redentor habernos rescatado de manos de los enemigos sin sujetarse a padecimientos; podía bajar a la tierra y disfrutar de su felicidad viviendo vida dichosa aun en la tierra, rodeado de los honores que le eran debidos como Rey y Señor universal. Para redimirnos sólo hubiese bastado que hubiera ofrecido a Dios una sola gota de su sangre o sola una lágrima, capaz de redimir, no sólo uno, sino mil mundos. «Cualquier sufrimiento de Cristo— dice el Angélico— hubiera bastado para la redención, en calidad de la infinita dignidad de la persona»; mas no: *En vez del gozo que se ponía delante, sobrellevó la cruz* (Heb. 12, 2). Quiso renunciar a todos los honores y placeres y eligió en la tierra una vida llena de trabajos e ignominias.

Cierto, exclama San Juan Crisóstomo, que cualquier obra del Verbo encarnado bastaba para redimir al hombre, pero no bastaba al amor que nos tenía. Y como quien ama desea ser amado, Jesucristo, para hacerse amar de los hombres, quiso padecer mucho y escoger vida trabajosa, para así obligarnos a amarle.

Reveló el Señor a Santa Margarita de Cortona que en su vida no experimentó ni el más mínimo consuelo sensible. *Grande como el mar es tu quebranto* (Lam. 2, 13). La vida de Jesús fue amarga como el mar, tan amargo y salado, que no hay en él gota dulce, por lo que Isaías llamó con razón a Jesucristo *Varón de dolores* (Is. 53, 3), como si en la tierra sólo fuera capaz de sufrir. Dice Santo Tomás que el Redentor no tomó sobre sí dolores poco intensos, sino que cargó con lo sumo del dolor; es decir, que quiso ser el hombre más afligido que haya nunca existido ni pueda existir sobre la tierra.

Sí, porque este hombre nació expresamente para sufrir, y por ello tomó un cuerpo aptísimo para los padecimientos. Desde el punto en que se encerró en el seno de María, como enseña el Apóstol, dijo a su Eterno Padre: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito* (Heb. 10, 5). Rehusasteis, Padre mío, los sacrificios de los hombres, pues no bastaban a satisfacer a vuestra divina justicia por las ofensas que os hicieron, y me disteis un cuerpo cual os había pedido, delicado, sensible y dispuestísimo para el sufrimiento; lo acepto voluntariamente y os lo ofrezco, para que, sufriendo todos los dolores durante mi vida y los que finalmente sufra en la cruz, pueda aplacar así a vuestra divina justicia y atraerme el amor de los hombres.

Y he aquí que, no bien entrado en el mundo, da comienzo a su sacrificio y empieza a padecer, pero de modo distinto del que padecen los demás hombres. Los niños no sufren en el seno de sus madres, porque se hallan en su lugar natural; y si algo padecieran, no se dan cuenta de ello, por carecer del uso de razón; pero el Niño Jesús padeció durante nueve meses la

obscuridad de aquella cárcel, la pena de no poder moverse, dándose cuenta de cuanto padecía. Por eso dijo Jeremías: *La mujer rodeará al varón* (Jr. 31, 22), prediciendo que María había de llevar en sus entrañas no ya a un niño, sino a un hombre; niño, sí, en cuanto a la edad, pero hombre perfecto en cuanto al uso de la razón, porque Jesucristo, desde el primer momento de su vida, estuvo colmado de toda sabiduría: *En el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos* (Col. 2, 3). De ahí que San Bernardo dijese que Jesús, aun no nacido, era ya hombre, no por su edad, sino por su sabiduría, y San Agustín añadía que era inefablemente sabio y sabiamente niño.

Sale, por fin, del claustro materno, pero ¿para qué? ¿Para disfrutar? No, sino para padecer más aún, pues escogió para ello el corazón del invierno, una gruta que servía de pesebre a los animales y en medio de la noche; y nació con tanta pobreza, que no tuvo fuego para calentarse ni pañales que lo resguardasen del frío. ¡Gran cátedra es el pesebre!, exclama Santo Tomás de Villanueva. ¡Y cuán bien nos enseñó Jesucristo el amor a los padecimientos en la gruta de Belén! «En el pesebre —añade Salmerón— todo aflige a la vista, todo es ingrato al oído, todo molesto al olfato, todo áspero y duro al tacto. Todo aflige en el pesebre; todo apenas a la vista, pues no se ven más que piedras toscas y renegridas; todo apenas al oído, pues sólo se perciben gruñidos de animales; todo apenas el olfato, por el hedor del estiércol, y todo apenas al tacto, porque la cuna no es más que un reducido pesebre y por cama no hay sino pajas. Ved al Dios niño fajado y sin poderse mover. «Lo sufre —dice San Zenón— por haber venido a pagar las deudas del mundo». A lo que añade San Agustín: «¡Felices pañales, por medio de los cuales

se nos purifican las manchas de los pecados!» Vedlo temblar de frío y gemir, para darnos a entender sus dolores; vedlo cómo presenta al Padre aquellas sus primeras lágrimas para librarnos del merecido llanto eterno. Santo Tomás de Villanueva llamaba felices lágrimas aquellas con que se borraron nuestras iniquidades. ¡Felices lágrimas que nos alcanzaron el perdón de nuestras iniquidades!

La vida de Jesús continuó así afligida y atribulada. No bien nacido, se vio forzado a huir desterrado y fugitivo a Egipto para librarse de las manos de Herodes. En aquel país bárbaro pasó varios años de su infancia, pobre y desconocido. Y por el estilo fue luego la vida que, de retorno de Egipto, vivió en Nazaret, hasta morir a manos de verdugos en una cruz en medio de un mar de dolores y de escarnios.

Es preciso comprender, además, que los dolores que padeció Jesucristo en su pasión, la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión, la agonía, la muerte y todo el resto de penas e injurias que padeció, todas las padeció desde el principio de su vida, porque ya desde entonces tuvo presente ante los ojos la escena funesta de todos los tormentos que había de sufrir al terminar su mortal carrera, como lo había predicho por David: *Y mi dolor está siempre ante mí*. A los pobres enfermos se les esconde el hierro o el fuego con los que es preciso atormentarlos para alcanzar su curación, pero Jesucristo no quiso se le escondiera los instrumentos de su pasión que le habían de acabar la vida para alcanzarnos la vida eterna, sino que quiso tener siempre ante la vista los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, que debían sacarle toda la sangre de las venas, hasta hacerle expirar abandonado de todo consuelo, a puros sufrimientos.

A sor Magdalena Orsini, que padecía durante mucho tiempo una grave tribulación, se le apareció cierto día Jesús crucificado para animarla con la memoria de su pasión, exhortándola a sobrellevar pacientemente sus cruces. La sierva de Dios le dijo: «Pero vos, Señor, sólo estuvisteis tres horas en la cruz, en tanto que yo llevo ya varios años con este sufrimiento». «¡Ah ignorante — le respondió el Crucificado—, yo desde el punto en que me hallé en el seno de María sufrí cuanto después había de sufrir en el decurso de mi vida!» «Cristo —dice Novarino— llevó impresa la cruz en el seno de su Madre, hasta el extremo de que no bien nacido, llevara sobre sus hombros su principado». Por lo tanto, Redentor mío, exclama Drogón de Ostia, no te hallaré en toda la vida en más lugar que en la cruz. Sí, porque la cruz en que murió Jesucristo siempre la tuvo ante la mente para atormentarlo. Aun durmiendo, dice Belarmino, el Corazón de Jesús tenía siempre ante la vista la cruz.

Pero lo que llenó de amargura la vida de nuestro Redentor no fueron tanto los dolores de su pasión cuanto el ofrecerse ante sus ojos los pecados que después de su muerte habían de cometer los hombres. Estos fueron los crueles verdugos que le hicieron vivir en continuada agonía, siempre oprimido por tristeza tan terrible, que habría bastado para acabar en cada momento con su vida, de puro dolor. Escribe el P. Lesio que la sola vista de las ingratitudes de los hombres hubiera bastado para hacer morir mil veces de dolor a Jesucristo. Los azotes, la cruz, la muerte, no fueron ya para El objetos odiosos, sino queridos y deseados. El mismo se ofreció voluntariamente a sufrir. Nos entregó la vida contra su voluntad, sino por su propia iniciativa, como nos lo da a entender por San Juan:

Doy mi vida por las ovejas (Lc. 22, 15). Más aún: éste fue su mayor deseo en toda su vida, el de que llegara pronto el tiempo de su pasión para ver acabada la obra de la redención de los hombres, que por eso dijo en la noche que precedió a su muerte: *Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros*. Y antes de que llegara este tiempo, se diría que se consolaba repitiendo: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla!* (Lc. 12, 50) Debo ser bautizado con el bautismo de mi misma sangre, no ya para lavar mi alma, sino la de mis ovejuelas, de las lacras de sus pecados; y ¡cuán ansioso estoy de que llegue pronto la hora de verme agotado de sangre y muerto en cruz! Dice San Ambrosio que lo que más afligía al Redentor era no tanto la muerte cuanto la dilación de nuestro rescate.

San Zenón, en un sermón que compuso sobre la pasión, contempla a Jesucristo eligiéndose el oficio de carpintero, como por tal nombre lo conocían y llamaban: *¿No es éste el carpintero?* (Mc. 6, 3). *¿No es éste el hijo del carpintero?* Y la razón fue porque los carpinteros tienen siempre entre manos maderas y clavos, y ejerciendo tal oficio parecía se deleitaba Jesús en tales objetos, ya que se representaban mejor los clavos y la cruz en que deseaba morir.

Repitémoslo una vez más: lo que más afligió al corazón de nuestro Redentor no fue tanto la memoria de su pasión cuanto la ingratitud con que los hombres habían de corresponder a su amor. Esta ingratitud le hizo gemir en el establo de Belén; ésta le hizo sudar sangre, entre agonías de muerte, en el huerto de Getsemaní; ésta le sumió en tanta tristeza, que llegó a decir que ella sola bastaría para quitarle la vida: *Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte* (Mt.

26, 38); y esta ingratitud, finalmente, fue quien le hizo morir desolado y destituido de todo consuelo en la cruz. Afirma el P. Suárez que Jesucristo quiso más particularmente satisfacer por la pena de daño que el hombre merecía que por la pena de sentido, por lo que fueron mucho mayores las penas interiores del alma del Señor que todas las que sufrió en su cuerpo.

II

También nosotros, por tanto, hemos contribuido con nuestros pecados a acibarar y atribular toda la vida de nuestro Salvador. Démosle, pues, gracias por su bondad, que nos da tiempo de remediar el mal hecho.

Y ¿cómo lo remediamos? Sufriendo con paciencia las penas y cruces que se digna enviarnos para nuestro bien. El mismo nos señala el modo como habremos de sufrir pacientemente estas penas, con estas palabras: *Ponme como sello sobre tu corazón*. Esculpe sobre tu corazón la imagen de mi Crucifijo, parece decirnos; considera mi ejemplo, los dolores que sufrí por ti, y así sufrirás todas las cruces pacientemente. Dice San Agustín que este Médico celestial quiso enfermar para curarnos a nosotros con su enfermedad, como lo había profetizado por Isaías: *Y por sus verdugones se nos perdonó* (Is. 53, 5). Esta medicina de las penas era necesaria a nuestras almas enfermas a causa del pecado, y Jesucristo quiso beberla primero para que no nos repugnase tomarla a nosotros, que somos los verdaderos enfermos.

De ahí se sigue, según San Epifanio, que, para conducirnos como verdaderos discípulos de Jesucristo, debemos darle gracias cuando nos envía cruces, y con razón, porque, tratándonos así, nos hace semejantes a

Él. Añade San Juan Crisóstomo algo de gran consuelo: que, cuando damos gracias a Dios por los beneficios recibidos, le damos lo que le debemos, en tanto que, al soportar por su amor las penalidades pacientemente, entonces en cierto modo queda Dios deudor nuestro. Si quieres amar a Jesucristo, dice San Bernardo, aprende de Él mismo cómo debes amarlo. Aprende a sufrirlo todo por Dios que todo lo sufrió por ti.

El deseo de agradar a Jesucristo y de patentizarle su amor era el que hacía a los santos ávidos, no de honores ni de placeres, sino de penalidades y desprecios. Esto hacía decir al Apóstol: *A mí jamás me acaezca gloriarme en otra cosa sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (Gal. 6, 14). Hecho él dichoso compañero de su Dios crucificado, no ambicionaba más gloria que verse en la cruz. Esto hacía decir a Santa Teresa: «O padecer o morir»; como si dijese: Esposo mío, si me quieres llamar a ti con la muerte, heme aquí, que dispuesta estoy y os doy gracias por ello; pero si me quieres dejar el tiempo que fuere en esta vida, desconfío de mí misma si en ella estuviere sin padecer. «Os padecer o morir». Y Santa María Magdalena decía más: «Padecer y no morir»; como si dijese: Jesús mío, deseo el paraíso para amaros mejor, pero aun deseo más padecer para compensar en parte el amor que me habéis demostrado padeciendo tanto por mí. Y la venerable sor María del Crucifijo, siciliana, estaba tan enamorada del padecimiento, que llegaba a decir: Hermoso es el paraíso, pero en él falta una cosa, el padecimiento. Esto indujo también a San Juan de la Cruz cuando se le apareció Jesús con la cruz auestas y le dijo: Juan, pídemelo que quieras; le indujo, repito, a decirle que no quería sino desprecios y padecimientos: «Señor, padecer y ser despreciado por vos».

Si no tenemos el suficiente fervor para desear y buscar el padecimiento, procuremos, al menos, aceptar con paciencia, las tribulaciones que Dios nos enviare para nuestro bien. «Donde está la paciencia se halla Dios», dice Tertuliano. ¿Dónde está Dios? Dadme un alma que sufra resignada, y en ella ciertamente hallaréis a Dios: *Cercano está el Señor de los que tienen el corazón contrito* (Sal. 33, 19). El Señor se complace en estar al lado de los que se hallan atribulados; pero ¿de qué atribulados? De los que padecen con paciencia y se resignan a la voluntad divina. A éstos les hace Dios gustar la verdadera paz, que consiste, como dice San León, en unir nuestra voluntad a la de Dios. La divina voluntad, en sentir de San Buenaventura, es como la miel, que torna dulces y amables hasta las cosas amargas, y la razón es porque quien logra cuanto desea no tiene más que desear. Decía San Agustín: «Sólo es feliz el que posee todo lo que desea y no desea nada malo». De ahí que siempre esté contento el que no quiere más que lo que Dios quiere, pues el alma siempre alcanza cuanto quiere, conformándose con lo que Dios quiere.

Y cuando Dios nos envía cruces debemos no solamente resignarnos, sino agradecerse, ya que es indicio de querer perdonarnos los pecados y librarnos del infierno merecido. Quien ofendió a Dios debe ser castigado, y por eso debemos pedirle siempre que nos castigue en esta vida y no ya en la otra. ¡Pobre del pecador que prospera en esta vida y no conoce castigos! Dios nos libre de aquella compasión de que habla Isaías: *Si el impío es compadecido, no aprende justicia* (Is. 26, 10). No quiero esta compasión, dice San Bernardo, porque es el más terrible de todos los castigos. Cuando Dios no castiga al pecador en esta

vida, señal es de que aguarda a castigarlo en la otra, donde los castigos no tendrá fin. Dice San Lorenzo Justiniano: «Reconoce el don del precio de tu Redentor y el peso de tu prevaricación». Al ver a un Dios muerto en cruz, fuerza es considerar el excelso don que nos hizo de su sangre, para redimirnos del infierno, y reconocer, a la vez, la malicia del pecado, que redujo a Dios a la muerte para alcanzarnos el perdón. ¡Oh Dios eterno!, nada me espanta más que ver a tu Hijo castigado con muerte tan dolorosa a causa del pecado, decía Drogón.

Consolémonos, por tanto, cuando después de los pecados nos veamos castigados por Dios en este mundo, porque es prueba de que quiere usar con nosotros de misericordia en el otro. El solo pensamiento de haber disgustado a un Dios tan bueno, si es que le amamos, es llevarnos de más consuelo, al vernos afligidos y castigados, que si nos viéramos colmados de prosperidad y de consuelos en esta vida. Que es lo que San Juan Cristóstomo expone con estas palabras: «Mayor consuelo tiene el castigado que ama a Dios, después de haber irritado su misericordia, que quien no experimenta tales castigos». A quien ama, prosigue el Santo, aflige más el pensar que ha llenado de amargura al amado que el mismo castigo de su delito.

Consolémonos, pues, en los sufrimientos, y si estos pensamientos no bastaren a consolarnos, vayamos a Jesucristo, que El nos consolará, como lo tiene prometido: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt. 2, 25). Si acudimos al Señor, o nos librará de los males que nos afligen o nos dará fuerza para sobrellevarlos pacientemente, gracia mayor que la primera, porque las tribulaciones sobrellevadas resignadamente, además de librarnos en

esta vida de nuestras deudas, nos hacen merecedores de mayor y eterna gloria en el paraíso.

Acudamos también, cuando nos hallemos afligidos y desolaos, a María, que se llama Madre de la misericordia, causa de nuestra alegría y consuelo de los afligidos. Vayamos a esta Señora, que, como dice Lasnpergio, no permite que nadie se aparte de sus plantas sin consuelo. San Buenaventura le dice que tiene por oficio compadecer a los afligidos, por lo que Ricardo de San Lorenzo añade que quien la invocare la hallará siempre presta a ayudarlo. ¿Quién, en efecto, pregunta Eutiquio, ha implorado su auxilio sin ser consolado?

Afectos y súplicas

Santa María Magdalena de Pazzi ordenó a dos de sus religiosas que en los días de Navidad se quedasen a los pies del santo Niño desempeñando el oficio que desempeñaban los animales del peñebre, es decir, que quedasen calentando a Jesús, tiritando de frío, con sus amorosas alabanzas, acciones de gracias y amorosos suspiros, exhalados de sus ardientes corazones. ¡Ojalá pudiera también yo, querido Redentor mío, desempeñar tal oficio! Sí, te alabo, Jesús mío; alabo tu infinita misericordia y tu infinita caridad, que te glorifica en el cielo y en la tierra, y uno mi voz a la de los ángeles: *¡Gloria a Dios en las alturas!*. Te doy gracias en nombre de todos los hombres, pero especialmente en el mío, pobre pecador. ¿Qué sería de mí, qué esperanza podría tener de perdón y de salvación, si vos, Salvador mío, no hubierais venido del cielo a salvarme? Os alabo, pues; os doy gracias y os amo. Os amo más que a ninguna otra cosa, os amo más que a

mí mismo, os amo con toda el alma y me entrego completamente a vos. Recibid, santo Niño, estos actos de amor, y si son fríos, por salir de un corazón helado, abrasad este pobre corazón que os ha ofendido, pero que ya se halla arrepentido. Sí, Señor mío; me arrepiento sobre todo otro mal de haberos menospreciado a vos, que tanto me amasteis. Ya no deseo más que amaros y sólo os pido esto: dadme vuestro amor y haced de mí lo que os plugiere. Tiempo hubo en que fui miserable esclavo del infierno, mas ahora que me veo libre de aquellas miserables cadenas, me consagro todo a vos; os consagro mi cuerpo, mis bienes, mi vida, mi alma, mi voluntad y toda mi libertad. Ya no quiero ser mío, sino únicamente vuestro, mi solo bien. ¡Ah! Atad a vuestros pies mi pobre corazón para que jamás se aparte de vuestra compañía.

¡Oh María Santísima!, alcanzadme la gracia de vivir ligado siempre con las felices cadenas del amor hacia vuestro Hijo. Decidle que me reciba como esclavo de su amor, que El hace cuanto vos le pedís. Pedídselo, pedídselo por mí, que en vos espero.

43. EL VERBO ETERNO, DE RICO, SE HIZO POBRE

Sacúdete el polvo, levántate, cautiva de Jerusalén (Js. 52. 2)

¡Animo, alma cristiana!, te dice el profeta; sacúdete el polvo de los afectos terrenos, ¡ánimo!, álzate del fango en que yaces miserablemente y siéntate; siéntate como reina para dominar las pasiones que te ase-

dian a fin de que no alcances la gloria eterna y te exponen a peligro de eterna ruina.

Mas ¿qué tendrá que hacer el alma para llegar al feliz estado con que el profeta le brinda? Considerar e imitar la vida de Jesucristo, quien, siendo tan *rico* que posee todas las riquezas del cielo y de la tierra, se hizo *pobre*, despreciando los bienes terrenos. Quien considera a Jesús hecho pobre por su amor, es imposible que no se mueva a despreciarlo todo por amor de Jesús. Considerémoslo atentamente y pidamos luces para ello a Jesús y a María.

I

Cuanto hay en el cielo y en la tierra, todo es de Dios; el mismo Señor nos lo dice: *Mío es el orbe y cuanto lo hinche*. Y aun esto es poco; el cielo y la tierra sólo es una mínima parte de las riquezas de Dios. Dios es tan rico, que tiene infinitas riquezas que no le pueden faltar, porque sus riquezas no dependen de otro, sino que las posee en sí mismo, que es infinito bien. Por esto decía David: *Tú eres mi Dueño; no hay bien para mí fuera de tí* (Sal. 15, 2). Así, pues, este Dios, siendo rico, se hizo pobre al encarnarse, a fin de enriquecernos a nosotros, pobres pecadores: *Siendo rico, se empobreció para que vosotros con su pobreza os enriquecieseis* (2 Cor. 8, 9). ¡Cómo! ¿Un Dios llegando al extremo de hacerse pobre? Y ¿por qué? Vamos a verlo. Los bienes de la tierra no pueden ser sino tierra y fango, pero fango que de tal manera ciega a los hombres, que ya no ven cuáles sean los verdaderos bienes.

Antes de la venida de Jesucristo estaba el mundo sumido en tinieblas, porque estaba sumido en pecados: *Toda carne había corrompido su camino* (Gen.

6, 12). Todos los hombres habían viciado la ley y la razón, pues viviendo como brutos, no pensaban sino en disfrutar de los bienes y placeres terrenos, sin cuidarse para nada de los bienes eternos. Pero la divina Misericordia dispuso que bajase el mismo Hijo de Dios a iluminar a estos obcecados: *El pueblo que caminaba en las tinieblas vio una gran luz* (Is. 9, 2).

Jesús fue llamado luz de las naciones: *Luz para iluminación de los gentiles. Y la luz en las tinieblas brilla* (Lc. 2, 32). Ya anteriormente nos había prometido el Señor trocarse en nuestro Maestro, y Maestro visible a nuestros ojos, para enseñarnos el camino de la salvación, que es la práctica de las santas virtudes, y en especial de la santa pobreza: *Tus ojos a tu maestro verán*. Pero este Maestro debía enseñarnos no sólo con la voz, sino también, y principalmente, con el ejemplo de su vida. Dice San Bernardo que en el cielo no se daba la pobreza, que tan sólo se podía encontrar en la tierra, aun cuando el hombre desconociera su precio, y de ahí que no la buscase. Por eso el Hijo del hombre bajó del cielo a la tierra y eligió la pobreza como compañera de toda su vida, haciéndola así, con su ejemplo, preciosa y deseable. Y he aquí a nuestro Redentor niño que ya desde el comienzo de su vida se constituye maestro de pobreza en la gruta de Belén, llamada precisamente por el mismo San Bernardo *escuela de Cristo* y por San Agustín *cueva maestra*.

Con tal fin permitió Dios que se publicase el edicto del César, para que el Hijo naciera no sólo pobre, sino el más pobre de todos los hombres, fuera de la casa propia y en una gruta albergue de animales. El resto de los pobres, como nacen en sus casas, tienen ciertas comodidades de pañales, calor, asistencia de personas que, al menos por compasión, les prestan sus

socorros. ¿Quién nació nunca en un pesebre, por pobres que sus padres fuesen? En los pesebres apenas si nacen los animales. San Lucas cuenta cómo aconteció esto. Llegado el tiempo en que María había de dar a luz, José anduvo buscándole alojamiento en Belén y, por más que fue de casa en casa, no lo encontró, ni siquiera en las posadas: *No había para ellos lugar en el mesón* (Lc. 2, 7). Vióse, pues, obligada María a albergarse, para dar a luz, en aquella cueva, donde, a pesar del gran concurso de gentes, no había más que solos dos animales.

Cuando nacen los hijos de los príncipes, hallan habitaciones ricamente adornadas y calientes, cunas de plata, finísimos paños y grandes del reino y damas para su servicio; en cambio, al Rey del cielo, en vez de una habitación adornada y caliente, tócale una gruta fría, llena de hierba; en vez de colchones de pluma, un poco de paja dura e hiriente; en vez de finos pañales, toscos pañecillos, húmedos y fríos. Al Creador de los ángeles, dice San Pedro Damiano, no leemos que se le envolviese en púrpura, sino con los más bastos pañalillos. Avergüéncese la terrena soberbia al ver los resplandores de la humildad del Salvador. Por toda calefacción y compañía de magnates, apenas le llega el hálito y compañía de dos animales; por toda cuna preciosa, cábele un vil pesebre. ¡Cómo!, exclama San Gregorio Niseno, el Rey de los reyes, que llena cielos y tierras, ¿no halla para nacer otro sitio que un pesebre de bestias! Sí, porque este Rey de los reyes quiso por amor nuestro ser pobre, y el más pobre de todos. A lo menos, los niños de los pobres tienen suficiente leche con que alimentarse, al paso que también en esto quiso ser pobre Jesucristo, pues la leche de María era leche milagrosa, facilitada no por la naturaleza, sino

por el cielo, como dice la santa Iglesia; y Dios, para complacer el deseo de su Hijo, que deseaba ser el más pobre de todos, no proveyó a María de leche sobrada, sino solamente de la necesaria para sustentar la vida del Hijo, por lo que canta la misma santa Iglesia: «Se alimentó con poca leche».

Jesucristo continuó durante toda su vida tan pobre como en el nacimiento, y no sólo pobre, sino también *mendigo*, dice San Pablo, por lo que añade Cornelio Alápide: «Es evidente que Cristo no fue sólo pobre, sino también mendigo. Nuestro Redentor, después de haber nacido tan pobre, se vio forzado a huir de su patria a Egipto. San Buenaventura va en este viaje considerando y compadeciendo la pobreza de María y de José, que viajaban como pobres, por un camino tan largo y con el santo Niño, que tanto hubo de padecer con su pobreza. «¿Cómo — pregunta el santo — se arreglaban para comer? ¿Dónde descansaban? ¿Dónde se hospedaban?» Pero ¿y de qué se iban a alimentar sino de pan, de poco y duro pan? ¿Dónde iban a descansar de noche y en aquel desierto, sino al aire libre, por el suelo y bajo cualquier árbol? ¡Oh!, quien hubiese encontrado en aquel camino a estos tres excelsos peregrinos, ¿por quiénes los hubiera tenido sino por tres pobres mendigos? Llegan a Egipto, y es natural que por ser pobres y forasteros, sin parientes ni amigos, tuvo que aumentar sus sufrimientos la suma pobreza que hubieron de padecer durante los siete años que permanecieron allí. Dice San Basilio que en Egipto apenas llegaban a sustentarse, procurándose el alimento con el trabajo de sus manos. Landolfo de Sajonia añade que el Niño Jesús, forzado por el hambre, pediría a María un poco de pan, y ésta tendría que despa-charlo sin poder dárselo.

Volvieron de Egipto a Palestina y vivieron en Nazaret, donde Jesús continuó su vida pobre: pobre de casa y pobre de moblaje, como añade San Cipriano. En esta casa vivió como pobre, sustentando la vida con sudores y fatigas, como cualquier artesano e hijo suyos, pues como tal era llamado y considerado.

Salió luego el Redentor a predicar el Evangelio, y en estos sus tres postreros años de vida no varió de fortuna ni de estado, sino que vivió con mayor pobreza que antes, llegando hasta tener que vivir de limosna. De ahí que se viera obligado a decir a cierto hombre que le deseaba seguir para vivir más cómodamente: *Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo, nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza* (Mt. 8, 20). Que era tanto como decir: Hombre, si con seguirme esperas mejorar de condición, te equivocas, porque vine a la tierra a enseñar la pobreza, haciéndome más pobre que las zorras y las avecillas, que tienen sus madrigueras y nidos, al paso que en este mundo yo no tengo ni un palmo de tierra propio en que pueda reclinar la cabeza, y tales quiero que sean también mis discípulos. ¿Quieres, comenta Cornelio Alápide, quieres aumentar tus bienes viniendo en pos de mí? Te equivocas, porque yo, como maestro de perfección, soy pobre, y pobres deseo a mis discípulos. San Jerónimo decía que el siervo de Cristo nada tiene ni desea más que a Cristo.

Pobre, en suma, vivió Jesucristo, y pobre, finalmente, murió, hasta el punto que José de Arimatea le tuvo que ceder el sepulcro y otros tuvieron que darle una sábana de limosna para que le sirviese de mortaja.

II

Considerando el cardenal Hugo la pobreza, los desprecios y penalidades a que se quiso someter nuestro Redentor, dice: Parece que Dios enloqueció por amor de los hombres, pues quiso abrazarse con tantas miserias para alcanzarles los tesoros de la gracia divina y de la gloria bienaventurada. Y ¿quién, prosigue el citado autor, sería capaz de creer, si Jesucristo no lo hubiese hecho, que, siendo dueño de todas las riquezas, quisiese hacerse tan pobre, siendo Señor de todos los hombres; quisiese hacerse su esclavo, siendo Rey del cielo; quisiese cargar con tantos desprecios, siendo feliz; quisiese sufrir tantas penalidades?

Cierto que hay en la tierra caritativos príncipes que emplean gustosos sus riquezas en auxilio de los pobres; pero ¿dónde se habrá jamás encontrado un rey sino a Jesucristo, que para ayudar a los pobres se haya hecho pobre como ellos? Cuéntase como prodigio de caridad el del rey San Eduardo, que, encontrándose en el camino a cierto pobre que no se podía mover y se hallaba abandonado de todos, cargó con él amorosamente sobre sus espaldas y lo llevó a la iglesia. Sí; éste fue gran acto de caridad, que admiró a los pueblos; pero San Eduardo, al hacer esto, no dejó de ser monarca, ni el pobre de ser pobre. El Hijo de Dios, el Rey de cielos y tierra, para salvar a la oveja perdida, que era el hombre, no sólo bajo del cielo a la tierra ni la cargó tan sólo sobre sus espaldas, sino que se despojó de su majestad, de sus riquezas y de sus honores, y no sólo se hizo pobre, sino el más pobre de todos. Escondió, dice San Pedro Damiano, escondió la púrpura, es decir, su divina majestad, bajo las apariencias de un pobre obrero. El que da las riquezas, añade

San Gregorio Nacianceno, quiso ser pobre, para procurarnos con sus merecimientos, no las riquezas terrenas, míseras y caducas, sino las divinas, inmensas y eternas, a fin de que con su ejemplo nos viéramos libres del afecto de los bienes mundanos, que nos ponen en grave peligro de perdernos para siempre. De San Juan Francisco de Regis se cuenta que su ordinaria meditación era la pobreza de Jesucristo.

Opina Alberto Magno que Jesucristo nació en un pesebre y al lado del camino, por dos motivos. El primero, para darnos mejor a comprender que todos somos peregrinos en esta tierra, en las que estamos de paso. «Huésped eres, miras y pasas», dice San Agustín. Y, la verdad, quien se halla de paso en un lugar no coloca allí sus afectos, pensando que dentro de poco lo habrá de dejar. ¡Ah!, si los hombres pensaran continuamente que en esta tierra están de paso a la eternidad, ¿quién sería el que se apegase a estos bienes, con peligro de perder los eternos? El otro motivo, dice Alberto Magno, fue para enseñarnos a despreciar al mundo, que carece de riquezas suficientes para contentar el corazón. Enseña el mundo a sus secuaces que la felicidad consiste en la posesión de las riquezas, de los placeres y de los honores; pero este mundo engañador fue condenado por el Hijo de Dios hecho hombre: *Ahora es el juicio del mundo* (Jn. 12, 31). Y esta condenación del mundo empezó, como dicen San Anselmo y San Bernardo, en el pesebre de Belén. Quiso Jesús nacer en él tan pobre para enriquecernos con su pobreza, a fin de que con su ejemplo divino arrancáramos del corazón el afecto a los bienes terrenos y lo colocásemos en la virtud y en el santo amor. Enseñó Jesucristo, dice Casiano, un camino, nuevo: amar la pobreza, que el mundo desprecia.

Por estos los santos, a ejemplo del Salvador, lo abandonaron todo para seguir pobres a Cristo pobre. San Bernardo dice que la pobreza de Jesucristo es mucho más rica que todos los tesoros de este mundo. La pobreza de Jesucristo nos trajo más bien que cuantos encierran todos los tesoros mundanos, puesto que nos mueve a alcanzar las riquezas del cielo, menospreciando las terrenas. De ahí que San Pablo dijese: *Todas las cosas... las tengo por basuras, a fin de ganarme a Cristo*. El Apóstol miraba todas las cosas como basuras, en parangón con la gracia de Jesucristo. San Benito, en la flor de su juventud, dejó las comodidades de la casa paterna y fue a vivir a una gruta, recibiendo de limosna un trozo de pan del monje Román, que de esta suerte lo alimentaba por caridad. San Francisco de Borja abandonó todas sus riquezas y fue a vivir como pobre a la Compañía de Jesús. San Antonio Abad vendió todo su rico patrimonio, lo repartió a los pobres y se internó a vivir en el desierto. San Francisco de Asís dio al padre cuanto tenía, aun la camisa, y vivió de limosna toda su vida.

Quien quiera riquezas, decía San Felipe Neri, no se hará santo. Sí, porque el amor divino no cabe en el corazón lleno de tierra. «¿Traes el corazón vacío?», se preguntaba como condición necesaria a los antiguos monjes cuando pedían ser admitidos en compañía de los demás. Como si quisieran preguntar: ¿Viene tu corazón vacío de los afectos terrenos? Si no es así, sábetelo que no podrás ser todo de Dios. Ya el Señor dijo: *Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón* (Mt. 6, 21). El tesoro de cada uno es aquello que más aprecia y estima. Murió en cierta ocasión un rico que se condenó, lo que publicó desde el púlpito San Antonio de Padua, y dijo, en prueba de ello, que

fuesen a ver el lugar donde tenía el dinero, pues allí encontrarían su corazón. Fueron, en efecto, y hallaron el corazón de aquel infeliz, aun caliente, en medio de su dinero.

Dios no puede ser el tesoro del alma apegada a los bienes de la tierra, por lo que pedía David: *Crea, Dios, para mí un corazón puro* (Sal. 50, 12). *Purificad, Señor, mi corazón de los afectos terrenos para que yo pueda decir que sólo vos sois roca de mi corazón y parcela mía para siempre* (Sal. 72, 26). Por lo tanto, quien desee verdaderamente santificarse, arroje del corazón cuanto no sea Dios. ¿Para qué tesoros, bienes ni riquezas? ¿Para qué, si no contentan el corazón y si los tenemos que dejar luego, luego? *No atesoréis tesoros sobre la tierra, donde la polilla y el orín los hacen desaparecer; atesoraos más bien tesoros en el cielo* (Mt. 6, 19-20).

¡Ah, y cuán inmensos son los bienes que Dios prepara en el cielo a quienes le aman! ¡Qué tesoro es la gracia de Dios y el amor divino para quienes le conocen! *Riquezas y gloria me acompañan para repetir bienes a mis amigos* (Pv. 19, 21). Dios contiene en sí mismo las riquezas y el premio, como decía Isaías. Dios sólo es en el cielo todo el premio de los bienaventurados y El solo basta para contentarlos plenamente. Pero, para amar mucho a Dios en el cielo, hay que amarle antes mucho en la tierra. Con la medida del amor con que terminaremos la jornada de la tierra seguiremos amando a Dios en la eternidad. Si queremos estar seguros de no volvernos a separar de este bien supremo en la presente vida, estrechémosle siempre más con los brazos del amor, repitiendo con la Esposa de los Cantares: *Encontré a quien ama mi alma. Asílo y no lo suelto* (Cant. 3, 4). Y ¿cómo estre-

cha la esposa a su amado? Con los brazos del amor, expone Guillermo, y San Ambrosio añade: «A Dios se le sujeta con los lazos del amor». ¡Dichoso, pues, quien pueda decir con San Paulino: «¡Quédense con sus riquezas los ricos y con sus reinos los reyes, que mis riquezas y mi reino es Cristo!»; y con San Ignacio prefiera el amor y la gracia de Dios a todas las riquezas del mundo! «No le da pena —dice San León— el estar en la indigencia al que posee todas las cosas en Dios».

Recurramos siempre a la divina Madre y amémosla sobre todas las cosas después de Dios, pues que ella nos asegura (como la hace hablar la santa Iglesia) que enriquece de gracias a cuantos la aman.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, inflamadme en vuestro santo amor, ya que para eso bajasteis a la tierra. Ciertamente que, habiendo tenido la desgracia de ofenderos, después de tantas luces y gracias especiales como me habéis hecho, no merecería abrasarme en aquellas dichosas llamas en que arden los santos, sino arder en las del infierno. Pero, hallándose todavía fuera de aquella merecida cárcel, os oigo que, vuelto hacia a mí, a pesar de mi ingratitud, me decís: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*. Gracias, Dios mío, por renovarme este suave precepto; y ya que mandáis que os ame, sí, quiero obedeceros y quiero amaros con todo mi corazón. Señor, en lo pasado fui un desagradecido, un ciego al olvidarme del amor que me habéis profesado; pero ahora que de nuevo me ilumináis y me dais a conocer cuanto habéis hecho por mí amor, ahora que pienso que os hiciste hombre por mí y que cargasteis

con mis miserias, ahora que os veo tiritar de frío sobre la paja, gimiendo y llorando por mí, ¡oh divino Niño!, ¿cómo podría vivir sin amaros?

Perdonadme, amor mío, cuantos disgustos os haya dado. ¡Oh Dios!, ¿cómo es posible que, sabiendo por la fe cuánto padecisteis por mí, os haya disgustado tanto? Estas pajas que os punzan, este vil pesebre que os sirve de cuna, estos tiernos vagidos que dais, estas amorosas lágrimas que derramáis, me hacen esperar firmemente el perdón y la gracia de amaros en lo que me restare de vida. Os amo, Verbo encarnado; os amo, divino Niñito, y me consagro por completo a vos. Por las penas que padecisteis en la gruta de Belén, recibid; Jesús mío, a este mísero pecador que quiere amaros. Ayudadme, dadme la perseverancia; todo lo espero de vos.

¡Oh María, excelsa Madre de tan excelso Hijo, y la más amada de El, rogadle por mí.

44. EL VERBO ETERNO, DE SUBLIME, SE HIZO HUMILDE

Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 29).

La soberbia fue la primera causa de la caída de nuestros primeros padres, quienes por no sujetarse a la obediencia divina se perdieron a sí y a todo el género humano; pero la misericordia de Dios, para redimir tamaño mal, permitió que su Unigénito se humillara hasta el extremo de revestirse de carne humana y, con el ejemplo de su vida, indujera al hombre a ena-

morarse de la santa humildad y a detestar la soberbia, que nos hace odiosos a los hombres y a Dios. He aquí por qué San Bernardo nos invita hoy a visitar la gruta de Belén con estas palabras: «Vayamos a Belén, que allí tenemos qué admirar, qué amar y qué imitar».

Sí; en aquella gruta tendremos, en primer lugar, qué admirar. ¡Cómo!, ¿un Dios en un pesebre? ¿Un Dios sobre la paja? ¡Cómo!, el Dios que se sienta en lo más excelso del cielo en trono de majestad, ¿colocado en un pesebre, desconocido y abandonado y sin apenas más compañía que la de dos animales y algunos pastorcillos?

Tendremos también qué amar, al encontrarnos con un Dios que, si bien infinito, quiso bajarse hasta ofrecer al mundo como pobre niño para hacérsenos más amable y querido, según el mismo San Bernardo decía.

Y hallaremos, finalmente, qué imitar en el supremo Rey del cielo, hecho humilde, pequeñito y pobre niño, que ya en aquella cueva quiere comenzar, desde su infancia, a enseñarnos con su ejemplo lo que después nos enseñará con su voz, continúa diciendo el mismo santo Abad.

Imploremos las luces de la gracia a Jesús y a María.

I

¿Quién no sabe que Dios es el primer y supremo noble, del que depende toda nobleza? Su grandeza es infinita; no depende de nadie y de nadie heredó su grandeza, que siempre poseyó en sí mismo. Es el Señor de todo y a quien todas las criaturas obedecen. *Los vientos y el mar le obedecen* (Mt. 8, 27). Sobrada

razón tiene el Apóstol para decir: *Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos* (1 Tim. 1, 17). Pero el Verbo eterno, para remediar la desgracia del hombre, perdido por su soberbia, así como le dio ejemplo de pobreza, como ya consideraremos en el presente discurso, para desprenderle de los bienes terrenos, así quiso también servirle de ejemplo de humildad para librarlo del vicio de la soberbia.

El primero y mayor ejemplo de humildad fue el hacerse hombre y cargar con nuestras miserias: *Hecho a semejanza de los hombres* (Fil. 2, 7). Dice Casiano que quien viste vestido ajeno, bajo él se esconde, y así Dios quiso esconder su naturaleza divina bajo el humilde vestido de la naturaleza humana. Y San Bernardo añade que ocultó la majestad divina para tomar nuestra naturaleza y para que se juntasen Dios y el barro, la majestad y la enfermedad, tanta vileza y tanta sublimidad. ¡Un Dios unirse al barro! ¡La Grandeza a la miseria, la Sublimidad a la vileza! Pero lo que más nos ha de asombrar es que no tan sólo quiso Dios hacerse criatura, sino aparecer como pecador, revistiéndose de carne semejante a la carne de pecado.

Y aun no se contentó el Hijo de Dios de aparecer como hombre, ni aun como hombre pecador, sino que quiso elegir la vida más baja y humilde que puede existir entre los hombres, de manera que llegó a llamarlo Isaías *Abandonado de los hombres* (Is. 53, 3). Jeremías había predicho que había de ser saciado de oprobios y de ignominias, y David que había de ser *oprobio de los hombres y hez del pueblo* (Sal. 21, 7). Por eso quiso Jesucristo nacer en el mundo lo más pobre que se pueda imaginar. ¡Qué vergüenza para un

hombre, por pobre que se quiera, nacer en un pesebre! Los pobres nacen en sus casucas, a veces entre las pajas, pero nunca en el establo, en que apenas si nacen las bestias y los gusanillos; y como gusano quiso nacer en la tierra el Hijo de Dios. Con tal humildad quiso nacer el Rey del universo, dice San Agustín, para demostrarnos en su humildad la majestad y omnipotencia al hacer con su ejemplo amantes de la humildad a los hombres, que nacen plagados de soberbia.

Anunció el ángel a los pastores el nacimiento del Mesías, y las señales que les dio para reconocerlo fueron todas señales de humildad. *Hallarás al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre.* Así se da a conocer un Dios que viene a la tierra a destruir la soberbia

La vida de Jesucristo en Egipto, cuando vivió desterrado en aquel país, fue conforme a su nacimiento, pues allí vivió como extranjero, desconocido y pobre entre aquellos bárbaros y sin que nadie le conociese ni hiciese caso de El. Volvió a Judea, y su vida no fue distinta de la que vivió en Egipto, ya que pasó treinta años en un taller, tenido por todos como hijo de un sencillo artesano, con su oficio de menestral, pobre, desconocido y despreciado. En aquella su familia no había criados ni criadas, pues José y María eran los dueños y los criados, como dice San Pedro Crisólogo. El solo criado de aquella casa era el Hijo de Dios, que quiso hacerse hijo del hombre, es decir, de María, para humilde siervo y, como tal, obedecer a un hombre y a una señora.

Después de treinta años de vida escondida, llegó por fin el tiempo en que nuestro Salvador había de comparecer en público para predicar la celestial doctrina que había venido a enseñarnos desde el cielo,

por lo que fue necesario se diera a conocer lo que era, verdadero Hijo de Dios. Mas ¿cuántos fueron los que lo reconocieron por tal y lo honraron como merecía? Fuera del reducido número de discípulos que le siguieron, todos los demás, en lugar de honrarlo, lo despreciaron como hombre vil e impostor, cumpliéndose entonces la profecía de Simeón: *Este está puesto... como señal a quien se contradice* (Lc. 2, 34). Jesucristo fue contradicho y menospreciado en todo: en su doctrina, ya que al manifestar que era el Unigénito de Dios fue tenido por blasfemo y, como tal, reputado reo de muerte, como decía el impío Caifás. Fue despreciado en su sabiduría, ya que lo tuvieron por loco y falto de juicio. Fue despreciando en sus costumbres, teniéndolo por borracho, comilón y amigo de ribaldos. Fue tenido, además, por hechicero, que tenía pactos con el demonio; hereje y endemoniado, seductor. Finalmente, fue Jesucristo acusado por el público de ser tan malhechor que no necesitaba proceso para condenarlo a muerte de cruz, según decían los judíos a Pilatos.

Llegó, por fin, el Salvador al término de su vida y a su pasión, y en ella, ¡Dios mío, qué de desprecios y vilipendios no recibió! Fue traicionado y vendido por uno de sus discípulos en treinta monedas, inferiores al precio en que se vende una bestia. Otro discípulo renegó de él. Fue conducido por las calles de Jerusalén, atado como un malhechor, abandonado de todos, hasta de sus contados discípulos. Fue vilmente tratado como esclavo, con el castigo de los azotes; fue abofeteado públicamente, tratado como loco y vestido por Herodes con vestidura blanca, para hacerle pasar por hombre ignorante y estúpido, según se expresa San Buenaventura. Fue reputado como rey de burlas, po-

niéndole en la mano una caña por cetro, en las espaldas un andrajoso pedazo de púrpura y en la cabeza un haz de espinas por corona, y después le saludaban irónicamente: *¡Salud, Rey de los judíos!* (Jn. 19, 3), cubriéndole la cara de esputos y bofetones (Mt. 29, 30).

Finalmente, quiso morir Jesucristo; pero ¿con qué muerte? Con la más ignominiosa, cual fue la cruz. Quienes a la sazón morían crucificados eran tenidos por los más viles y malvados de los reos, por lo que el nombre de crucificado era nombre de maldición e infamia. De ahí que el Apóstol dijese: *Cristo... hecho por nosotros objeto de maldición; porque escrito está: «Maldito todo el que está colgado de un palo»* (Gal. 3, 13). San Atanasio comenta así: «Se llama maldito porque cargó con nuestra maldición» para salvarnos de la maldición eterna.

Pero, Señor, exclama aquí Santo Tomás de Villanueva, ¿dónde está tu gloria y tu majestad en medio de tanta ignominia? Y responde: No busques tal gloria y majestad, pues vino a dar ejemplo de humildad y a manifestar el amor que tuvo a los hombres, amor que le hizo como salir de sí mismo.

II

Refiere la fábula pagana que Hércules, por el amor que profesaba al rey Augias, llegó hasta cuidar de sus caballerizas; y que Apolo, por amor también a Admeto, pastoreó sus rebaños. ¡Fábulas tan sólo! Pero lo que es de fe es que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, por amor a los hombres, se humilló hasta nacer en una gruta, vivió vida de humillaciones y, finalmente, murió ajusticiado en infame patíbulo. ¡Oh gracia, oh fuerza invencible del amor! —exclama San Bernardo—,

¿es posible que hayas obligado al Señor de todas las cosas a hacerse el menor de todas ellas? ¡Oh fuerza del amor divino, el más excelso de todos hacerse el más vil de todos! «¿Quién hizo esto?» —prosigue preguntando el Santo—. El amor, que no se detiene en dignidades, cuando se trata de conquistarse el afecto de la persona amada. Dios, que de nadie puede ser vencido, fue vencido por el amor, ya que el amor le redujo a hacerse hombre y a sacrificarse por amor a los hombres en mar de dolores y desprecios. «Se anonadó a sí mismo —prosigue el santo Abad— para que sepas que fue el amor quien rebajó a nivel del hombre semejante grandeza.

Dice San Gregorio Nacianceno que de ninguna otra manera podía Dios manifestarnos mejor su amor que humillándose hasta cargar con las mayores miserias e ignominias sufridas por los hombres en la tierra. Y Ricardo de San Víctor añade que, habiendo el hombre tenido la audacia de ofender a la majestad de Dios, fue necesario para purgar su delito que interviniese una humillación también infinita. Pero «cuanto más se ha humillado nuestro Dios —sigue San Bernardo—, tanto mayor se ha mostrado en la bondad y el amor». Por lo tanto, después de haberse un Dios humillado tanto por amor al hombre, ¿tendrá éste aún repugnancia en humillarse por amor a Dios? No merece el nombre de cristiano quien no es humilde y no procura imitar la humildad de Jesucristo, que vino al mundo, como dice San Agustín, para abatir la soberbia. La soberbia humana fue la enfermedad que hizo bajar del cielo a este divino Médico, le colmó de ignominias y le hizo morir crucificado. Avergüéncese, pues, el hombre de ser soberbio, al menos cuando fije su vista en un Dios que, para curarlo del orgullo, se humilló tanto. Y San

Pedro Damiano escribe que «el Señor quiso abajarse tanto para sacarnos de la hediondez de nuestros pecados y colocarnos al par de los ángeles en el excelso reino de cielo». «La humillación del Hijo de Dios—añade San Hilario— fue nuestra nobleza». «¡Oh inmensidad del amor divino, continúa diciendo San Agustín—, un Dios por amor al hombre enamórase de los desprecios para hacerle partícipe de su honor, abrazarse con los dolores para darle la salud, venir a morir para darle la vida!»

Jesucristo, al elegirse tan humilde nacimiento, vida tan menospreciada y muerte tan ignominiosa, ha tornado nobles y amables los desprecios y los oprobios, por lo que los santos en este mundo fueron tan amantes y hasta ávidos de las ignominias, que se diría no sabían ni desear ni buscar más que ser despreciados y pisoteados por amor a Jesucristo. Cuando vino el Verbo al mundo, se cumplió puntualmente lo que Isaías había profetizado: *En lo que era la morada de chacales, su cubil, habrá verdor de cañas y juncos* (Is. 35, 7); es decir, que donde habitaban antes los demonios, soberbios espíritus, allí nacería, ante la humildad de Jesucristo, el espíritu de humildad. *Verdor de cañas*, comenta Hugo, porque el humilde está como vacío a sus propios ojos. Los humildes, en efecto, no están pagados de sí, como los soberbios, sino al contrario, vacíos, creyendo en verdad que todo cuanto tienen es don de Dios. De lo que bien podemos inferir que Dios ama tanto al alma humilde como aborrece a la soberbia.

Pero ¿será posible, pregunta San Bernardo, que se hallen aún orgullosos, después de haber visto la vida que vivió Jesucristo? ¿Cómo es posible que el hombre, gusanillo manchado con tanto pecado, viendo a un Dios de infinita majestad y pureza que tanto se

humilla para enseñarnos la humildad, sea aún orgulloso?

Sépase que los orgullosos nada ganan ante Dios. San Agustín advierte: «¿Te engríes? Dios huye de ti. ¿Te humillas? Dios viene a ti». Huye el Señor de los soberbios, y, al contrario, no sabe despreciar el corazón que se humilla, por pecador que sea. Dios prometió escuchar a quien le rogare: *Pedid y se os dará. Todo el que pide, recibe* (Mt. 7, 7); pero también ha afirmado que no puede escuchar a los soberbios, como nos dice Santiago: *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Sant. 6, 6). Santa Teresa declaraba que las más excelsas gracias las había recibido de Dios cuando más se humillaba ante su presencia. La oración del que se humilla entra por sí misma en el cielo, sin necesidad de ser introducida, ni se retira sin alcanzar de Dios lo que desea (Eccli. 35, 21).

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío, despreciado!, con vuestro ejemplo hicisteis muy queridos y amables los desprecios a vuestros amantes. ¿Cómo, pues, en vez de recibirlos alegremente, como vos, me he portado con tanto orgullo, ofendiéndoos a vos, majestad infinita? ¡Pecador y soberbio! ¡Ah, Señor!, ya lo comprendo; no he sabido sufrir pacientemente porque no he sabido amaros; si os hubiera amado, habría encontrado suaves y agradables los padecimientos. Pero, ya que prometéis el perdón a quienes se arrepienten, me arrepiento con toda el alma de toda mi desordenada vida, tan diferente de la vuestra. Quiero enmendarme y os prometo, de hoy en adelante, sufrir pacientemente cuantos desprecios se me hicieren por amor vuestro,

Jesús mío, que por mi amor fuisteis de tal modo despreciado. Comprendo que las humillaciones son las preciosas minas con que enriquecéis a las almas de tesoros eternos. Otras humillaciones y otros desprecios merezco por haber despreciado vuestra gracia: merezco ser pisoteado por los demonios, pero vuestros merecimientos son mi esperanza. Quiero cambiar de vida y no quiero disgustaros más, por lo que de hoy en adelante no quiero buscar sino vuestro gusto. Muchas veces merecí ser lanzado al profundo del infierno, pero ya que me esperasteis hasta el presente y aun me habéis perdonado los pecados, como espero, haced que, en vez de arder en aquel desgraciado fuego, arda en el fuego bendito de vuestro santo amor. No; ya no quiero vivir más, ¡oh Amor mío!, sin vuestro amor. Ayudadme y no permitáis que viva ingrato, como en lo pasado. En lo venidero sólo a vos quiero amar, y quiero que mi corazón sea sólo vuestro. Por favor, tomad posesión de él, y tomadla por toda la eternidad, de manera que yo sea siempre vuestro y vos siempre mío, yo os ame siempre y siempre me améis vos. Así lo espero, mi amabilísimo Dios; yo siempre os amaré y vos siempre me amaréis. Creo en vos, bondad infinita; espero en vos, bondad infinita; os amo, bondad infinita; os amo y siempre lo repetiré: os amo, os amo, os amo y, porque os amo, quiero hacer cuanto me sea dable para complaceros. Disponed de mí como os plazca; basta que me deis la gracia de amaros, y luego disponed de mí como quisiereis. Vuestro amor es y será siempre mi único tesoro, mi único deseo, mi único bien y mi único amor.

¡Oh María, esperanza mía, Madre del amor hermoso, ayudadme a amar mucho y siempre a mi amabilísimo Dios!

45. NACIMIENTO DEL NIÑO JESÚS

Os traigo una buena nueva..., que os ha nacido hoy un Salvador (Lc. 2, 10).

Os traigo una buena nueva. Así habló el ángel a los pastores y así digo yo a vosotras en esta noche, almas devotas. Os traigo una noticia de gran alegría. Y ¿qué mayor alegría puede darse a los pobres desterrados de la patria y condenados a muerte que la de haber llegado su Salvador, no sólo a librarlos de la muerte, sino también para alcanzarles el retorno a la patria? Esta es, precisamente, la nueva que os traigo: *Os ha nacido hoy un Salvador.* Ha nacido Jesucristo, y ha nacido para vosotros, para libraros de la muerte eterna y para abriros el paraíso, que es nuestra patria, de la que habíamos sido desterrados en castigo de nuestros pecados.

Mas, a fin de que el agradecimiento os lleve al amor de este vuestro recién nacido Redentor, permitidme que os ponga ante los ojos dónde nació, cómo nació y dónde se halla esta noche, para que así podáis ir a encontrarle y agradecerle tanto amor y beneficio tanto.

Pidamos las luces necesarias a Jesús y a María.

I

Permitidme que os cuente sucintamente la historia del nacimiento de este Rey del mundo, que bajó del cielo por vuestra salvación.

El emperador romano César Augusto, queriendo saber las fuerzas de su Imperio, dispuso un empadronamiento general de sus súbditos; a tal fin ordenó a los gobernadores de las provincias, y entre otros a Cirino,

gobernador de Judea, que llamase a cada uno de ellos a empadronarse y pagar a la vez el tributo en señal de vasallaje común. Publicada que fue esta orden. José obedeció al punto, sin esperar primero a que su santa esposa, próxima al parto, diese a luz. Digo que obedeció al punto y se puso en camino con María, que llevaba en su seno al Verbo encarnado, para ir a inscribirse a la ciudad de Belén. El viaje fue largo, pues, como dicen los autores, era de cuatro jornadas, es decir, de cerca de noventa leguas. Y, sobre ser largo, era fatigoso, ya que había que atravesar montañas y caminos ásperos, azotados por vientos, lluvias y fríos.

Cuando entra por vez primera un rey en una ciudad de su reino, ¡qué honores se le dispensan, cuánto aparato y qué de arcos triunfales! Prepárate, pues, feliz Belén, a recibir con honor a tu Rey, pues que te anuncia el profeta Miqueas que llega a visitarte tu Señor, que no sólo es Señor de toda Judea, sino Señor de todo el mundo. Y sábetelo, sigue el profeta, *Belén Efratá, la más pequeña entre las regiones de Judá, (que) de ti me saldrá quien ha de ser dominador en Israel* (Miq. 5, 2).

Mas ved que ya entran en Belén estos dos ilustres peregrinos, José y María, que lleva en su seno al Salvador del mundo. Entran en la ciudad, se dirigen al oficial imperial para solventar el tributo e inscribirse en el libro de los súbditos del César, en que es inscrito también el fruto del seno de María, es decir Jesucristo, que era Señor del César y de todos los príncipes terrenos. Pero ¿quién los reconoce? ¿Quién se adelanta para honrarlos? ¿Quién los saluda y los recibe? *Vino a lo que era suyo, y los suyos no le recibieron* (Jn. 1, 2). ¡Ah!, es que José y María caminan como pobres y por pobres son despreciados y aun tratados y despedidos peor que los otros pobres! Estando allí, notó María que era lle-

gada la hora del alumbramiento y que el Verbo encarnado quería nacer en aquel lugar y presentarse al mundo en aquella noche. Expúsosele de esta suerte a José y José se apresuró a buscarle algún albergue en cualquier casa de aquellos ciudadanos, para no tener que llevarla a la posada pública, poco decente para una doncella que sentía llegada su hora, y más todavía si se considera que a la sazón hallábase la posada llena de gente. Pero no halló quien diese oídos a su petición, y tal vez algunos le echaran en cara haber llevado a su esposa en aquel trance, de noche y con tanta concurrencia. Finalmente, vióle obligado, para no quedarse en aquella noche a la intemperie, a llevarla a la posada. Fue allá, pero también fue despedido y le respondieron que no había para ellos lugar en el mesón. Había lugar para todos, hasta para los plebeyos, y no lo había para Jesucristo. Aquel mesón fue figura de los ingratos, en cuyo corazón caben muchas veces las más miserables criaturas y no cabe Dios.

¡Cuántos aman a sus parientes, a sus amigos y hasta a los animales, y no aman a Jesucristo ni hacen caso de su gracia ni de su amor! María Santísima dijo a cierta alma devota: «Fue disposición de Dios que faltase a mi Hijo albergue entre los hombres, para que las enamoradas de Jesús se le ofreciesen por albergue y le invitasen con amor a venir a sus corazones».

Continuemos el relato. Viéndose, pues, despedidos de todas partes estos pobres peregrinos, salieron de la ciudad para hallar, a lo menos, fuera algún asilo. Andan a oscuras, dan vueltas a una y otra parte, observan, y hallan, por fin, una gruta cavada en el rocoso cerro sobre el que descansa la ciudad. Barradas, Beda y Brocardo dicen que el lugar donde nació Jesucristo era una excavación de las murallas de Belén, separa-

da de la ciudad, a guisa de cueva, que servía de refugio a los animales. Entonces dijo María: —José mío, no prosigamos más, entremos y esperemos en esta cueva. —Pero que— exclamó José—, ¿no ves que está abierta, es fría, húmeda y manando agua por todas partes? ¿No ves que no es morada de hombres, sino establo de animales? ¿Cómo vas a estar aquí toda la noche, para dar al mundo al divino Niño? —Pues, a pesar de todo— replicó María—, este establo es estancia, palacio real en que quiere nacer en la tierra el Hijo eterno de Dios.

¡Oh!, y ¿qué dirían los ángeles al ver entrar a la divina Madre en aquella gruta para dar a luz al divino Hijo? Los hijos de los príncipes nacen en estancias recamadas de oro, en cunitas ricas de perlas, finos paños y entre cortejos de primates del reino, y ¿al Rey del cielo se le prepara para nacer un establo frío y sin fuego, toscos pañales para cubrirlo, un poco de paja por lecho y un pesebre por cuna? «¿Donde está su corte —pregunta San Bernardo—, dónde su trono?» ¿Dónde el solio para el Rey del cielo, cuando yo no veo sino dos animales que le acompañan y un pobre pesebre en que va a ser colocado? ¡Oh gruta afortunada, que tuviste la suerte de ver nacido en ti al Verbo divino! ¡Feliz pesebre, que tuviste el honor de recibir en ti al Señor del cielo! ¡Benditas pajas, que servisteis de cama a quien descansa en alas de serafines!

¡Ah!, cuando consideramos el modo como nació Jesucristo, deberíamos inflamarnos por completo en su amor, y al oír nombrar gruta, pesebre, pajas, leche, vagidos, tales nombres, evocadores de nacimiento del Redentor, habrían de ser otras tantas saetas que traspasaran de amor nuestros corazones. Sí; felices fuisteis, gruta, pesebre y pajas, pero mucho más felices

son los corazones que aman con fervor y ternura a este amabilísimo Señor y, abrasados de amor, le reciben después en la sagrada comunión. Y ¡con qué deseo y satisfacción descansa Jesucristo en el corazón que le ama!

II

No bien entrada María en la cueva, púsose en oración, y, llegada la hora del alumbramiento, soltó sus cabellos en señal de respecto, haciéndolos flotar por las espaldas; y de pronto vio una gran luz, sintió en el corazón un gozo celestial, humilló los ojos y, ¡oh Dios!, ¿qué es lo que mira? Ve ya en la tierra a un niño tan bello y amable, que enamora, pero que tiembla, que llora y que, al extender sus manecitas, manifiesta desear se le tome en brazos, como se reveló a Santa Brígida. María llamó a José: Ven, José, le dijo; ven y verás ya nacido al Hijo de Dios. Llegó José y, al ver nacido a Jesús, le adoró entre ríos de consoladoras lágrimas. Luego, la Santísima Virgen tomó reverentemente a su amado Hijo y le estrechó en su seno, donde procuró calentarle con el calor del seno y de las mejillas. Imaginaos los sentimientos de devoción, de ternura y de amor que experimentó María al ver en brazos y en el regazo al Señor del mundo, al Hijo del Eterno Padre, que se había dignado también hacerse Hijo suyo, eligiéndola por madre entre todas las mujeres. Al tomarle en su regazo, le adoró como a Dios, besóle los pies como a Rey y la carita como a hijo. Trató después de cubrir el cuerpecito y le fajó con pañales; pero, ¡ah Dios mío, y qué pañales tan ásperos y toscos, pañales propios de pobres, pañales fríos, húmedos y en una gruta en que no había fuego para calentarlos!

Venid, reyes; emperadores, venid; príncipes de toda la tierra, venid y adorad presto a vuestro supremo Rey, que por amor nace, y nace tan pobre, en semejante gruta. Pero ¿quién acude? Nadie. El Hijo de Dios vino al mundo y éste rehusó reconocerle.

Mas, si los hombres no acuden, acuden los ángeles a adorar al Señor, como lo ordenó el Eterno Padre en honor a este su Hijo: *Y adórenle los ángeles de Dios* (Heb. 1, 6). Acuden en gran número, alabando a su Dios con estos jubilosos cánticos: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc. 2, 14). Gloria a la divina misericordia, que, en lugar de castigar a los hombres rebeldes, hace que su mismo Dios cargue con los castigos y así los salve. Gloria a la divina sabiduría, que halló el modo de satisfacer a la vez a la justicia y librar al hombre de la merecida muerte. Gloria al divino poder, que abatió las fuerzas infernales de manera tan admirable, enviando pobre al Verbo divino a padecer dolores, desprecios, muerte, induciendo así los corazones de los hombres a amarle y a abandonarlo todo por su amor, honores, bienes y vida, como lo hicieron después tantas doncellas, tantos jóvenes y hasta nobles y príncipes para corresponder al amor de este nuestro Dios.

«Vemos en este establo —dice San Lorenzo Justiniano— al poderío de Dios como aniquilado; vemos a la sabiduría como enloquecida por el extraordinario amor que tiene a los hombres».

III

María invita a todos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, justos y pecadores, a entrar en la gruta de Belén para adorar y besar los pies de su recién nacido

Hijo. Entrad, pues, almas devotas; entrad y ved en el heno al Creador del cielo y de la tierra bajo la forma de un tierno niño, pero tan hermoso y resplandeciente, que esparce por doquier rayos de luz. Después de nacido El, aun cuando en la paja, la gruta ya no es horrida, sino paradisiaca. Entremos, pues, en ella y no temamos. Ha nacido Jesús, y ha nacido para todos y para quien lo quiera.

Yo soy narciso de Sarón, lirio de los valles. Llámase lirio de los valles, para darnos a entender que así como nace tan humilde, así también lo hallan solamente los humildes, por lo que el ángel no fue a anunciar el nacimiento de Jesucristo al César o a Herodes, sino a los pastorcillos humildes. Llámase también flor del campo, por la facilidad de hallarla todos, como comenta el cardenal Hugo. Las flores de los jardines se hallan rodeadas de cercas y nadie puede cogerlas sin permiso: las flores de los campos por el contrario, se brindan a todos, de suerte que quien quiere cogerlas las coge; y así quiso Jesucristo estar a disposición de quien lo deseara.

Entremos, nos exhorta San Pedro Crisólogo, que la puerta se halla abierta y no hay centinela que nos diga que aun no ha llegado la hora. Los reyes viven encerrados en sus palacios, y los palacios están custodiados por soldados, así que no es muy hacedera la audiencia; quien desea hablar a los reyes ha de pasar por muchos trámites, se ha de ver despedido y tiene que oír que vuelva otra vez, pues aun no es tiempo de audiencia. No sucede así con Jesucristo, que en aquella gruta se nos ofrece en forma de niño para animar a quien vaya a buscarle, y la gruta está abierta, sin guardianes ni siquiera puertas, de modo que cada uno puede entrar a su placer cuando le plugiere, para ver, para hablar y hasta para abrazar a este Reyezuelo, si el alma lo ama y lo desea.

Entrad, pues, almas cristianas; mirad el pesebre y ved sobre la paja al tiernecito niño que gime. Observad cuán hermoso es, mirad las luces que irradia y el amor que inspira; sus ojos asaetean los corazones que lo desean, sus vagidos son llamas de amor. El mismo pesebre y las propias pajas claman, como dice San Bernardo, y nos dicen que amemos a quien nos ama, que amemos a un Dios digno de infinito amor, que bajó de las estrellas, se hizo niño, se hizo pobre para daros a entender el amor que nos profesa y para conquistarse con sus penas nuestro amor.

Si le preguntáis: Precioso chicuelo, ¿de quién sois hijo?, os responderá: Mi madre es esta hermosa y pura virgencita que está junto a mí. Si le preguntáis quién es su padre, os responderá: Mi padre es Dios. —Y ¿cómo, siendo Hijo de Dios, os mostráis tan pobre y tan humilde? ¿Quién os va a reconocer ni a respetar? —La santa fe— acude Jesús— me dará a conocer por quien soy y me hará amar de las almas que he venido a redimir y a inflamar con mi amor. No vine, dice, para hacerme temer, sino para hacerme amar, y por eso quise presentarme a vosotros la primera vez en forma de niño tan pobre y humilde, para que así me amaseis más, viendo el extremo a que me redujo el amor que os tengo. —Pero decidme, Niño mío, ¿por qué miráis en torno vuestro? ¿Qué es lo que buscan vuestras miradas? Oigo que suspiráis; decidme el porqué de esos suspiros. ¡Oh Dios!, os oigo llorar; ¿a qué tanto lloro? —Sí — responde Jesús—; vuelvo mis ojos porque ando en busca de un alma que me desee. Suspiro por el deseo de ver a mi lado algún corazón que arda en mi amor como yo ardo en el suyo. Y lloro y por esto lloro, porque no hallo o hallo contadas almas y corazones que me busquen y quieran amarme.

Afectos y súplicas

Exhortación para el acto de besar los pies del santo Niño, como se acostumbra en ciertas iglesias.— Levantaos, almas devotas y acudid a besar los pies del divino Niño en esta noche. Los pastores que fueron entonces a visitarle al portal de Belén le llevaron sus regalos; traedle también ahora los vuestros. Y ¿qué es lo que le traeréis? Creedme: el don más agradable que podréis presentarle es el de un corazón arrepentido y amante. Ved, pues, los sentimientos que cada cual ha de presentarle antes de llegarse a sus plantas:

Señor, no osaría acercarme a vos viéndome tan manchado de pecados, pero ya que vos, Jesús mío, me invitáis tan amablemente y con tanto amor me solicitáis, no quiero rehusarlo. No quiero portarme con tanta grosería que rehuse ahora por desconfianza la dulce invitación que me hacéis, cuando tantas veces os volví las espaldas. Pero añadirle: Sabed que soy pobre y no tengo nada que ofreceros sino este corazón, que me apresuro a brindaros. Cierto que con él os ofendí en lo pasado, mas ahora está arrepentido, y por eso os lo entrego. Si, Niño mío, me pesa de haberos disgustado. Confieso haber sido el bárbaro, el traidor, el ingrato que os hizo padecer y derramar tantas lágrimas en el portal de Belén; pero vuestras lágrimas son mi esperanza. Cierto que soy pecador y no merezco perdón, pero a vos acudo, que, siendo Dios, os hicisteis niño para perdonarme. Eterno Padre, si merezco el infierno, mirad que las lágrimas de este vuestro inocente Hijo os piden perdón por mí. Vos nada negáis a las súplicas de Jesucristo; oídle, pues, ya que esta noche os pide me perdonéis, noche de alegría, noche de salvación y noche de perdón.

¡Ah, Niño mío, Jesús!, de vos espero el perdón; pero no me contento con el solo perdón de mis pecados, y así, en esta noche en que dispensáis tantas gracias a las almas, quiero me otorguéis la gracia extraordinaria de amaros. Ahora que vengo a vuestros pies, inflamadme por completo en vuestros santo amor y unidme estrechamente a vos, pero de tal modo que ya nunca os pueda abandonar. Os amo, ¡oh Dios mío, hecho niño por mí!; pero os amo poco y quiero amaros más; vos me lo habéis de alcanzar. Ya me acerco a besaros los pies y os traigo el presente de mi corazón; a vuestros pies lo dejo; no lo quiero más; cambiadlo y conservadlo siempre; no me lo devolváis, porque, si me lo devolvéis, temo que de nuevo os traicione.

María Santísima, Madre de tan excelso Hijo y Madre mía, en vuestras manos deposito el corazón; presentádselo a Jesús, pues, presentado por vuestras manos, no lo rehusará; presentádselo y rogadle que lo acepte.

46. EL NOMBRE DE JESÚS

Le pusieron por nombre Jesús (Lc. 2, 21).

Este excelso nombre de Jesús no fue inventado por los hombres, sino por Dios. «El Padre fue quien primero lo pronunció», dice San Bernardo. Fue un nombre nuevo, que salió de la boca del Señor. Nuevo nombre que sólo Dios podía imponer a quien destinaba para Salvador del mundo. Nombre nuevo y eterno, porque así como *ab aeterno* fue decretada nuestra redención, así *ab aeterno* fue impuesto nombre al Re-

dentor. Sin embargo, en esta tierra se impuso a Jesucristo tal nombre en el día de la circuncisión, queriendo entonces remunerar el Eterno Padre la humildad del Hijo al darle nombre de tanto honor. En efecto, cuando el Verbo eterno se humilla, sujetándose en la circuncisión a recibir la marca del pecador, con razón el Padre lo glorifica, dándole nombre que excede a todo nombre en dignidad y grandeza, y ordena que lo adoren los ángeles, los hombres y los demonios.

Si todas las criaturas adoran este excelso nombre, mucho más lo debemos adorar nosotros, pecadores, ya que le fue impuesto en vista nuestra, pues el nombre de Jesús significa *Salvador*, y por salvar a los pecadores bajó del cielo y se hizo hombre. Debemos adorarlo y a la vez alabar a Dios por haberle impuesto tal nombre por nuestro bien, ya que este nombre *nos consuela, nos defiende y nos inflama*. He ahí los tres puntos de nuestro discurso. Para verlo, pidamos primero luces a Jesús y a María.

I

Dije en primer lugar que *el nombre de Jesús nos consuela*. Invocando a Jesús, podemos hallar alivio en todas las aflicciones. Cuando acudimos a Jesús, El nos quiere consolar porque nos ama; y nos puede consolar porque no sólo es hombre, sino también Dios omnipotente, que de otra suerte no se le podría dar este excelso nombre de *Salvador*. El nombre de Jesús lleva implícito un poder infinito y a la vez una sabiduría y amor infinitos, pues de lo contrario no nos hubiera podido salvar, como nota San Bernardo, quien añade al hablar de la circuncisión: «Es circuncidado como hijo de Abrahán, y como Hijo de Dios es llama-

do Jesús». Recibió en su cuerpo, como hombre, la marca de pecador por haber cargado con el peso de satisfacer por los pecadores, de manera que ya desde niño quiso empezar a satisfacer por los pecados de los hombres, padeciendo y derramando su sangre; pero se llamó Salvador, como Hijo de Dios, porque a Dios compete tan sólo el salvar.

El Espíritu Santo llama al nombre de Jesús *perfume derramado*. Y con razón, dice San Bernardo, porque así como el aceite sirve para lucir, para comer y de medicina, así en primer lugar el nombre de Jesús sirve de luz. Y ¿de dónde vino, dice el Santo, que tan pronto luciese en toda la tierra la luz de la fe, de modo que tantos gentiles conociesen en tan corto tiempo al verdadero Dios y que siguiesen su doctrina, sino de oír predicar el nombre de Jesús? Felices de nosotros, que en este nombre fuimos hechos hijos de la verdadera luz, esto es, de la santa Iglesia, pues que hemos tenido la suerte de nacer en el seno de la Iglesia romana, en reinos cristianos y católicos, gracia y fortuna no concedida a la mayor parte de los hombres que nacen entre idólatras, mahometanos y herejes.

Además, el nombre de Jesús es *alimento* que nutre nuestras almas. Este nombre fortalece a los fieles para encontrar paz y consuelo aun en medio de las miserias y persecuciones de esta tierra. Los santos apóstoles, maltratados y vilipendiados, se alegraban, confortados con el nombre de Jesús.

Es luz, es alimento y es, además, medicina para quien lo invoca. Y añade el santo abad que, si el alma se halla afligida y angustiada, luego de pronunciar el nombre de Jesús desaparecerá la tempestad y renacerá la calma. Si alguno cae miserablemente en pecado, si siente desconfianza del perdón, invoque este nom-

bre de vida y sentirá renacer en breve la esperanza de alcanzarlo. Que invoque a Jesús, a quien el Padre destinó por nuestro Salvador, para alcanzar a los pecadores el perdón. Dice Eutimio que si Judas, cuando fue tentado de desesperación, hubiese invocado el nombre de Jesús, no se hubiera desesperado. Por lo que no llegará, prosigue, al fatal extremo de la desesperación ningún pecador, por perdido que fuere, si invoca este santísimo nombre, que es nombre de esperanza y de salvación.

Empero, los pecadores dejan de invocar este nombre de salvación porque no quieren curar de sus enfermedades. Jesucristo está pronto a sanar todas nuestras llagas; pero a quienes las aman y rehusan curar, ¿cómo los podrá curar Jesucristo? La venerable sor María del Crucifijo, siciliana, vio en cierta ocasión al Salvador como dentro de un hospital, recorriéndolo con medicinas para curar a los enfermos que en él se encontraban; pero los desgraciados, en vez de agradecerle y llamarlo, lo apartaban de sí. He ahí lo que hacen no pocos pecadores, quienes, después de haber enfermado voluntariamente por el pecado, rehusan la salud, es decir, la gracia que Jesucristo les ofrece, y quedan de este modo miserablemente perdidos en su enfermedad.

Por el contrario, ¿qué temor puede abrigar el pecador que acude a Jesús, si El mismo se ha brindado a alcanzarnos de su Padre el perdón, habiendo de antemano pagado con su muerte la pena que por el pecado merecíamos? «Se constituyó intercesor —dice San Lorenzo Justiniano— el mismo que había sido ofendido, pagando lo que a El mismo se debía». «Por lo que —continúa el Santo—, si padeces alguna enfermedad, si te aqueja algún dolor, si te inquieta algún

temor, pronuncia el nombre de Jesús», y Él te consolará. Bastará que en su nombre roguemos al Eterno Padre y nos dará cuanto pidiéremos, como prometió repetidas veces Jesucristo con promesa que no puede dejar de cumplirse.

II

Dijimos, en segundo lugar, que el nombre de Jesús *nos defiende*. En efecto, nos protege contra todas las insidias y asaltos del enemigo. Por esto se llamó al Mesías el *Dios Fuerte*; y el Sabio dijo: *Torre fuerte es el nombre de Yahveh* (Pv. 18, 10), para que entendamos que no debe temer los insultos del infierno quien se cubre con el escudo de este poderosísimo nombre. *Jesucristo* — escribe San Pablo — *se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Fil. 2, 8). Jesucristo durante su vida se humilló, obedeciendo al Padre hasta morir crucificado; es decir, como explica San Anselmo, se humilló tanto, que ya no cabía humillarse más, por lo que el divino Padre, en atención a los merecimientos de tal humildad y obediencia, sublimó tanto al Hijo, que no cabía sublimarlo más. Y por esto, añade el Apóstol, el Padre *soberanamente lo exaltó y le dio nombre que es sobre todo nombre*, para que en el de Jesús se doble toda rodilla de los seres celestes, y de los terrenales, y de los infernales» (Fil. 2, 9). Le dio un nombre tan grande y poderoso, que es venerado en el cielo, en la tierra y en el infierno. Nombre poderoso en el cielo, porque puede alcanzarnos todas las gracias; poderoso en la tierra, porque puede salvar a cuantos lo invocaren; poderoso en el infierno, porque llena de terror a todos los demonios. Tiemblan aquellos ángeles rebeldes al eco de este sacrosanto nom-

bre, porque recuerdan que Jesucristo fue el Poderoso que destruyó el dominio y las fuerzas que tenían antes sobre los hombres. Tiemblan, dice San Pedro Damiano, porque en este nombre han de adorar toda la majestad de Dios. Nuestro mismo Salvador declara que con este su poderoso nombre arrojarían los demonios sus discípulos. Y, en efecto, la santa Iglesia en los exorcismos se prevale de este nombre para arrojar a los espíritus infernales de los posesos. Y los sacerdotes que asisten a los moribundos utilizan el nombre de Jesús para librar a los enfermos de los más terribles asaltos con que el infierno en aquel crítico momento de la muerte los asalta.

Léase la vida de San Bernardino de Siena y se verá cuántos fueron los pecadores que convirtió, cuántos los abusos con que acabó y cuántas ciudades santificó con sólo inculcar en sus predicaciones a los pueblos la invocación del nombre de Jesús. Dice San Pedro que *no se da en otro ninguno la salud, puesto que no existe debajo del cielo otro nombre dado a los hombres en el cual hayamos de ser salvos* (Act. 4, 12). Jesús no nos salvó tan sólo una vez, sino que nos salva continuamente por sus méritos del peligro del pecado, siempre que le invoquemos confiadamente; por lo que nos anima San Pablo, diciendo: *Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo* (Rm. 10, 13).

Repito, pues, con San Lorenzo Justiniano: En las tentaciones que experimentes, ya de parte de los demonios, ya de parte de los hombres que te inciten a pecar, invoca a Jesús y serás salvo; y si prosigue la tentación, prosigue tú invocando el nombre de Jesús y no caerás. Quienes practican esta devoción excelente, atestigua la experiencia que permanecen siempre firmes y terminan victoriosos.

No dejemos de invocar siempre, junto con el nombre de Jesús, el de María Santísima, que infunde pavor al infierno, y estaremos siempre seguros. Esta oración tan breve (Jesús y María) dice Tomás de Kempis que es fácil retenerla en la memoria, a la vez que es poderosa para librarnos de los ataques de nuestros enemigos.

III

El nombre de Jesús no sólo consuela y defiende en todos los males, sino que también *inflama en santo amor* a cuantos con devoción lo pronuncian. Es lo que vamos a ver en este tercer punto.

El nombre de Jesús, o Salvador, es nombre que de suyo expresa amor, porque nos recuerda, como se expresa San Bernardino de Siena, cuanto el Hijo de Dios hizo y sufrió para salvarnos; por lo que con ternura le decía cierto devoto autor: ¡Oh Jesús, cuánto os costó ser Jesús, es decir, Salvador mío!

Escribe San Mateo, hablando de la crucifixión de Jesucristo: *Y por encima de su cabeza pusieron escrita su causa: «Este es Jesús, el Rey de los judíos»* (Mt. 27, 37). Dispuso, pues, el Eterno Padre que sobre la cruz en que murió nuestro Redentor se leyese: «Este es Jesús, Salvador del mundo». Así lo escribió Pilatos, no por juzgarlo reo de haber tomado el título de rey, como le acusaban los judíos, de los que ningún caso hizo Pilatos, que hasta el momento de condenarlo lo declaró inocente, protestando no tener parte en esa muerte. ¿Por qué, pues, le dio el título de rey? Lo escribió por voluntad de Dios, que con esto quería decirnos: ¿Sabéis, oh hombre, por qué muere este mi inocente Hijo? Muere porque es vuestro Salvador;

muere este divino Pastor en infame leño para salvaros a vosotros, sus ovejuelas. Por eso se dijo en el Cantar de los Cantares: *Perfume derramado es su nombre*. San Bernardo dice que el Señor prodigó sobre nosotros su misma divinidad, ya que en la redención, el mismo Dios, por el amor que nos profesaba, se entregó por completo a nosotros y, para poderse nos comunicar, cargó con el peso de la paga de nuestras deudas. Quiso, dice San Cirilo de Alejandría, borrar con aquel título el decreto de condenación expedido anteriormente contra nosotros, pobres pecadores, como lo había dicho el Apóstol: *Cancelando el acta escrita contra nosotros con sus prescripciones, que nos era contraria, y la quitó de en medio, clavándola en la cruz* (Col. 2, 14). Nuestro amable Redentor quiso librarnos de la maldición que merecíamos, cargando con nuestros pecados.

Por eso, cuando el alma fiel pronuncia el nombre de Jesús y recuerda, al pronunciarlo, lo que hizo Jesucristo para salvarla, es imposible que no se encienda toda en amor hacia quien tanto la amó. Al nombrar a Jesús, nos advierte San Bernardo, tenemos que figurarnos ver un hombre manso, humilde, benigno, misericordioso, eminente en todo género de virtud, que es al mismo tiempo de Dios omnipotente que para curar nuestras llagas quiso ser despreciado y llagado, hasta el extremo de morir de puro dolor en una cruz. Séate, pues, siempre amable, ¡oh cristiano!, exhorta San Anselmo, el hermoso nombre de Jesús; que siempre lo tengas en el corazón; que sea tu alimento, tu dulzura y tu único consuelo; porque solamente quien lo experimenta, añadía San Bernardo, puede explicarse cuán dulce es y qué paraíso sea, aun en este valle de lágrimas, amar tiernamente a Jesús. Bien lo expe-

rimentó Santa Rosa de Lima, quien al recibir la sagrada comunión arrojaba de la boca tal llama de divino amor, que abrasaba la mano de quien le daba de beber agua. Santa María Magdalena de Pazzi andaba con un crucifijo en la mano, gritando abrasada: «¡Oh Dios de amor! ¡Oh Dios de amor! ¡Oh Dios, loco de amor!» San Felipe Neri sintió que se le ensanchaban las costillas para ceder espacio al corazón, que, abrasado de divino amor, buscaba lugar más amplio para sus palpitaciones. San Estanislao de Kostka tenía a veces que dejar le bañaran el pecho con agua fría para mitigar el extraordinario ardor que le consumía por Jesucristo. San Francisco Javier, por idéntico motivo, desabrochaba el pecho y exclamaba: «¡Señor, basta! ¡Basta, Señor!», declarándose con ello incapaz de sufrir la gran llama que le abrasaba el corazón.

Procuremos, pues, también nosotros, en cuanto nos sea dable, con nuestro amor, tener siempre a Jesús en el corazón y en la boca, invocándolo a menudo. Dice San Pablo que no se puede nombrar el nombre de Jesús (entiéndase, con fervor) sino mediante la gracia del Espíritu Santo, por lo que este divino Espíritu se comunica a cuantos pronuncian devotamente el santísimo nombre de Jesús.

Para algunos, el nombre de Jesús es nombre extraño. ¿Por qué? Porque no lo aman. Los santos siempre tuvieron en la boca este nombre de salvación y de amor. En las Epístolas de San Pablo apenas si hay página en que no se nombre varias veces a Jesús. San Juan también le nombra a menudo. El Beato Enrique Susón, cierto día, para abrasarse más en el amor de este santo nombre, con un hierro candente lo grabó en el pecho y, bañado en sangre, exclamaba: Quisiera, Señor, verlo escrito más dentro aún, en el propio co-

razón, pero no puedo conseguirlo; vos, que todo lo podéis, imprimid en mi corazón vuestro querido nombre, para que no pueda ya borrarse ni él ni vuestro amor. Santa Juana de Chantal llegó hasta grabar en su pecho el nombre de Jesús con un hierro encendido.

No pretende tanto de nosotros Jesucristo, y se contenta con que lo tengamos en el corazón por medio del amor y la frecuente y fervorosa invocación. Y así como cuanto El dijo y obró durante su vida todo lo hizo por nuestro amor, así nosotros cuanto hagamos es justo que lo hagamos en nombre y por amor de Jesucristo, como nos exhorta San Pablo: *Todo cuanto hiciereis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús* (Col. 3, 17). Y si Jesucristo murió por nosotros, nosotros debíamos estar prestos a morir gustosos por el nombre de Jesucristo, como lo estaba el mismo Apóstol cuando decía: *Yo, no sólo para ser encadenado, sino también para morir en Jerusalén, estoy dispuesto por el nombre del Señor Jesús* (Act. 2, 13).

Concluyamos el sermón. Cuando estemos afligidos, invoquemos a Jesús, y nos consolará. Cuando estemos tentados, invoquemos a Jesús, y nos fortalecerá para resistir a todos nuestro enemigos. Cuando estemos áridos y fríos en el amor divino, invoquemos a Jesús y nos inflamará. ¡Dichosas, las almas que siempre tengan en la boca este santo y amabilísimo nombre! Nombre de paz, nombre de esperanza, nombre de salvación, nombre de amor. Y ¡cuán dichosos seríamos si nos fuera dado morir y terminar la vida llamando a Jesús! Si deseamos exhalar el postrer suspiro con este suave nombre en los labios, acostumbremos primero en la vida a pronunciarlo frecuentemente y siempre con amor y confianza.

Juntemos siempre también con él el hermoso nombre de María, que es, asimismo, nombre bajado de cielo, nombre poderoso, que hace temblar al infierno, y nombre dulcísimo, que nos recuerda a la Reina que, siendo madre de Dios, es a la vez madre nuestra, madre de misericordia y madre de amor.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío!, ya que sois mi Salvador, que para salvarme disteis sangre y vida, escribid, os ruego, en mi pobre corazón vuestro adorable nombre, para que, llevándolo siempre impreso en el corazón con el amor, lo tenga siempre en los labios, invocándolo en todas mis necesidades. Si el demonio me tentare, vuestro nombre me fortalecerá para resistir. Si me atacare la desconfianza, vuestro nombre me animará para esperar. Cuando esté afligido, vuestro nombre me confortará, recordándome lo afligido que estuvisteis por mí. Si me resfriare en vuestro amor, vuestro nombre me inflamará, recordándome el amor que me habéis demostrado. En lo pasado caí en tantos pecados por no haberos invocado; de hoy en adelante vuestro nombre será mi defensa, mi refugio, mi esperanza, mi único consuelo, mi único amor. Así espero vivir, así espero morir, siempre con vuestro nombre en los labios.

Santísima Virgen, alcanzadme la gracia de invocar siempre en mis necesidades el nombre de vuestro Hijo Jesús y el vuestro, Madre mía, María; pero haced que lo invoque siempre con confianza y amor, para que también yo pueda decir con el devoto Alfonso Rodríguez: «Jesús y María, padezca por vosotros, por vosotros muera; sea todo vuestro y nada mío».

Querido Jesús mío, amadísima Señora mía, María, dadme la gracia de sufrir y morir por vuestro amor; no quiero pertenecerme más, sino ser vuestro y todo vuestro, vuestro en vida y vuestro en muerte, en la que espero, con vuestra ayuda, expirar exclamando: Jesús y María, ayudadme; Jesús y María, a vos me encomiendo; Jesús y María, os amo y a vos entrego y doy toda mi alma.

ÍNDICE

1. Del amor que Dios nos manifestó en la encarnación	5
2. Bondad de Dios Padre y de Dios Hijo	6
3. Motivos de confianza en la encarnación	8
4. Felicidad de haber nacido después de la redención	9
5. Jesús hizo cuanto pudo y sufrió por nosotros	11
6. La consideración de nuestros pecados	13
7. Deseo que tuvo Jesús de padecer por nosotros	14
8. Tres fuentes de gracias que tenemos en Jesucristo	16
9. Bondad de Dios en la obra de la redención ..	18
10. Grandeza del misterio de la redención	20
11. Amor de Dios a los hombres	23
12. El verbo se hizo hombre en la plenitud de los tiempos	25
13. Humillación de Jesús	28
14. Jesús ilumina al mundo y glorifica a Dios	31
15. El Hijo de Dios carga con todos nuestros pecados	33
16. Dios envía a su Hijo a la muerte para darnos la vida	36
17. Amor del Hijo de Dios testimoniado en la redención	38
18. Jesús hombre de dolores desde el seno de su Madre	41
19. Jesús cargado con todos los pecados del mundo	43
20. Jesús padece durante su vida	46
21. Jesús quiso sufrir tanto para conquistar nuestro amor	48

22. La mayor pena de Jesús	50
23. Pobreza de Jesús al nacer	53
24. Jesús fuente de gracias	55
25. Jesús caritativo médico de nuestras almas	57
26. Toda nuestra esperanza esta en sus méritos ..	59
27. Dios nos dio a su Unigénito por Salvador	60
28. Aflicción de Jesús en el seno de María	63
29. Jesús se hace niño para conquistar nuestro amor	66
30. La Pasión de Jesucristo duró toda su vida	68
31. Jesús se ofreció desde el principio por nuestra salvación	71
32. Jesús prisionero en el seno de María	73
33. Pena de Jesús por la ingratitud de los hombres	76
34. Amor de Dios a los hombres en el nacimiento de Jesús	79
35. Viaje de José y María a Belén	81
36. El Verbo eterno de Dios se hizo hombre	83
37. El Verbo eterno, de grande se hizo pequeño .	99
38. El Verbo eterno, de Señor se hizo esclavo	111
39. El Verbo eterno, de inocente se hizo reo	121
40. El Verbo eterno, de fuerte se hizo débil	132
41. El Verbo eterno, de suyo, se hizo nuestro	142
42. El Verbo eterno, de feliz se hizo atribulado ..	152
43. El Verbo eterno, de rico, se hizo pobre	164
44. El Verbo eterno, de sublime, se hizo humilde	175
45. Nacimiento del Niño Jesús	185
46. El Nombre de Jesús	194